

Niña de octubre

LINDA BOSTRÖM KNAUSGÅRD

gatopardo ediciones



NIÑA DE OCTUBRE

LINDA BOSTRÖM KNAUSGÅRD

Traducción de Rosalía Sáez

gato pardo ediciones 

OceanofPDF.com

Título original: *Oktoberbarn*

Copyright © Linda Boström Knausgård, 2019
Publicado con la colaboración de Copenhagen Literary Agency ApS,
Copenhague

© de la traducción: Rosalía Sáez, 2021
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero de 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Bo Bartlett, VEGAP, Barcelona, 2021

Imagen de la solapa: © Jasmin Storch, 2019

eISBN: 978-84-124199-7-9

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

OceanofPDF.com

NIÑA DE OCTUBRE

OceanofPDF.com

Me gustaría poder contarle todo acerca de la fábrica. Ya no puedo. Pronto no recordaré mis días ni mis noches ni por qué nací. Solo puedo decir que estuve allí durante varios periodos de diversa duración entre 2013 y 2017 y que sometieron mi cerebro a tal cantidad de corriente eléctrica que estaban seguros de que no sería capaz de escribir esto. Primero, de forma intensiva, en una serie de doce sesiones de terapia. Era la palabra que utilizaban. Una palabra que neutralizaba su actividad y que supuestamente reduciría el miedo a la intervención. Decían que la terapia era suave y que podía compararse a reiniciar un ordenador. En serio, utilizaban ese tipo de símiles lamentables. Era un lenguaje creado por quienes piensan que el sufrimiento de una persona puede aliviarse así, y estaban tan acostumbrados a usarlo que una intervención se convertía en algo que olvidaban con la misma facilidad que la última mentira. Hacían veinte intervenciones al día. Esos festejos en cadena coronaban la obra de aquel negocio sin supervisión. Allí arrasaban como querían, y si alguien lo dejaba, siempre lo podían explicar diciendo que la persona en cuestión no respondía al tratamiento. En esas ocasiones, hablaban con orgullo de los resultados. Cerraban cualquier resquicio de contacto con la realidad. Tenían tal miedo a que los inspeccionaran que culpaban de todo al paciente. Ese era imposible de tratar. Ese se encontraba en una fase demasiado avanzada. Esa otra estaba desesperada. Esa anciana se había cronificado y debería haber vivido en otra época en la que le permitieran relacionarse con los demás, una vida adaptada a sus capacidades. Tres horas de paseo libre por el parque y en manos de una enfermera que nunca le reprochara nada. Eso pertenecía al pasado y nadie quería ya tener pacientes crónicos en su sección. Todos querían mostrar resultados, y los resultados se obtenían con ayuda del famoso tratamiento de electrochoque, que era la respuesta a los padecimientos de todo individuo. Les vendían esos tratamientos a pacientes que no podían sino creer en lo que el jefe de servicio médico decía en el breve espacio de tiempo en que de verdad podían hablar con él. Diez minutos una vez a la semana, sin posibilidad de preguntar. Los más problemáticos recibían mayor intensidad de corriente. Eso lo sabía todo el mundo.

Yo tenía una debilidad en mi interior y por todo mi ser, y por ello me encontraba con frecuencia en *places* así.

Ya me habían aplicado electrochoques en varias ocasiones. Lo sabía todo sobre esa terapia.

A las cinco de la mañana venía a la habitación una enfermera para ponerte una aguja. Por el modo en que tiraban de la manija ya sabías si iba a doler o no. A Zahid le daba miedo clavar agujas, así que siempre fallaba y enseguida empezaba a sudar en la sala estrecha. Tal vez no fuera tan raro que no atinara, porque las lámparas de la habitación daban una luz muy débil. El que los otros localizaran la sangre de mis venas parecía un milagro en aquella penumbra. Al final Zahid me clavaba la aguja en el dorso de la mano, donde las venas se distinguen mejor, pero donde el pinchazo es más doloroso para el paciente. Si era la enfermera Maria quien abría la puerta, ya sabías que apenas ibas a notar el pinchazo. La aguja se deslizaba sin dolor, y para ella todo eran sonrisas de gratitud. Aalif clavaba la aguja de golpe. No fallaba nunca y, claro, eso se agradecía, pero el agujazo era tal que el dolor anulaba por un momento la realidad en la que uno se encontraba. Algunos pinchaban varias veces sin atinar, las venas se les escabullían siempre. Lo extraño era que siempre eran las mismas personas a las que se les escapaban las venas, y otras pinchaban sin avisar. Esas veces yo gritaba de dolor. Necesitaba prepararme para la invasión de la aguja. Oír: Voy a pinchar, para así poder espirar cuando la aguja penetrara la piel y de ese modo hacer desaparecer el dolor por arte de magia, o al menos conseguir que fuera manejable. Cuando la aguja ya estaba en su sitio, fijaban con esparadrapo un dispositivo con una vía, lo enjuagaban con una solución salina para comprobar que la vía funcionaba, de modo que el somnífero tuviera libre acceso a las funciones corporales de uno y también a la mente, hasta que enseguida uno se rendía. Una capitulación total.

Pero antes. El camino hasta ahí. Nunca podías ir allí solo. Un cuidador te acompañaba siempre y, por lo general, era Aalif el que venía a recogerme a mí. Aalif me gustaba. Estaba bien. Era de uno de los países más cálidos y había venido huyendo de la guerra. Recorríamos juntos los veinte metros más o menos. Primero fuera de la sección, luego tres pasos a la izquierda para entrar en el corto túnel que conducía a la fábrica.

Nos sentábamos en fila en una sala de espera, los que íbamos a recibir la terapia y nuestros acompañantes. Allí dentro la cosa iba a una velocidad

de vértigo. Lo tenían muy bien organizado. Como ya he mencionado, conseguían meter a veinte desgraciados cada mañana. Estábamos sentados en la sala de espera y yo casi nunca decía nada, pero si la sangre fluía más rápido, hablábamos del país de Aalif. Le preguntaba por la guerra y si no le parecía espantoso estar en este país, donde nadie se sentaba fuera por las noches y donde las conversaciones que la gente mantenía trataban exclusivamente de si uno era una persona con la que había que contar o si era una persona con la que no había que contar. Aalif respondía con un gesto que significaba qué le vamos a hacer y decía: Esto es mejor. Mejor para la familia.

La mayoría de las veces yo me quedaba allí sentada con la vista clavada en la puerta, que se abría cada tanto, y un alumno de medicina rubio y lozano con los dientes blancos decía un nombre y entonces o bien te quedabas sentado en el banco de la sala de espera o si el nombre que decían era el tuyo te levantabas y entrabas en la consulta con tu acompañante.

Una vez dentro, no había tiempo para vacilaciones. A la camilla. El anestesista: ¿Has comido o bebido algo hoy? ¿Tienes algún diente postizo?

Te tomaban la tensión mientras la enfermera fijaba los electrodos en la parte superior del pecho y en la frente. Luego venía el alumno con el oxígeno que aspirabas para oxigenar el cerebro. El anestesista te decía que pronto te habrías dormido y entonces te inyectaban el frío somnífero en la sangre a través de la vía a tal efecto preparada. Era como beber oscuridad.

Lo que ocurría después, cuando ya estabas dormido, me lo ha contado Aalif. Primero te ponen un protector dental, para que no te muerdas la lengua. El relajante muscular te lo inoculan por la vía, para evitar que el cuerpo se mueva de aquí para allá en la camilla. Y luego hay que elevar la potencia eléctrica para provocar una convulsión. Luego, iba rápida la cosa con la corriente. Esa corriente en la que ellos depositaban su confianza. Esa corriente que redimía a los médicos. Esa corriente que, sin efectos secundarios, aportaría el alivio que ningún medicamento podía dar.

Esa corriente que, durante unos segundos y hasta un máximo de un minuto, causaba los ataques espasmódicos que eran la clave misma de una terapia exitosa.

Lo que sucedía una vez que pasaban los espasmos lo contaré en otra ocasión, pero por ahora puedo decir que todos los pacientes descansábamos alineados en unas camillas estrechas uno al lado del otro, tan cerca que casi

nos rozábamos. Cada uno en su propia oscuridad, en un sueño que no es posible comprender. Allí estábamos tumbados durmiendo detrás de una cortina. Era importante que el paciente que entraba en la sala no viera a los durmientes. Era importante no asustar a nadie que fuera a recibir aquella terapia tan ligera, pero yo había visto a los durmientes muchas veces pese a todo, y la idea de que pronto yacería allí como uno más, ignorante de lo que me ocurriera, me asustaba más que la corriente misma.

Que luego hubiera grandes fracciones de tiempo que yo no recordaba no le importaba a nadie. Contraponían la pérdida de memoria al efecto de la terapia. ¿Y cuánto pesan los recuerdos? ¿Cómo se miden? ¿Cómo se valoran los recuerdos? Los recuerdos tenían un estatus muy bajo en la fábrica. Preferían tratarte cuatro semanas aplicándote corriente a que deambularas por la sección dando tumbos durante varios meses.

Para los que trabajaban con los márgenes del ser humano era un sentimiento embriagador poder al fin mostrar resultados y, por tanto, conseguir que los invitaran a los círculos más elegantes.

Yo era escritora en ese momento. Una profesión pésima. Ningún alivio. Ningún consuelo. Ningún descanso. Ninguna alegría. Solo vivos recuerdos del lugar en el que escribí, fantasías y palabras que a veces daban en el clavo. Escribía tan de tarde en tarde que era ridículo llamarme escritora, pero en cualquier caso eso era lo que hacía. Escritora era mi segunda opción. La primera opción era actriz, algo que intenté llegar a ser de muy joven. Tenía un talento irregular. Podía ser muy buena una noche, totalmente libre en el escenario, y entonces sentía una felicidad que no se podía describir. No había palabras para un alivio como aquel. Ser libre y aun así saber qué es lo que va a suceder. Protegida entre los demás, pero yo misma pese a todo. Era el paraíso en la tierra.

Aun así, me parecía que no era una elección mía. No era una conquista propia. Fue mi madre la que descubrió esa profesión y al final yo no quise seguirla a ella. Además, lo del teatro era insoportable las noches que decía mi parte sin liviandad, como una principiante sin talento y con la angustia como única compañía. Era consciente de que no se podía ser tan irregular en esa profesión. La razón me decía que abandonara mi sueño y eligiera lo que siempre había estado latente. La escritura.

De niña escribía más que ahora. No tengo nada que decir. Y además estoy pasando algo así como una crisis. No son solo las sesiones y los días

yendo y viniendo por el pasillo, sino que me encuentro totalmente sin protección.

Estoy sola conmigo misma. No tengo ningún amigo en la ciudad en la que vivo y mi marido me ha dejado. Se cansó de ser él quien mantenía todas las conversaciones con los niños cuando nos sentábamos a la mesa. Bromeaba con ellos un poco más de la cuenta para ocultar el hecho de que yo nunca dijera nada. Ni a la hora de comer ni en general. Salvo cuando me ponía a hablar como si las palabras no fueran a agotarse nunca. Yo estaba mucho fuera. Pasaba muchas temporadas en este hospital. Mi enfermedad nos hundía a todos. Era una existencia que él no deseaba. Todo nuestro amor se transformó en un jersey que pica del que había que deshacerse. En cuanto te quitas el jersey, las cosas vuelven a estar bien.

No recé durante esos años. ¿Se me olvidó pedir que el amor durase toda la vida? ¿Puedo achacar mi descuido a algo? ¿Por qué no me comporté mucho mejor mientras vivimos juntos?

No lo sé.

Tú sabes cuántos estados de ánimo albergo al mismo tiempo. La cosa empeoró al final de la relación.

He decidido ver esto, lo nuevo, como una prueba de Dios.

En el instituto hice dos trabajos largos, uno sobre Sófocles y otro sobre Job, el de la Biblia. Me imagino que he entrado en la era de Job.

Deber, trabajo, y un cielo cerrado.

Un buen día me encontré sola en una casa y sin saber cómo continuar mi vida. No valía nada, puesto que nadie me quería y no era capaz de hacer nada. La soledad era muy intensa y no se me ocurría cómo vivir la vida sola, así que me convertí en alguien que vivía la vida de nadie. No era nadie. Hacía como que vivía, claro, pero no vivía de verdad. Me imaginaba que iba a desaparecer, o que iba a matarme a mí misma, pero de modo que pareciera un accidente. Estuve buscando en la red la manera de recrear el accidente perfecto. Aunque no me acordaba, debí de preguntar también en la red cómo conseguir un arma, porque US Army empezó a enviarme mensajes y lo primero que me escribieron fue: «*You can't stand all this freedom*». Y en eso tenían razón. Esa clase de libertad no era para mí. Lo segundo que me escribieron fue que por una buena cantidad podía comprar en su tienda lo que quisiera. Entonces comprendí que no era US Army quien me escribía, sino una tienda de armas que se llamaba así. Si pienso en

quitarme la vida, también pienso que la forma más sencilla es pegarse un tiro. De eso sí sería capaz, pero resultaría difícil conseguir que pareciera que me había disparado otra persona, así que con cierta pereza empecé a buscar otras opciones. Para todo era demasiado cobarde. No era capaz de saltar de una gran altura ni de tomarme todas las pastillas que había allí, como una posibilidad, en la cajita de metal. Una vez me puse en contacto con los bajos fondos. Tomé el tren hasta la gran ciudad del horrendo extremo del país en el que vivía. Sabía adónde tenía que ir. Todo el mundo lo sabía. Me acerqué al que tenía más seguidores a su alrededor y le pregunté cuánto me costaría que alguien me empujara delante de un tren. Me habían dado una beca, y esa era la cantidad que tenía a mi disposición. Él se echó a reír cuando le dije cuánto podía pagar. ¿Quién arriesgaría su vida en libertad por esa suma tan ridícula?, me preguntó, y si pensaba volver a molestarlo debería mostrarle cien veces esa cantidad. Me fui de allí muerta de vergüenza. ¿Quién era yo? ¿En qué había caído y cómo podría salir de ahí?

Me concentré en los niños. Preparaba la comida, todo casero, y los tenía cerca de mí tanto como podía. A pesar de todo, estaban conmigo por obligación. Los mayores se pasaban todo el tiempo deseando volver con su padre. Cuando estaban con él, la relación iba mejor por teléfono, lo cual era un consuelo, aunque siempre había reproches. Aquello era culpa mía. Yo era la que había separado a la familia.

Los pequeños querían estar conmigo, y el hecho de poder estar cerca de ellos y cumplir todos sus deseos se asemejaba a la alegría. Se me daban bien los pequeños y peor los mayores, que exigían buenas respuestas a sus preguntas; no mis respuestas de pacotilla. No estaba presente con todo mi ser, sino que me veía arrastrada al fondo de una tierra de nadie donde no se atisbaba ninguna posibilidad de una vida verdadera. Un problema considerable era que no me atrevía a estar triste. Me negaba a aparecer ante ellos como la perdedora que era. Nada de lágrimas. No pasaba nada, me decía a mí misma. De todos modos, no me interesaba la manera que él tenía de medir la distancia. Y eso era verdad, sí, pero más verdad aún era que estaba petrificada.

Al mismo tiempo que aquello ocurría, resultó que un libro que yo había escrito tuvo éxito. Era desconcertante. Una especie de alegría en medio del dolor al que yo no hacía caso. Publicar libros no es cosa para espíritus inquietos. O al menos para espíritus inquietos en apuros.

Al cabo de unos meses, se produjo un ingreso urgente.

Había tomado el tren nocturno al norte para ver a Kristofer, de mi editorial. Íbamos a eliminar la mitad de lo que me había comprometido a hacer. Me había liado. Se suponía que iba a estar la misma noche en Oslo y en Washington. También había varias presentaciones de escritores, visitas a bibliotecas. Nada que no se pudiera posponer.

En cambio, había ciertas cosas que no quería cancelar de ninguna manera. Iba a ir a Jerusalén con dos escritores y con la mujer que había planeado el viaje. Íbamos a una lectura en una cafetería, y luego continuaríamos viaje a Tel Aviv para ver a Amos Oz en su casa. Yo había empezado a leer a Amos Oz en profundidad, *En la tierra de Israel, Una historia de amor y oscuridad*.

Lo bueno era que nos prometieron bastante tiempo libre para pasear y explorar las ciudades. Llevaba toda mi vida adulta leyendo libros sobre Jerusalén. No se me escaparía nada. Pasearía por la ciudad santa entre los lugares sagrados. Por alguna razón estaba segura de que tenía una idea sólida para una obra dramática. Me habían encargado que escribiera una pieza de teatro, pero no conseguía empezar. Fantaseaba con una obra que abordara el tema del origen común de las tres grandes religiones. Y seguiría inventando a partir de uno de los relatos, no diré de cuál. Comprendí que resultaría extraño ver la antigua Jerusalén al lado de los centros comerciales que surgen en todas las partes del planeta a una velocidad de vértigo; que sería algo así como un choque, y que se trataba de no dejarse influir por ello. Saqué la Biblia otra vez para tenerla a mano. Me compré una guía turística de Jerusalén.

En realidad, no sabía tanto de la ciudad como fingía saber. Tenía lagunas históricas, pero seguro que tenía tiempo suficiente para prepararme.

Me levantaría pronto una mañana y, con la frente en el Muro de las Lamentaciones, rezaría pidiendo ayuda.

Llegué temprano a la estación Central y lo siguiente que recuerdo es a mí misma en un anticuario, admirando tres iconos que ahora tengo delante de mí en una mesa, rodeados de libros. Compré los tres, por una suma que en realidad no tenía. Estoy pletórica de alegría. El arcángel Gabriel, Miguel, san Jorge y el dragón. He encontrado la defensa que siempre deseé tener y me voy del anticuario llena de confianza. Es lo que se llama un momento decisivo. A partir de ahora, mi vida es otra. Eso es lo que me dicen los

iconos. Lo siguiente que recuerdo es que Kristofer me da un broche. El que siempre lleva puesto, en el que se lee 1984, y, en ese momento concreto, considero que es mi año. Yo soy la dueña del broche. Lo cojo, y luego me siento en una sala de espera con el techo de oro. Cuando me despierto, mi madre se acerca. Estoy acostada en una cama y ella se acerca igual que se ha acercado ocho, once o treinta veces, y me da palmaditas en la cabeza y estoy en el hospital y ella me visita y todo es como de costumbre. Solo que estoy en la ciudad equivocada.

¿Dónde suelen tratarte? Es importante que estés donde te conocen. Como si los de su gremio llegaran a conocer a alguien alguna vez. Los que me conocen son mi exmarido y ¿quién más? Al menos no los de la sección que hay junto al lago, desde luego. Hacen una llamada y me trasladan al avión ambulancia y durante todo el viaje hay tres personas que me miran. Todo el tiempo me miran mientras yo estoy tumbada y atada a una camilla y me pregunto qué creen que voy a hacer. ¿Secuestrar el avión? ¿Estrellarlo contra una montaña? Eso exactamente es lo que haría si no fuera tan cobarde y tan sin ideas.

Me dieron el pase prioritario a la fábrica. Se precisaba un ajuste decidido y temprano.

Estuve durmiendo hasta que me desperté y no sabía quién era, dónde estaba ni por qué. En esa ocasión me arrebataron una de mis nueve vidas. Ya había gastado cinco, así que solo me quedaba una. Me las arrebataron como si no fueran nada.

Dieciocho sesiones. No recuerdo mucho. Casi nada. A ellos, eso les da igual. Me sorprende que a mí me importe, pero así es. Abordo el asunto con un jefe de servicio que se encuentra allí casualmente durante los diez minutos de los que dispongo. Nunca es el mismo médico. Nadie quiere quedarse en esta sección, que huele a confusión y a miedo. Solo algunos cuidadores y enfermeras son siempre los mismos, Zahid, Aalif, Maria, Christian, con quien juego al ajedrez, Lennart y Muhammed, que a veces se manifiesta como un dios entre nosotros los mortales. Iba recorriendo las secciones y lo llamaban allí donde más violenta era la situación. Como aquella vez en que Thobias quería pegarme porque pasé por delante de su puerta, que estaba abierta, en el mismo instante en que él estaba pensando en su mujer.

Era un día de verano y hacía sol, y la sección sudaba bajo el calor que dejaban pasar las ventanas de plástico, y el joven, yo lo llamo Trudy, y yo

nos habíamos refugiado en el balcón enrejado que había al final del pasillo. Yo me puse a hablar de lo bonito que era ver los transbordadores que cruzaban de un lado a otro del estrecho y de la irritante proximidad al castillo de Kronborg, donde vivió Hamlet.

¿Te das cuenta de lo cerca que estamos del castillo, y de que aun así nunca hemos estado allí? Es una desfachatez, un fallo, pereza, casi un pecado mortal.

Pero ¿qué dices?, preguntó el joven mirando al agua. En ese momento comprendí que era la primera persona que conocía que no sabía quién era Hamlet. Mientras estaba allí, al sol, detrás de la reja que impedía que nadie se lanzara por el balcón, pensé si hablarle de Hamlet, pero ¿qué le iba a decir?

Hamlet era un joven príncipe que había perdido a su padre, y por el fantasma de su padre supo hacia eso de la medianoche que había sido asesinado por su propio hermano, que enseguida se casó con la reina, la madre de Hamlet. Y no lo soporta.

Trudy (odiaba que lo llamaran así) me acercó la cara. Yo retrocedí un poco y le solté un montón de citas de Hamlet, porque en honor a la verdad me ponía nerviosa. Un jovencito con todas las preocupaciones que un jovencito tiene en la cabeza.

«Time is out of joint. O cursed spite. That ever I was born to set it right.» Ser o no ser. La enfermiza palidez del pensamiento.

Trudy volvió mi cara hacia la suya. Enseguida decidí pasar de Hamlet. Experimenté una especie de liviandad, una embriaguez allí a la luz que recortaba la reja y le di la espalda al estrecho de Öresund y ahí estaba el joven con su cara tan cerca de la mía y nos besamos.

Tal vez me ablandó aquel beso tan largo porque cuando Thobias me vio pasar por delante de su puerta abierta y enseguida pensó en su mujer y me gritó puta, me volví de inmediato y me fui hacia él. Thobias se levantó, y de no haber tenido al joven detrás de mí habría estado golpeándome hasta derribarme al suelo y entonces habría seguido dándome patadas. El joven practicaba el kickboxing y se atrevió a acercarse al mudo Thobias y la cosa acabó con que Thobias volvió a sentarse en la cama, de modo que la situación terminó antes de haber empezado. Recuerdo que pensé que era la primera vez que alguien me defendía. Cuando en mi juventud me veía en situaciones que derivaban en violencia, los hombres con los que me

relacionaba entonces me sujetaban *a mí* las veces que alguien me golpeaba, en lugar de vengarnos juntos y abatir al que me había humillado delante de todo el mundo. Thobias, por cierto, era también el nombre de aquel actor enano y agresivo que, como este, me llamó puta en una fiesta. Fue después de que yo le dijera que no fuera tan grosero conmigo y con mi acompañante. Le apagué el cigarro que me estaba fumando en la mejilla y entonces él me tiró al suelo. De un manotazo.

Quizá debería comprender de una vez por todas que los que se llaman Thobias no son los más recomendables a la hora de relacionarse con ellos. Sin embargo, yo trabajé una vez con un hombre muy simpático que se llamaba Thobias. ¿Será la naturaleza de cada uno la que decide cómo llevamos el nombre?

Thobias el de la sección la tomó conmigo y quería pegarme en cuanto me veía, y por eso llamaban a Muhammed. Thobias medía un metro noventa, era mudo y estaba prisionero de una ira ante la cual incluso Muhammed tenía que emplearse a fondo. No podían tenerlo siempre atado con las correas. Había reglas para todo. Muhammed, que también practicaba kickboxing y competía a alto nivel, generaba en la sección una calma que yo apreciaba, o eso creo. Con sus dos metros de estatura y su forma de andar no parecía humano, y la primera vez que lo vi dije:

No parece que seas de este mundo.

Muhammed era la tranquilidad en persona y yo me mantenía cerca de él cuando Thobias se acercaba. Bueno, me mantenía cerca de él casi todo el tiempo.

Él casi siempre estaba sentado leyendo un libro en árabe, y cuando oía que empezaba a haber pelea, terminaba de leer el párrafo antes de dejar el libro, levantarse e ir a restablecer la calma. Iba como demorándose, pero totalmente preparado para lo que se pudiera encontrar.

Con Muhammed yo hablaba y hablaba sin parar de todo lo que se me ocurría. De los días y las noches que se parecían entre sí, que allí las estaciones del año no existían; de las verduras cocidas que sabían a agua; del tedio y la comprensión; de la soledad. Le pregunté si había estado en la fábrica, y se me quedó mirando un buen rato y al final me respondió:

¿Qué quieres decir?

¿No has salido nunca por esa puerta, los tres pasos a la izquierda que llevan por el túnel?

Muhammed reflexionó y yo lo aprecié por eso.

¿Te refieres aquí, en el hospital?

Sí, ¿has estado en esa sala donde primero te apagan y luego tratan de despertarte otra vez como si fueras un recién nacido usando la corriente? ¿Has llevado alguna vez a los dormidos por la sección?

Sí, claro, respondió. Trabajo aquí.

Muhammed se fue y yo me quedé pensando, como tantas veces, que nadie quiere estar en mi compañía. Ni siquiera los gusanos que me invaden por las noches. Están por todas partes. ¿Cuánto tiempo llevo muerta? ¿Estoy enterrada, y cuánto tiempo hace que estoy bajo tierra? ¿Habré asustado a Muhammed? Estaba avergonzada. Lo había presionado. ¿Por qué querría una persona como él hablar con una persona como yo? Tendría otras cosas que hacer, claro está. ¿Qué me importa a mí Muhammed? A la mierda con él. ¿Por qué trabajaba aquí si era tan profesional del kickboxing? Muhammed no significa nada para mí. Es una nada que no tiene la menor idea de cómo se puede ayudar a otros en momentos difíciles, a pesar de que era cuidador y de que esa era su profesión.

Justo cuando estaba pensando aquello, volvió y se sentó de nuevo. A lo mejor había ido al aseo.

La alegría del reencuentro hizo que la vergüenza se disipara en una décima de segundo. No había renegado de mí. Muhammed había aguantado mis tonterías y todo estaba como antes. Algo parecido a la euforia me recorrió por dentro. Me había pasado años entrenando para no seguir mis impulsos. Había aprendido a estar tranquila cuando un pensamiento se me disparaba. Estaba más serena. No tan exageradamente activa. Yo estaba allí de visita. ¿O no?

Todo lo que decía y no hacía me resbalaba, mientras me atormentaba inmersa en mi oscuridad. Estaba manchada de exageraciones y mentiras. Mis mentiras. Aquí no podía estar. Tenía que levantarme e irme. A mi habitación, si no a otro lugar. Ya se me ocurriría algo. De repente, estaba llena de ideas. Corrientes de aire e inviolabilidad. ¿Se llama así? No suena muy bien. Lo mismo da. Este refugio se me antojaba de pronto como un paisaje en miniatura. Yo era el gigante que se acercaba y todos los demás eran liliputienses. Solo les quedaban unos segundos de vida. Lo único que tenía que hacer era plantar el pie encima.

No, yo era la diminuta bajo aquel cielo que tanto tiempo llevaba sin ver. Solo a través de la reja del balcón donde a veces pedía un cigarrillo, si

tenía compañía, y si estaba sola rebuscaba en el gran macetero lleno de tierra, donde había muchos cigarrillos casi intactos, ya que después de todo fumar allí estaba prohibido. En fin. ¿Y qué tiene que ver eso con nada? Deja de buscar migajas en el suelo. Ya vale. Ya está bien.

Por decir algo, dije:

Muhammed es el dios que solo sonrío, pero que no es capaz de amar.

¿De dónde te has sacado eso?

Respondí con la verdad, diciendo que me lo había contado un poeta palestino, porque yo le pregunté, eso sí. Presioné a aquel hombre para que me comunicara ese conocimiento, y, además, justo antes de que saliera al escenario a recitar sus poemas.

De un poeta palestino. Ya veo.

¿Es Muhammed el dios que solo sonrío, pero que no es capaz de amar?

El profeta, dijo Muhammed, y siguió leyendo. Muhammed es el profeta.

Ya, eso he dicho, le dije yo.

¿Por qué no me paro a pensar, aunque sea un poquito antes de decir algo? ¿Por qué hablo siquiera?

¿No eres capaz de amar?, continué.

¿A ti te parece que estoy sonriendo?

A lo mejor sonríes por dentro.

Ahora mismo no, desde luego, dijo Muhammed, se levantó y se fue a la recepción, que estaba cerca. A tan solo unos pasos.

A mí me trae sin cuidado Muhammed. Tengo cosas más importantes que hacer que seguir aquí explayándome. No pienso decir nada. Ni una palabra pienso decir. Cerré los ojos, obligué a mis pensamientos a que cesaran, tal como había aprendido de niña, y me dormí enseguida. Dormí con ese sueño inocente en el que nada me asustaba. Todo era como siempre. Mi marido dormía a mi lado. Era de noche. Me levantaba e iba a ver a los niños, que dormían. Siempre dormían profundamente. Les cogía la mano y la apretaba entre las mías. Me quedaba allí un buen rato mirándolos. El pelo esparcido y enredado de las niñas, sus mejillas. El rostro claro del niño. Eran preciosos. Aún inconscientes de lo que ocurriría cuando se despertaran. Que todos nos sentáramos alrededor de la mesa y tú les contarías que nos íbamos a separar. Que ya no nos entendemos, les dirías. Las cosas irán bien, fue lo único que pude decir sin saber nada, nada de lo

que iba a ocurrir cuando nos levantáramos de aquella mesa. O seis meses o dos años después. ¿Qué haríamos entonces? Alguien tenía que decírmelo. Es de capital importancia que esté al corriente de todo lo posible. Han transcurrido tres semanas desde que dijiste aquello. Quiero decir, un año y medio.

Bajé la escalera donde dormía la gata. Nuestra gata siberiana. Que siempre quería tumbarse en la rodilla de alguien y que te arañaba si tratabas de llevarla en brazos. Traía a casa una presa tras otra, a cuál más increíble. Una vez encontramos delante de la puerta un animal degollado que no pudimos identificar. ¿Un turón? No, un turón no. Los turones son pequeños, ¿verdad? ¿Un tejón atropellado? Era imposible saberlo, de tan mutilado como estaba el cadáver. Tú fuiste por la cámara y fotografiaste a la presa. Te animaste ante el espectáculo. No sé por qué te dio por hacer fotos de pronto. Era algo que no hacías nunca. La que hacía las fotos era yo. Revelaba y ampliaba las fotografías de los niños y las ponía en álbumes. ¿Cuándo dejé de hacerlo? Solo había fotos reveladas de los niños hasta cierta edad. Me preocupé enseguida. Tenía que empezar a hacerles fotos otra vez, tenía que haber cierta continuidad. Los niños tenían que poder verse. Ver cómo crecían. Anna, que siempre estaba sentada en el árbol hablando con su mejor amiga, igual que yo en el parque al que siempre huía. ¿Huía? ¿Por qué eres tan dramática? Ibas allí a comprar helados en primavera, igual que los demás.

¡Tengo que despertarlo!

Tengo que conseguir que comprenda que esto solo lo quiere él. Ni los niños ni yo. Tienes que explicárselo, le dije. No puedes presentar un hecho consumado y luego quedarte callado. ¿Por qué no?, dijiste. Yo puedo hacer lo que quiera, ¿no?

Entré otra vez en el dormitorio y me tumbé junto a tu cuerpo. Dormías como un tronco. No te diste cuenta de que me tumbaba a tu lado. Te cogí el brazo y me lo pasé por encima. Pensaba en nuestro primer invierno, cuando bajábamos en trineo por las dunas de arena de la playa.

Esa admiración primera por aquel paisaje desconocido. No se parecía a nada de lo que hubiéramos experimentado con anterioridad. El sol en la nieve y el agua. El horizonte con el transbordador de Polonia como un punto diminuto allá lejos. Cuando ibas a comprobar si se podía esquiar bajaste en el trineo por las dunas de arena, hasta la playa y directo al mar.

Muhammed me da un empujoncito en el hombro. Yo abro los ojos, totalmente despejada de pronto. Los ojos de Muhammed. ¿Cómo podría describir ese color? A veces marrones como la sangre. O como el pensamiento. Oro negro. Me pregunto cómo se sentirá uno siendo como él. Sabiendo que yo superaré todo lo que la vida me muestre.

Vamos, levántate, dijo. Yo seguí sentada.

Ahora. Su voz sonaba lejana. Yo apenas oía lo que decía.

¿Yo?

Sí, tú.

Me levanto. Muhammed me da una cuerda de saltar. No sé de dónde la ha sacado. Como todos los demás, él sabe bien que aquí no está permitido tener cuerdas de saltar. Una cuerda de saltar es un utensilio perfecto para alguien que se pase los días pensando en Last Exit Sweden, la última salida Suecia, antes de acceder irremediabilmente al puente para Dinamarca, el país de la libertad. En fin, el último paso, uno cualquiera. Hamlet me perseguía y ahora se había manifestado en esta cuerda de saltar. No. Me niego. ¿De verdad creen que me pueden engañar tan fácilmente?

No se trataba de volverse paranoico y andar viendo señales por todas partes, sino de pensar con mucha claridad.

Cojo la cuerda de saltar y enseguida veo muchas posibilidades. ¿Es que Muhammed me está dando una salida?

No, no y mil veces no.

¿Podría engañarlo?

Salta. Muhammed parece enfadado, claro, y tiene todo el derecho a estarlo. Seguro que puede leerme el pensamiento. Dios mío. Pobre Muhammed.

No tienes que moverte. Salta.

A mí nadie va a decirme lo que tengo que hacer. Qué demonios, no pienso saltar.

Y salto.

No sé por qué lo hago. Estamos al fondo del pasillo, al lado de la salida. Maria pasa por allí. Me sonrío y saca el llavero. Ese gesto me irrita. No le devuelvo la sonrisa. Estoy aterrada, aterrada por lo que voy a hacer con la cuerda de saltar. Los latidos del corazón. Uno, dos, tres. No oigo nada. Muhammed cuenta. No puedo. No puedo hacerlo. Me paro. Diez,

cuenta Muhammed. No pienso saltar a la cuerda, qué demonios, digo, y se la devuelvo.

Pues entonces tendrás que correr, dice Muhammed. De pronto, nos ponemos a correr por el pasillo. No está permitido, lo sé, pero me producía una sensación especial correr con Muhammed. Corría tan lento como yo. Un paso por detrás, como para apremiarme, para empujarme a seguir. Pasamos corriendo al lado de la recepción de enfermería, con el cuarto de las medicinas cerrado bajo llave, continuamos por el pasillo, por delante de la sala de día, que estaba desierta. ¿Por qué está desierta? ¿Dónde están todos? Seguimos por delante de las habitaciones con las puertas numeradas. Por delante de las salas de visita, hasta la consulta donde había alguien sentado de espaldas a nosotros escribiendo algo en el ordenador. ¿Por qué ese alguien no había corrido la cortina? ¿Por qué ese desvelamiento repentino? Corrimos hasta el cuartito de fumar y volvimos. Una y otra vez. Yo quería rendirme, pararme después de unas cuantas vueltas. Me parecía ridículo correr por aquel pasillo. Me detuve. Muhammed me dio un empujoncito en la espalda. Empecé a correr de nuevo. Ahora ya iba corriendo a mi lado.

Si te paras arruinas cualquier posibilidad de curación, dijo. Cuando te rindes es cuando le niegas al cuerpo la posibilidad de curación. Justo cuando quieres pararte porque crees que ya no te quedan fuerzas, en realidad aún te queda otro tanto que dar. Continúa. Yo te diré cuándo nos paramos.

Tenía la sensación de que estuvimos corriendo varias horas. Estuvimos corriendo de un extremo a otro del pasillo hasta el café de primera hora de la tarde. Ahora sí que había gente pululando por todas partes, mira tú por dónde, gente que quería comer bollería industrial y beber zumo. Claro que yo también quería.

Muhammed me dio una palmadita en la espalda cuando por fin nos paramos. La cuerda de saltar la llevaba enrollada en la mano.

Esos días que pasamos corriendo por el pasillo iban siendo cada vez más luminosos. Claros. Sin humillación, o al menos eso quería creer yo. Pasábamos corriendo por la puerta abierta de Thobias, él se negaba a tenerla cerrada. Que tengo claustrofobia, joder, gritaba, y todos lo oían en la sección. Eso es porque estás encerrado en tu propia cabeza, me atrevía yo a gritarle cuando pasábamos corriendo ante su puerta. Entiendo por qué te

dejó tu mujer. Porque no sabes hablar. Yo no hacía caso de Muhammed, que me mandaba callar.

Si sigues así, no pienso correr contigo.

Me paré. Ha sido idea tuya, dije yo, y empecé a alejarme de allí. Muhammed fue a buscarme.

Pues mantén el pico cerrado, dijo, y empezó a correr de nuevo.

A mí me gustaba chingar a Thobias ahora que Muhammed estaba conmigo. ¿Por qué no? *Fuck* Thobias. Muhammed, que le cerraba la puerta tranquilamente cuando Thobias se levantaba para salir. Unas semanas después, lamentaría las palabras que le dije a Thobias, pero de eso no tenía yo ni idea aún, no sabía que me encontraría totalmente sola con él en el quiosco del hospital. Fue amable y pidió perdón y cosas así. Su mujer estaba embarazada de cuatro meses. Iban a intentarlo, dijo mientras ponía golosinas en una bolsa. Vi que ya tenía la bolsa repleta, y a mí, que había ido a hacer lo mismo, se me cayeron las golosinas al suelo, seguramente porque estaba aterrorizada.

Qué bien, dije, y salí corriendo de allí.

Cuando llegué de nuevo a la sección iba temblando de miedo.

Sé amable con todos, me repetía como un mantra mientras lloraba sentada en la cama. No solo existe un ahora, sino también un después, y entonces estás ahí sola y nadie se preocupa de lo que te pase.

Eso era algo que yo ignoraba cuando me dedicaba a correr con Muhammed y me sentía invencible. Como suele ocurrir cuando uno se encuentra en un estado que no reconoce, es fácil volverse implacable. Eufórico. De pronto era como si todos los obstáculos hubieran desaparecido. Yo no necesitaba a nadie. A nadie. Era libre. Forjaría mi propia suerte. Conseguiría incluso convertir el agua en fuego. Templar el acero. Todo iría bien. Las cosas irían bien en aquella casa que estaba allí arrojada en medio de una calle junto a la vieja torre de agua, donde el azote del viento imperaba sin resistencia alguna. Las cornejas y los cuervos chillaban por la noche en el parque que había junto a las casas. Esos pájaros repugnantes.

¿Por qué no? Las cosas van a mejorar. Ya son mejores. ¿Qué o quién iba a impedírmelo? Nadie iba a impedírmelo. Nada podría retenerme. Los niños y yo estaríamos bien. Estrecharíamos aún más nuestros lazos. Nuestra relación sería aún mejor. Yo creía de todo corazón que sería así. Lo soportaría todo solamente porque así lo quería. Transformar el sufrimiento

en una marcha triunfal. Qué era lo que iba a ganar, eso no lo sabía, pero puesto que no había nadie que me limitara los pensamientos, no tenía más que seguir. La confianza. Eso era lo que iba a recuperar. Su confianza, la alegría y el acceso a sus sueños y fantasías. Era facilísimo. Cabalgaríamos por la playa y haríamos soldaditos de plomo. Nunca más volvería a asustarlos. Podía pasar de una profunda depresión a la euforia en una hora. ¡Eso se acabó! Yo ya era totalmente de fiar. Tomaríamos el tren hasta mi ciudad natal y les enseñaría los jardines de Humlegården, la Biblioteca Real, el teatro. Asistiríamos a funciones infantiles, aplaudiríamos y visitaríamos a amigos que aún me querían.

Yo solo había metido los dedos de los pies aquí entre las sombras. Mi contorno parecía dibujado con tinta. Podía manipular el tiempo. Pasar hacia delante hasta el día en que se vieran obligados a entregarme a mí misma y a mis lúcidas fantasías. Ya hacía mucho que habían interrumpido la terapia. Saldría corriendo de la sección. Muhammed me ayudaría.

*

Lo que yo ignoraba era que Muhammed pronto abandonaría la sección junto con Thobias.

A Thobias iban a trasladarlo a otra sección, y el personal respiró aliviado. Muhammed ya no tenía que pasarse los días vigilándonos. Lamenté no poder estar cerca de él. ¿Por qué tenían que trasladar a Thobias?

Antes de irse, Muhammed me dijo que iba a rezar por mí, luego desapareció y se fue al lugar que lo reclamaba. Lo echaba de menos más de lo que debería. Gracias a Muhammed me había enterado de cosas de las que no tenía ni idea. Me habló del Corán, y mientras me lo describía sentí que después de todo este lugar era el mejor para mí. Me explicó los dones particulares de la oración, y cuando le pregunté si él solía rezar aquí dentro me respondió que sí. ¿Cómo?, le pregunté. Yo nunca te he visto rezar. ¿Y cómo lo sabes?, me dijo. Tenía una voz que hacía que uno escuchara y quisiera estar donde estaba él.

Pero todo tiene un final.

De repente ya no estaba, y cuando me enzarzaba en una disputa con alguien, no era Muhammed el que venía, sino un cuidador con una jeringuilla.

Como ya he mencionado, había muchos cuidadores que siempre andaban por la sección.

Britt, Charlotta, Varg, Elsa, Christian y Sofia. Mis favoritos eran Aalif y Muhammed, claro, a los que tal vez no volvería a ver nunca, pero la que conseguía que hablara de lo que se me removía por dentro era la enfermera Maria. La mayoría de los cuidadores estaban bien, solo que simplemente lo aceptaban todo. Nadie quería inmiscuirse. Nadie quería interceder ante una visita del médico. Nadie cuestionaba por qué estaba yo encerrada en la sección, aparcada, aparcada, aparcada, salvo Maria, y ella me daba la sensación de que quería que estuviera con ellos y, al mismo tiempo, que estuviera en casa, en esa realidad que era mía, y que siguiera mi destino.

Siempre era ella la que venía a buscarme cuando llegaba la hora de ver al jefe de servicio cara a cara. Me guiaba hasta el pasillo, donde había que correr detrás del médico, que casualmente se dirigía a la sección en ese momento con sus papeles y su espalda bien recta. La consulta, cuya puerta él o ella abría, ponía en evidencia que a nadie le importaba. Tan solo una mesa y varias sillas, luces de neón intermitentes en el techo.

Yo dormía un sueño mudo, me negaba a comer, me moría cada vez que echaba la cabeza en la almohada. No sabía si era después de una sesión de la que no me despertaría jamás o si era un negarme. Un dolor callado del que nunca me iba a recuperar.

Morir, me resonaba en la cabeza. Dormir, dormir, tal vez soñar.

¿Y si la muerte no es el final? ¿Qué hago entonces?

Maria abrió de pronto la puerta de mi habitación un día cualquiera y dijo que ya era la hora. Me había avisado varias veces, y si no me levantaba, tendría que pedir refuerzos. Le pedí perdón y me levanté de la cama. Había pasado mucho tiempo desde la última vez. Fui contando los pasos por el pasillo para poder calmarme y preparar la reunión, que apenas alcanzaría a celebrarse. En el paso número cincuenta y cuatro, me vi delante de la puerta, que se abrió tan rápido como se volvió a cerrar.

El memo del jefe de servicio fingió que miraba el historial mientras hablaba:

Bueno, pues puedes estar contenta, parece que te has calmado. Han hecho falta muchas repeticiones con intervalos muy breves, pero en términos generales, la terapia ha sido un éxito.

Le dije que yo era escritora y que necesitaba mis recuerdos.

Entonces me miró por primera vez y me dijo que los recuerdos vuelven. Siempre vuelven. Tarde o temprano. Quizá no todos, seguro que no todos, pero es difícil, si no imposible, encontrar un tratamiento sin efectos secundarios de ningún tipo, como seguramente comprenderás. Siempre puedes inventarlos. Eso es lo que hacen los escritores, ¿no? Cuando me dijo aquello lo vi de pronto todo negro y no sabía qué hacer. Traté de contenerme, pero al final me abalancé sobre él, le agarré el cuello con las manos y disfruté del miedo genuino que vi en sus ojos.

Me castigaron, claro está. Supervisión severa, es la calificación de un paciente que hay que tener continuamente vigilado. Yo lo abrevié enseguida como SS.

Era insoportable. Ya tiene uno bastante con la dichosa compañía de sí mismo. No es fácil hacer cosas cuando siempre hay un cuidador en el cuarto. No podía leer. Ni escribir. Ni pensar. Era absurdo. Se iban turnando. Incluso para los cuidadores suponía una tensión estar allí sentados vigilando.

Por las noches el personal te enfocaba con la linterna para ver si seguías respirando. Llegaban cada cinco minutos cuando imponían supervisión severa. En la puerta había una ventanilla circular por la que podían mirar.

La linterna que me iluminaba a ese ritmo por la noche hacía que dormir fuera imposible.

La luz daba primero en los ojos, luego se deslizaba por la habitación, como un faro sobre el mar en la noche.

Tranquilizantes y otra serie de sesiones, supervisión severa durante varias semanas, meses.

La siguiente vez que vi al médico sobre el que me había abalanzado, no me acordaba de él.

La enfermera Maria me aconsejó que reuniera mis recuerdos, cuanto antes, mejor. No estaba satisfecha con el resultado de la terapia. Que me limitara a recorrer el pasillo y rehuyese el menor contacto. Me preguntó si recordaba a mis hijos y le dije que por supuesto que los recuerdo.

¿Cómo se llaman?, me dijo.

Traté de responder, pero cuando iba a decir Anna sentí un dolor detrás de los ojos, como el que se siente antes de que las lágrimas se abran paso, y cuando por fin empecé a llorar, ya no podía parar.

Piensa en tus hijos, me dijo Maria, que vio las lágrimas como una buena señal. Piensa en las cosas que hacen mientras tú estás aquí.

¿Qué están haciendo en estos momentos?

Cuando dijo aquello, empecé a llorar más aún y me derrumbé en su regazo. Ella me abrazó mientras yo lloraba y, al cabo de un rato, dijo:

Quizá debas empezar a pensar en ellos de pequeños. Esa fue una época feliz, si no estoy equivocada, ¿no?

Tal vez fuera una cobardía por mi parte retroceder. Veía a Anna, Olivia y Josef, a mi marido y a mí misma como en una fotografía. Estábamos en unas vacaciones con las que habíamos soñado. Mi marido había estado trabajando día y noche con un libro hasta que por fin lo terminó, y fue un alivio increíble poder estar como siempre otra vez. No tener que verse como una loca en el piso de la ciudad en la que vivíamos. Reunir a los niños, hacer que se quedaran sentados alrededor de la mesa algo más de unos minutos, darles de comer, acostarlos. Y yo creía que ahora todo volvería a la normalidad. Entonces no sabía lo que sí sabría después. Que aquello solo era el principio y que el final sería mucho peor de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Habías reservado el viaje en sueños y siempre habías querido ir a las Maldivas. Fue un viaje memorable con nuestros tres hijos y un pasajero molesto que se empeñaba en hacer callar a los niños al ver que nosotros no lo conseguíamos. Los niños tenían tres, cinco y seis años; desde luego, es mucho pedir que no hagan ningún ruido. Yo, que tengo problemas con mis agresiones, le reñí a aquel hombre gordo con ojos de cerdo que tanto se lamentaba.

No es tan extraño que tú no sepas nada de niños pequeños, puesto que ninguna mujer podría plantearse siquiera estar contigo.

Tú, que no estabas para montar escenas en público, intentaste tranquilizarme, sin éxito. No fue para tanto, ¿no? A los niños les gustaba viajar, gritaban poquísimo y, en ese momento precisamente, intervino aquel hombre gordo, como si hubiera estado esperando la oportunidad de hacer oír su voz.

Los hombres mayores no oyen muy bien de todos modos, le dije interrumpiendo su discurso.

Cuando por fin llegamos al hotel no veíamos más que palmeras y verdor, montones de sombra y de colinas.

Tú contemplaste el paisaje y dijiste:

¿Qué demonios es esto?

Resultó que estábamos en Mauricio y no en tu lugar soñado de las Maldivas, y yo me pasé las vacaciones a la sombra con los niños diciendo:

Ah, qué bien se está en Mauricio. Mauricio. Mauricio. Pensaba que él se lo tenía bien merecido. ¿Qué se nos había perdido en las Maldivas? Sobre todo teniendo en cuenta que a mí no me sentaba bien el sol.

De todos modos, fue un viaje de ensueño, y yo no me atrevía a pensar siquiera en lo que habría costado. Claro que los libros de mi marido habían empezado a venderse muchísimo, y de pronto nosotros, que nunca habíamos pensado en el dinero, que íbamos a la casa de empeño después de dejar a los niños en la guardería, de pronto éramos ricos. Bueno, quizá no ricos de verdad, pero ya no teníamos esa presión, y ya no venían al piso aquellos hombres a hacernos preguntas.

Esto no está pagado, decían agitando una factura, y esto tampoco y esto tampoco. Estos han recurrido a la vía ejecutiva hace tiempo. ¿Tenéis algún tipo de bienes? ¿Arte? ¿Muebles? ¿Quizá alguna propiedad no declarada?

¿Cómo se llaman esos hombres? ¿Cobradores ejecutivos?

Yo había aprendido de mi madre a ser de lo más cordial y amable con hombres así. Vivíamos en Malmö en un piso de cinco habitaciones que conseguimos a cambio del precioso apartamento en el que mi madre había vivido antes de dejárnoslo a nosotros, unos padres con hijos pequeños y dispuestos a mudarse.

Tú llegaste a Suecia con una colección de libros tres veces más grande que la mía.

En aquel apartamento espléndido mezclamos nuestros libros en tu estantería por primera vez.

Que mi madre pudiera echar de menos su apartamento de dos habitaciones en la calle Regeringsgatan, enfrente de la casa de la cultura de Nalen, en eso no pensamos. El futuro éramos nosotros.

Yo quiero tener un rebaño de hijos, dijiste. Yo también quería tener muchos niños. Una familia de verdad.

Pasen, pasen, les decía yo a los cobradores.

Entiendo, les dije a aquellos hombres.

Perfecto. ¡Gracias!

La verdad es que no tenemos ningún control sobre este asunto. Somos escritores. Lo pagaremos todo ahora. Quiero decir, mañana. Cuando podamos.

¡Gracias por su visita y por las molestias!

Que tengan un buen día. Adiós, adiós.

Cerré la puerta cuando se fueron y tú y yo nos reímos juntos. Esa mesa tan fea de mamá que nos hemos traído hasta aquí. Que se la lleven. Y a lo mejor también el mueble, dijiste.

No, el mueble no, que siempre había estado presente en mi vida y desde mucho antes de que yo naciera. Unos años después, ese mueble estaría en tu despacho totalmente impregnado de humo de tabaco, junto con la mesa, que había pertenecido a mi madre.

¿Por qué decoraste tu cabaña de trabajo con los muebles de mi madre?

Tiempo después nuestros hijos iban a recordar aquel viaje a Mauricio como el mejor viaje. Las tortugas y las anguilas alrededor de los pies cuando entrábamos en el agua. Aquel zoológico infinito y el buen ambiente. Las tardes lilas y las noches negras. Así iba a ser para siempre.

Tal vez fue porque se trataba de un recuerdo inofensivo por lo que apareció primero. No lo sé. Le dije a Maria que quería irme a casa enseguida y ella respondió que no tenía ningún sentido pensar en esos términos. Te vas a quedar aquí tranquilamente y te darán salida cuando estés lista. Como me puse a protestar y a gritar y corriendo derribé a un pobre paciente que no había hecho nada malo, me pusieron otra inyección y lo último que vi antes de dormirme fue la cara de la enfermera Maria inclinada sobre mí. Me susurraba. Te pido que no recuerdes más de lo que puedes resistir por ahora.

Me tomé un descanso con los recuerdos. Además, me era imposible saber qué recordaba y qué había olvidado. Aquí, al menos. Para poder recordarlo tenía que salir a la vida real. Varios meses después, me encontraba en la sala de reuniones del colegio de mis hijos en una conferencia sobre la importancia de la lectura para la imaginación de los niños y su bienestar futuro. Cuando terminó la charla y los padres íbamos al aula de nuestros hijos, donde continuaría la reunión con el profesor, de pronto no supe dónde estaba. Teníamos tres niños en ese colegio y precisamente iba a decidir a qué aula debía dirigirme cuando descubrí que no tenía ni idea de cuál era el aula de mis hijos ni de quiénes eran sus

profesores. Me quedé inmóvil mientras la sala se iba vaciando de gente, y cuando todos se habían ido me acerqué a la directora y le pregunté cuál era el aula de nuestro hijo. Ella me lo indicó sin dar a entender que le pareciera extraño.

Pero eso fue mucho después y ahora yo deambulaba aún por los pasillos del hospital y seguía sin recordar nada de lo que había ocurrido después del verano. Bueno, el avión ambulancia sí lo recordaba. ¿Estás segura? No. Quizá no. ¿Qué te decía yo? Bueno, sí, sí lo recuerdo. El ruido del motor, los hombres, el colchón. Estaba tumbada y atada a la camilla y había eco. De los años en el campo tampoco puedo dar cuenta de verdad. Recuerdo a los niños, y que tú estabas en tu cabaña de trabajo, recuerdo que yo escribía, y las pocas veces que teníamos visita.

Recuerdo que pagaste la casa al contado como un gánster.

*

Del personal de la sección me acordaba porque los había visto con mucha frecuencia otras veces. Eso se tenía que acabar. Aquella tenía que ser la última vez. De lo contrario, me tratarían y me tratarían y me tratarían con corriente hasta que un día me quedara sentada en el pasillo como la mujer de piedra. La mujer que vi en mi primera visita a una sección así, en aquel tiempo en que yo era joven y no entendía nada de lo que me pasaba. Aquella mujer siguió dándome miedo después, a cualquier hora del día, todos los días de mi vida. Me habría gustado olvidarla, pero estaba anclada en mi conciencia, como una pesadilla que nunca te suelta.

Era una paciente. Una mujer mayor que se pasaba los días sentada en una silla sin moverse. El color de su cara. La piel gris, que estuviera allí sentada como una montaña viva y respirase. Sus ojos no estaban vivos. No se movían nunca. Había una película blanca y turbia que los cubría y todos los que la miraban comprendían que era un muerto viviente.

Trataban de despertarla con la corriente. Ya digo que yo entonces era joven y tenía un espíritu asustadizo que salía al galope a la mínima cosa. Intentaba no mirar cuando la traían en la camilla después de la terapia eléctrica. No podía imaginarme el horror que habría sufrido. ¡Corriente eléctrica en la cabeza! Cruzaron la sala de estar donde estábamos sin hacer nada o nos dedicábamos a nuestros agobios, y sentí en todo el cuerpo que no era justo que pudiéramos verla así, totalmente indefensa. Los que

veíamos su travesía a la sección después de la fábrica sabíamos de ella algo que ella misma no sabía. Era tan grande como una ballena y casi no cabía en la estrecha camilla, y siempre eran cuatro los cuidadores que la llevaban por el largo trecho hasta su habitación, donde aunando esfuerzos la ponían en la cama.

Ese cuerpo debajo de la manta amarilla del hospital. A mí me angustiaba que la transportaran de aquella forma. Visible para todos. Ignorante, en un profundo sueño. No era justo. Yo lo sabía.

El que, muchos años después, a mí me transportaran del mismo modo, sumida en el más profundo de los sueños, a la vista de todos, no me parecía tan grave. Ignoro por qué. Trataba de imaginarme cómo iba allí tendida en la camilla ante la mirada de todos, pero a aquellas alturas éramos tantos los que recorriamos el mismo trayecto desde la fábrica que no tenía nada de particular, sino que era algo a lo que estábamos acostumbrados.

Los médicos, que te dicen que la terapia funciona, pero que no saben exactamente por qué. Señalan el alivio inmediato del paciente. El que se parece a la euforia y se interpreta como que el paciente ha mejorado de su enfermedad.

Si lo de la corriente fuera tan bueno, ¿por qué está prohibida en tantos países la terapia de electrochoque? En varios estados de Estados Unidos, en Holanda y en Alemania apenas se utiliza; en Italia está prohibida.

Allí pienso mudarme yo, a lo mejor así puedo estar segura por fin.

Es en los Países Nórdicos y en los anglosajones donde valoran mucho esa terapia.

Las formas radicalmente distintas de ver al ser humano. Su valor humano. Su espíritu. Sus recuerdos.

La terapia de electrochoque empezó a utilizarla en 1938 un psiquiatra italiano, que se inspiró en un matadero. Vio que los cerdos se tranquilizaban al recibir las descargas eléctricas. Lo sé, nosotros lo hemos aplicado a las personas más débiles. A las personas que no pueden hablar por sí mismas.

Los investigadores que están en contra del electrochoque aseguran que en realidad la euforia es síntoma de un daño cerebral. Hay otros investigadores que lo rebaten. Es un campo de batalla donde la corriente se alza como clara vencedora. Al menos, en la parte del mundo donde me encontraba yo.

¿Se destruyen las neuronas, tal como afirman muchos, o se regeneran más rápido aún, como dicen otros? Las células de un cerebro maniaco se renuevan a una velocidad de vértigo y son particularmente sensibles a la corriente. Y claro, esos cerdos lo saben. Los neurólogos aducen diversos resultados, y nadie sabe cómo se ven afectados los distintos individuos. Los más críticos describen la terapia de electrochoque como una catástrofe neurológica.

Ahí están enfrentados.

En cambio, todos están de acuerdo en que la memoria se ve profundamente afectada. Todos.

Eso yo entonces no lo sabía. Solo recibí la información que ya he mencionado. La terapia es suave. Puede compararse con el hecho de reiniciar un ordenador. Hay que ser muy fuerte para oponerse a los médicos, y en la sección no había mucha fuerza de esa clase. Además, no necesitan ningún consentimiento si el paciente está allí en contra de su voluntad, como era mi caso. Tienen vía libre. Una mesa puesta que te esperaba los lunes, miércoles y viernes.

Suecia es el país que más terapias de electrochoque aplica *per capita* en todo el mundo.

Voy a decir algo importante: no tengáis miedo. Todo aquello que me ha asustado de verdad ha ocurrido. Por eso os digo: no tengáis miedo. He pensado a menudo en qué es la libertad y he llegado a la conclusión de que la libertad precisa responsabilidad, respeto por uno mismo y un corazón tranquilo y cariñoso.

Habría podido dejarlo ahí, pero voy a llevar esto un poco más allá, o tan lejos como tú y yo queramos. Siempre puedes abandonar este relato, y eso es lo que convierte este acuerdo en algo tan singular. Quiero decir una cosa más. Cuidad bien de vuestros sueños. Algunos dicen que no hay nada más aburrido que oír a los demás hablar de sus sueños, y yo siempre pienso: ¿cómo puede ser la gente tan diferente?

Para mí no hay nada más emocionante que cuando alguien, preferiblemente alguien a quien aprecio, me cuenta un sueño. Tener acceso a sus más sinceras fantasías, donde nada se asemeja a la realidad en la que vivimos y, aun así, puede arrojar luz precisamente sobre el lugar en el que él o ella se encuentra en ese momento.

A veces los sueños determinan nuestras elecciones en la vida sin que seamos conscientes de ello. Este sueño lo soñé yo la noche antes de decidir que quería ser escritora. Estaba desesperada. Mis sueños de ser actriz habían naufragado. Jamás volvería a hacer teatro. Me lo prometí totalmente en serio y uno siempre cumple esas promesas. Una vez más, no había conseguido entrar en la línea de teatro que tanto me atraía. Tuve que oír que no se me daba bien colaborar, y fui examinándome con lupa en el tren nocturno de vuelta a la hermosa, aunque fría, ciudad en la que vivía. ¿Cuándo no colaboré? ¿En algún momento de la prueba final?

Rebusqué en la memoria, y di con el momento.

Cuando leíamos el texto que luego íbamos a interpretar, me pareció que aquello era leer demasiado.

Tenemos que subir al escenario, dije. De lo contrario, cuando llegue el momento de representar la escena en presencia del jurado, todavía seguiremos aquí con el texto.

Justo cuando uno de los miembros del jurado entraba por la puerta para ver cómo estábamos trabajando, dije:

¿Podemos dejar de susurrar?

¿Sería esa la razón?

Seguro que fue el doctor polaco, quiero decir el instructor, el gran pedagogo con el que subí en el ascensor a la sexta planta. Me miró a los ojos y dijo:

Fijo que tienes miedo de lo que yo piense.

Por la noche, cuando me iba a dormir, rompí con el novio con el que vivía entonces y que tan amablemente me había recogido en la estación de tren, puesto que me conocía y sabía lo destrozada que estaba. Le rogué que dejara el apartamento enseguida. Luego me dormí y soñé este sueño.

Era verano y yo lo pasaba en dos islas cercanas del archipiélago. Me encontraba en medio de una existencia maravillosa en la que nunca dudaba de nada, ni de si lo que iba a hacer en lo sucesivo o lo que había hecho hasta el momento era lo bastante bueno. Tomaba un pequeño transbordador que navegaba entre las islas y, puesto que el viaje no duraba más que unos minutos, pasaba tiempo, ya en una isla, ya en la otra con total despreocupación. Hablaba con los demás sin temor y las vacaciones de verano parecían infinitas. Pero, como siempre que uno pasa mucho tiempo en un estado paradisíaco, la paz se transformó en horror. Allí estaba de

pronto en carne y hueso mi difunto padre, tan solo unos años mayor que yo. Clavé la mirada en aquella barriga enorme y luego en sus ojos verdes y me indicó con un gesto que en la isla mandaba él. Señaló con el brazo los grupos de personas que aparecieron de pronto a su espalda y supe que mi vida había terminado. Su sarcasmo. Por fin era el gran hombre que siempre había soñado ser. Él era el jefe de la isla. Miré fugazmente hacia el muelle, pero no había ningún transbordador y no sé por qué me permitían que estuviera allí yo sola. Tal vez porque no podía ir a ninguna parte de todos modos. Miré el mar. Cuando ya llevaba allí bastante tiempo, surgió una especie de monstruo marino de las profundidades.

Una locomotora negra se elevó y los vagones que la seguían eran la cola del monstruo. De pronto la locomotora quedó a la vista y brillaba al sol, luego se hundió de nuevo en el fondo. Yo sabía que la única forma de salir de la isla en la que reinaba mi padre era llegar a ese tren. Un tren que me aterraba hasta lo más profundo, pero en lugar de arrojarme al agua y nadar hacia los vagones negros y, como fuera, alejarme de allí, me dije que ojalá supiera pintar un cuadro para no olvidar nunca el espectáculo de la locomotora negra cuando surgía de las profundidades y quedaba a la vista. Y al final resultó que opté por permanecer en la isla donde mi padre me torturaría por toda la eternidad. Cuando me desperté a primera hora de la tarde, el correo ya había llegado y en la carta que me encontré en la alfombra del vestíbulo decían que tenía plaza en el curso de escritores que se me había olvidado que había solicitado.

Vaya, al final resulta que me han admitido en ese curso de mierda.

Lo confieso: a pesar de todo, me sentí bien. Creía en el destino y, pese a todo, me sentí aliviada al pensar que podría dedicarme a algo que por lo menos me interesaba de verdad, y así fue como empezó. Después de un año y medio en la isla, terminé mi primer libro. Era como si lo hubiera escrito en sueños, y me asustaba de verdad porque tenía la sensación de que no sabía muy bien cómo se hacía eso de escribir. Esa sensación no me ha abandonado nunca, pero puede que me haya acostumbrado a ella un poco.

Sé que soy incapaz de oponer resistencia cuando mi interior me pide que actúe. Durante varios años estuve tan enamorada de un hombre que vivía al otro lado del Atlántico que era imposible entender cómo iba a poder vivir después de que primero me llamara a su lado y luego me dejara como si yo no valiera nada. Me escribió en una carta que había llegado a la

conclusión de que quería tener contacto conmigo, y lo que me saltó en el pecho cuando leí aquella carta fue una felicidad imposible de refrenar, así que cuando, unas semanas más tarde, me escribió: «Estar contigo sería *a bet no one could recommend*», me quedé en un limbo en el que permanecí muchos años y en el que quizá aún siga. Él fue quien por primera vez formuló con palabras la debilidad a la que, unos años después, me darían un nombre en la fábrica. Yo era como un ser desarraigado, no encontraba tierra y en mis fantasías siempre quería demostrarle a él que estaba equivocado. Que yo era del todo normal, equilibrada, pero siempre fracasaba. Lo que hice en cambio fue escribirle cartas confusas y reveladoras, que solo contribuían a empeorar mi situación. Se buscó una familia, hijos, y eso hice yo también y me prometí solemnemente que nunca más volvería a contactar con él, pero lo hice de todos modos. Intercambiamos fotografías de nuestros hijos y yo le envié mi primer libro traducido al inglés, y no me dijo una palabra. Luego, cuando mi marido me dejó, pensé que era a él a quien debería habérselo mostrado. Debería haberle mostrado que yo estaba al cien por cien con él y con los niños, a los que quería tanto que sentía la menor variación de sus caras y cuerpos, a pesar de esas traiciones periódicas cada vez que los dejaba. ¿Cómo era capaz de elegir la fábrica en lugar de a mis seres queridos? ¿Qué era lo que buscaba en aquellos pasillos, cuando todo lo que quería ya existía en un hogar, en aquella familia que tenía por primera vez en la vida? ¿Por qué hui de aquellos a los que quería? Quién sabe cómo se cruzan los caminos. ¿Cómo se detiene uno y deja que todas las cosas lo inunden en el sitio donde quiere estar? La dependencia y la libertad no se excluyen mutuamente. No es posible recibir solo amor.

Me noto los muslos bajo la falda mientras camino. Creo que voy a salir de aquí.

Es un día totalmente normal. Aalif está ayudando a una anciana a levantarse. La llama My Lady.

Donde yo soñaba que me encontraba había patinadores en el lago, café en un termo, naranjas. Los rompehielos que despedía con la mano en Estocolmo volvía a verlos en Luleå. ¿Que cómo aguanta uno? Sufriendo. Rehaciéndolo todo. Contando los pasos. La nieve llevaba meses allí. Me arrojaste el regalo de recién casados como si yo fuera un perro. Esa fue quizá la primera señal. Este día sabe a hierro. Sabemos que estamos solos. Los niños vinieron uno tras otro. No podía ocurrirles ningún mal. Sus manos hacia el cielo. Recogíamos estrellas. Fregábamos. Comíamos el uno

del otro. Nuestros sueños lamentaban su origen. Olvidamos para dejar espacio. ¿Si nos daba miedo la muerte? Sí, pero más miedo nos daba la vida.

Estoy cansada. Cansada de todo. Es imposible mirar por la ventana con tanto mosquito.

¿Dónde está la llave del armario de las armas de fuego? Pierdo la vida durmiendo. Zahid me da medicinas. Parece ser que no basta solo con la corriente. La porquería de mis medicinas de siempre, que me provocaban sarpullidos por todo el cuerpo y me resecaban entera, hacían más daño que bien. Hipertiroidismo y más adelante también forúnculos. Un tiempo después acudí al festival de literatura de Lofoten con un forúnculo en la pierna que me impedía sentarme. Lofoten era un lugar increíble. Aquellas aguas cristalinas. Las noches claras y las altas montañas. Tan bello como peligroso. En la región de Västerbotten, donde nació y se crió mi padre, a mi enfermedad la llamaban el mal del rayo de sol.

Deberías haberte quedado allí, papá. Sabes que tengo razón.

La cortina aletea. Y eso que no hay ninguna ventana abierta. Por supuesto que no hay ninguna ventana abierta.

¿Estás ahí? Yo veía con frecuencia a mi padre en alguien que pasaba, en una muchedumbre, en el tren. A veces estaba en todas partes. ¿He sido demasiado dura contigo, papá? No lo sé, Linda. ¿Has sido dura? ¿Me tenías miedo cuando estabas vivo? ¿Qué crees tú? ¿Recuerdas cuando estábamos solos en el apartamento y yo me iba a dormir a las cinco de la tarde para no tener que estar contigo? Entonces me hacías la misma pregunta. ¿Me tienes miedo? No. Es solo que estoy cansada, papá.

Zahid cruza rápido el pasillo y el repiqueteo de sus zuecos de plástico azul claro se oye a lo lejos.

Me mira y me pregunta cómo me encuentro. En lugar de responder, le pregunto cómo está él, y me sonríe y me dice que está nervioso, porque va a ir a Afganistán a la boda de su hermano. Le pregunto si preferiría quedarse en casa y me dice que sí, pero, ya sabes. De pronto me siento como una criatura infantil que no tiene ganas de hacer los deberes, que no tiene ganas de conformar su futuro, y digo perdón. Zahid se ríe y dice:

Habrà mucha gente a la que tengas que pedir perdón, pero a mí no.

Espera a que me haya tragado la medicina y luego sigue con el carrito, después de despedirse diciendo que nos vemos mañana. Ya me angustia la idea de lo mucho que me va a doler cuando me clave las agujas.

Una vez me desperté después de la terapia con una pupila dilatada y la otra encogida como un punto. Aquello sembró la preocupación en la fábrica. Era una anomalía con respecto a lo que se esperaba y decidieron que iban a escanearme el cerebro. Me miré en el espejo y la enfermera Maria estaba a mi lado y dijo con tristeza que existía el riesgo de que me quedara así para siempre. ¿Qué me importaba a mí? Me daban igual mis pupilas. Me daba igual tener una pupila que rehuyera la luz y otra que la dejara pasar entera. Pupilas bipolares. Tanto mejor así, de ese modo se veía por fuera qué clase de persona era yo.

En todo caso era Zahid, el pobre, quien iba a clavar la gruesa aguja, y estaba más asustado que de costumbre y la clavó mal, de modo que la sangre le saltó a él y a mí. Se disculpó y le dije que a mí me daba igual. Estaba muy estresado mientras limpiaba la sangre y, con la cara pálida, dijo que teníamos que repetirlo. Nadie puede cometer errores en la fábrica. Había muy pocos cuidadores y enfermeras trabajando en la sección, y al mismo tiempo que intentaba clavarme la aguja de nuevo en realidad debería empezar a distribuir las medicinas que esperaban en los compartimentos, numerados como las puertas de nuestras habitaciones. Por eso pinchó como si le fuera la vida en ello y, para alivio suyo, esta vez sí que dio en el clavo. Luego me transportaron varias plantas más abajo, donde me recibió un médico con una barba de un largo inaceptable que me tumbó en una camilla.

Espero que no tengas claustrofobia, dijo mientras me miraba las pupilas y meneaba la cabeza, como diciendo que vaya cómo habían metido la pata. Unos instantes después me introdujeron en un tubo muy largo donde iban a fotografiarme el cerebro. Pedí que me enseñaran la foto después en la sección, pero se la habían llevado los radiólogos para examinarla y el asunto se olvidó enseguida. Unos días después, las pupilas habían vuelto a la normalidad y podía reanudarse la terapia.

De nuevo estaba sentada en la sala de espera con Aalif, y le pregunté si se aburría. Me respondió que él nunca se aburría. Yo me incorporé, pero él me bajó de nuevo despacio para que me sentara en el banco, se rió como siempre y dijo: Todo está bien. Todo controlado. Todo controlado.

El entrenamiento de la memoria que Maria hacía conmigo fue un invento suyo. El tiempo que le llevaba preguntarme si recordaba dónde vivía de pequeña o qué pasó la víspera del día en que mi marido me dijo

que quería separarse lo ahorraaba porque era la más rápida a la hora de clavar las agujas sin que el paciente notara nada, como ya he dicho. Maria se había criado en Austria y hablaba de su país como si fuera el cielo en la tierra por su aire claro y el paisaje verde y ondulado. Y qué escritores, me susurraba, y yo no podía sino estar de acuerdo con ella. Que Maria se preocupara por mí era bastante llamativo, porque en la fábrica ella era la más rápida a la hora de poner los electrodos.

Me pidió que escribiera y me dijo que esa era mi salida, pero cuando me senté en mi cuarto delante del papel que me había dado no me vinieron las palabras. A Maria no le gustaba que yo hubiera perdido la memoria, se le notaba, y como ya he dicho hacía lo que podía para que la recuperase. Los niños, decía. Piensa en los niños. Yo empezaba a llorar siempre que me los imaginaba a los cuatro, y a ella le parecía que era muy buena señal. No evites lo más difícil, me decía con severidad. Siendo cobarde no llegarás a ningún sitio. Y deja de compadecerte de ti misma.

La mañana siguiente me tocaba a mí ver al jefe médico, me dijo Charlotta. Charlotta cojeaba un poco y no sabía negarse cuando los pacientes le pedían que les comprara cosas de la calle. Chocolate, tabaco, postales y sellos eran cosas que compraba si le dabas el dinero, y si no, también, así de amable era, y sabía exactamente en qué momento repartir sus dones, o aquello que le habían pedido que comprara, de modo que nadie se diera cuenta. Charlotta no tardaría en jubilarse. Nadie sabía exactamente cuándo sucedería, y en torno a ella siempre había cierta preocupación. ¿Seguiría allí al día siguiente? Yo nunca le había pedido que me comprara nada. Me daba escalofríos la idea de fumarme un cigarrillo, pero si me hubieran dado uno lo habría aceptado enseguida. Cuando vivía contigo fumaba casi tanto como tú. Una vez al día, iba a tu cabaña de escribir y me fumaba un cigarrillo contigo e intercambiábamos unas palabras, aunque no te gustaba que te molestaran. Pero si no iba a molestarte no hablábamos nada de nada, y aunque yo sabía que eso era lo que tú querías, no era lo que quería yo.

*

Yo siempre me asustaba ante cada visita al médico. En los pocos minutos de los que uno disponía resultaba difícil de verdad poder decir algo. El médico jefe era el que hablaba y procuraba que el paciente saliera

de la consulta sin saber más de lo que sabía cuando entró. Pero esta vez yo tenía una pregunta concreta que hacer, aparte de tratar de mostrarme optimista y serena para que no me mandaran otra tanda de sesiones de terapia. Era imposible, pero yo lo intenté de todos modos, intentarlo no podía empeorar mi situación. Ahora resultaba que últimamente podía sufrir en cualquier momento, bueno, lo llamaré un ataque, porque no encuentro un término mejor. De pronto sentía una presión en el pecho, como aplastada por el pie de un gigante, y no podía respirar. Me ocurría varias veces al día y era bastante fuerte cuando me tumbaba en la cama e intentaba dormir. Se me aliviaba un poco si me incorporaba y me ponía a dar vueltas por mi cuarto, y por eso apenas había dormido esa noche y me sentía asustada y también débil.

Ensayé la frase que había pensado una y otra vez, hasta que me vi sentada delante de él, quienquiera que fuera. Era un médico nuevo, como siempre, y empezó la conversación diciendo que se había leído mi caso al dedillo, que había repasado toda la historia clínica desde el día en que puse el pie en el hospital. Qué concienzudo, le dije para animarlo, y luego le planteé mi pregunta como un rayo. La pregunta de por qué me ocurría de pronto que no podía respirar y la sensación de no poderlo resistir. Me miró y me preguntó cuándo fue la última vez que había sentido algo así y le respondí sinceramente que justo antes de entrar en su consulta. Me respondió sin pensar que respirase en cuatro tiempos. Otro método que es realmente eficaz, dijo, es abrazar hielo, y si yo quería él podía encargarse de bolsas de hielo para la sección. Le dije que no hacía falta y que prefería respirar en cuatro tiempos. Me armé de valor y le dije que era consciente de que a corto plazo uno podía distraer los pensamientos de modo que la sensación de no poder respirar desapareciera, y continué diciendo que el método de sustituir un dolor por otro no lograría de ningún modo localizar la causa de que yo, de pronto, no fuera capaz de respirar y que, por lo demás, podía decirse lo mismo de todo sufrimiento humano, que era preciso comprender por qué uno se sentía atormentado hasta el punto de que parecía que no era posible vivir la vida y que por qué abogáis por la terapia de electrochoque cuando lo único que me ocurre entonces es que olvido todo lo que es importante para mí, pero entonces se acabó el tiempo y el jefe médico me pidió que saliera de la consulta mientras escribía en su cuaderno que yo debía continuar con la terapia.

Cada vez me costaba más respirar, y no era por tener en el pecho el pie del gigante, cuando notaba que me venía la sensación de ahogo hacía como me había dicho el médico y respiraba en cuatro tiempos hasta que desaparecía. No, más bien era que los somníferos no funcionaban, y sin ellos estaba totalmente despejada. Me sentía cada vez más inquieta al no poder dormir y pedí voluntariamente unos somníferos más fuertes, pero justo cuando los pensamientos dejaban de vagar por mi cabeza fatigada y el sueño estaba muy cerca y yo caía agradecida en una ensoñación, me despertaba siempre con un sobresalto. Ese proceso se repetía de noche a todas horas y no tardé en convertirme en una sombra. Tenía las ojeras totalmente negras. Yo, que siempre había comido mucho y me servía varias veces, incluso de la comida del hospital, de pronto no era capaz de comer. El hambre que me empujaba a lo largo de los días desapareció de golpe y simplemente me quedaba tumbada en la cama. Adelgacé, y al final solo Maria se atrevía a obligarme a caminar por el pasillo para que me cansara un poco. En tan solo unos días quedé hecha una ruina. No podía serenar mis pensamientos, que me perseguían sin tregua con una fuerza y una furia que yo jamás había experimentado. Y esto tuvo como consecuencia que interrumpiesen la terapia.

Una mañana, cuando estaba allí tumbada mirando la pared, Maria entró en mi habitación y casi me gritó que dejara de comportarme como una pobre anciana. Te lo diré otra vez, dijo cuando se hubo calmado, no das ninguna pena. No pienso ponerte a contarte todo lo que tienes, lo privilegiada que eres, pero trata de orientar tus pensamientos en ese sentido. Esa apatía tuya es ridícula. Te denigras a ti misma. Demuestra con alguna parte de ti que quieres salir de aquí. Cuando pronunció esas palabras en aquella habitación tan espantosa me levanté de la cama volando. Era imposible que yo agrediera a Maria, y era consciente de ello, pero quería asustarla por ponerse allí a hablarme a gritos de responsabilidad y obligaciones.

En lugar de pegarle, le grité yo también que cómo iba a salir de allí cuando me ponían electrodos en la cabeza y en el pecho un día sí y otro no. Entonces oímos pasos en el pasillo. Los sonidos ruidosos no se aceptaban y Maria me culparía a mí, pensé, pero cuando aparecieron tres cuidadores en mi habitación, ella les dijo que estaba soltándole una reprimenda a esta criatura tan consentida. Después de la reprimenda dejé de estar cansada.

Había conseguido despertarme y sentí vergüenza porque todo lo que me había estado diciendo era verdad.

Salí al pasillo y le pregunté a Zahid, que iba camino de la recepción, qué era lo que hacía falta para salir de allí. Él me miró y respondió rápidamente que no tenía ni idea. Él allí solo era un enfermero.

No recuerdo qué le respondí ni cómo me fui a la cama esa noche. A estas alturas, me daban miedo mis sueños.

Buenos días, dijo Zahid. Te voy a poner las agujas.

Le temblaba la mano y para tranquilizarlo empecé a hablar de otra cosa. Le pregunté si se iba a Afganistán y me respondió mientras daba palmaditas en el dorso de la mano que se iría al día siguiente por la mañana. ¿Cuánto tiempo vas a estar allí?, pregunté. Dos semanas. ¿Y estará allí toda tu familia? Sí, o bueno, no, mi madre no va. No está para viajes, dijo, y me pinchó en la vena de la mano. Yo intenté que no se notara lo mucho que me dolía. Pero es la boda de su hijo, continué yo cuando Zahid ya había vendado la entrada de la vía para que todo quedara en su sitio y después de haber probado la aguja. Una vez que llegabas a la fábrica todo iba tan aprisa que la entrada del sedante tenía que estar lista. No tenían tiempo de andar pinchando agujas. Hay cosas de las que yo no hablo, dijo Zahid, y se fue a toda prisa. De pronto me retumbó en la cabeza la voz de Maria. Eres una consentida. No puedes seguir jugando a ser una adolescente cabezota, eres una adulta y tienes muchos hijos. Tienes que estar en casa cuidando de ellos y no vivir la vida aquí dentro, donde no hay nada que te importe. Me levanté y salí corriendo al pasillo para pedirle perdón a Zahid, pero no se lo veía por ninguna parte. Un cuidador, cuyo nombre no había conseguido aprenderme, me detuvo y me dijo que volviera a mi habitación. La terapia no empieza hasta las diez. Puedes dormir unas horas más, me dijo mientras me acompañaba. Yo estaba furiosa conmigo misma. Me solté de su mano y le dije que podía ir yo sola. No debí hacerlo. Ya había cometido muchos errores de ese tipo. Tengo que ser impecable para que un día dejen de aplicarme las sesiones y me abran la puerta a ese mundo ante el cual yo dudaba. Que yo nunca elegí de verdad.

¿Quería salir?, me preguntaba. Sí, claro que sí. ¿Me gustaría quedarme aquí? No lo sé. Te comportas de un modo extraño. Ya lo sé. No lo voy a hacer más. Se acabaron los ataques. Lo prometo. No voy a hacer nada. El día que no puedan decir nada de mí me dejarán salir. Sí, ¿y qué vas a hacer cuando te suelten? No hay nada a lo que quieras volver. La casa. Imagínate

entrando allí. ¿Cómo está tu interior cuando te ves en el vestíbulo? No tienes claro nada. Te sientas en el sofá, y luego ¿qué? Veré a los niños. Vamos a vivir juntos en la casa. Ya, sí. ¿Qué les vas a decir cuando vayan a verte? Ha pasado mucho tiempo. Sabes muy poco de ti misma. Siempre he tenido una estrecha relación con ellos. Y a pesar de todo, corriste un gran riesgo cuando pusiste un pie en la fábrica. Has estado aquí muchas veces. ¿Qué sacas de deambular por los pasillos? ¿Qué sacas de la terapia?

Estaba de pie junto a la cama de la habitación y el cuidador cuyo nombre yo nunca recordaba me sentó en la cama de un empujoncito. Se rió un poco y salió.

Lo que no entiendo es por qué siguen cuando lo único que pasa es que no recuerdo nada. Quizá tengan que seguir hasta el final, hasta que ya no recuerde sus nombres ni lo que han hecho. Olvidaré mi nombre y dónde he estado. Olvidaré la fábrica.

Llaman a la puerta y se asoma Aalif. Tres minutos, dice, y me pregunto qué puedo hacer durante esos tres minutos. ¿Orientarme? ¿Prepararme mentalmente para los pocos pasos hasta la fábrica? Me quedo esperando sentada hasta que vuelven a llamar. Pues nada, My Lady, nos vamos, dice Aalif sonriendo. Lleva en el brazo una manta amarilla de hospital, la manta con la que me cubrirán para que no tenga frío cuando me quede dormida. Me levanto y dejo abierta la puerta de la habitación. Camino al lado de Aalif. Si me apartara, vendrían a buscarme. Si echara a correr separándome de Aalif y me metiera en un ascensor, el ascensor se detendría. Cuando suena la alarma aparecen de pronto en pocos segundos cuatro, seis, siete, diez cuidadores. Salen corriendo de las secciones vecinas. La primera vez que me escapé, el primero que llegó fue Muhammed. ¿He hablado ya de Muhammed? Se lo veía muy decepcionado, como si se hubiera puesto muy triste por mi culpa. Me empujó discretamente en la espalda para que empezara a caminar en la dirección correcta. Si te apartas, van a por ti. No hay forma de huir de la terapia.

Recorrí los veinte pasos hasta la fábrica. Exageré mentalmente y me endurecí. Como quien espera la muerte. ¿Tal vez fuera eso lo que esperaba? Con la anestesia siempre hay cierto riesgo. Eso lo saben los anestesiistas que se ocupan de la sedación. Son muy cuidadosos, pero en alguna ocasión se ha muerto un paciente durante la anestesia. No sé si ha ocurrido aquí, pero sé que existe el riesgo. Mientras hacen las consabidas preguntas, si has comido o si has bebido, si tienes dentadura postiza, toman la tensión, y

como la mía es tan baja, siempre me preguntan si suelo desmayarme y yo respondo como siempre, que nunca me he mareado. Habría podido decir cualquier cosa, pero ellos, los anestelistas, tienen tal autoridad que uno quiere extrañamente portarse lo mejor posible, y ser alguien que no se marea es mejor que ser alguien que se marea. A mí me parece que es raro que no me reconozcan. A estas alturas deberían saber que no me mareo, pero todas las veces me miran como si no me hubieran visto en la vida. El anestelista le hace una seña al alumno, que está listo con el oxígeno, y mientras yo aspiro hondo el oxígeno tal como me han dicho que haga, resulta que pienso que quizá el sedante no me duerma y que puede que me conecten la corriente cuando aún estoy despierta. Respiro hondo otra vez y me imagino el dolor y justo cuando trato de quitarme la máscara de gas para hacerle una pregunta al anestelista, me inyectan el sedante y la sombra fría y oscura que se me impone apaga toda conciencia y ya pueden servirme en bandeja al médico de la corriente que la conecta sin vacilar.

Me pregunto qué pasará dentro de mí mientras estoy tumbada entre los demás durmientes, si siento algún malestar. ¿Es posible que no me afecte nada la cantidad de gente que hay detrás de la pesada cortina? Creo que cada uno de los que duermen en las camillas percibe la proximidad de los demás. Quizá pensamos que quienes están tendidos a nuestro lado son nuestros hermanos, pero la profunda narcosis de los somníferos te deja incapaz de volverte siquiera para no tocar a nadie. Duermes ese sueño impuesto, y en los sueños que sueñas se mueven quienes siempre deambulan por tu conciencia, pero de una forma que te impulsa lejos y más lejos en un espacio que, estás segura, pertenece a la muerte. Asistes a tu entierro, pero cuando te van a meter bajo tierra te encuentras de pronto en un suelo de plástico recién fregado.

La enfermera entra en la habitación donde te han conducido sin tú saberlo. Te han metido en la cama, o tú misma te has bajado de la camilla sin despertarte hasta que al final te despierta el grito que gritas. No sabes dónde estás. ¿Dónde estás? ¿Por qué no reconoces nada? El miedo cuando despiertas y cuando por fin comprendes, con la plenitud de tu conciencia, que aquello en medio de lo que te has despertado es mucho peor que tus sueños.

Nunca se acostumbraba uno a la terapia. Los sueños que se soñaban siempre eran discretos al principio, hasta que después de unas horas de

desconcierto te despertaban con el grito que tan a menudo se oía en la sección que se encontraba más cerca de la fábrica.

Te despertabas en tu vida como un recién nacido. ¿Quiénes eran tus padres? ¿Quién te enseñaría a vivir la vida que te había correspondido? Nadie, era la respuesta. Nadie te enseñaría. Aquí vivías la vida de nadie y no se esperaba de ti otra cosa.

No eran muchas las personas a las que quería parecerme cuando era pequeña. Aunque estudiaba concienzudamente a mi madre, nunca quise ser como ella. Sabía por instinto que, en realidad, no teníamos nada en común. Muy pronto sentí que yo necesitaba una misión. Era una niña, y no tenía nada en contra, pero quería hacer algo de verdad, no solo crecer e ir al colegio. En el campo salía con una chica cuatro años mayor que yo, Therese, me enseñó todos los bailes que había aprendido en la escuela de espectáculos, como ella la llamaba. Yo estaba orgullosa de que fuera mucho mayor que yo, pero ella no quería contarme cómo era vivir y tener esa edad. Podía estar con ella porque hacía todo lo que me pedía. Puede que dependiéramos la una de la otra. Ella de mis servicios y yo de sus exigencias. Cuando estaba con Therese, sabía lo que tenía que hacer. Eso era todo.

Tuve una infancia desgraciada. No feliz. Fue la infancia de nadie. No sabía quién quería ser, y eso me debilitaba. Deseaba que algo se me revelara y puede decirse que un buen día eso fue lo que ocurrió.

Habíamos ido al archipiélago con los amigos de mamá.

Eran radicales. Izquierda activa. Mi madre nunca contaba quién era ella. Se adaptaba a las circunstancias y sonreía a todos con dulzura y alegría. Eso era algo que apreciaban. Tenía muchos amigos. Se manifestaba por los derechos de las mujeres, naturalmente, pero no estaba implicada de verdad. No como las demás mujeres. Y tampoco tenía tiempo. Su tiempo era para el teatro, para mantenernos a su lado a mí y a mi hermano y para contrarrestar las acciones de mi padre. Estaba más que ocupada.

De todos modos, hablaban de la dichosa política. Hablaban como con todo el cuerpo, y yo no sabía qué hacer cuando su hija se me acercó. Ella era mucho más alta que yo, así que se inclinó sobre mí, me llevó a un lado y me dijo: Tocan la guitarra y fuman marihuana cuando los niños se han ido a la cama. Señaló el invernadero. Allí la cultivan, dijo. Me miró a los ojos

esperando que yo dijera algo. Al ver que no respondía, dijo que eso era ilegal. Que la policía podía venir y llevarse a sus padres.

Esa noche ocurrió algo. Después de la cena íbamos a salir con el barco y ¿quién quería ir? Yo levanté la mano y dije que quería ir. No sé cómo fue, quizá algo relacionado con un cambio de humor y su hija Daniella, a la que observé cuando ella no miraba. Anders, que era el padre de Daniella, se rió y dijo que aquí no hay que levantar la mano, y entonces dije enseguida que lo sentía. Mi madre se sintió incómoda y se rió entrecortadamente, alto y también bajo. Pero cariño, me dijo señalando con la mano a todos los que estaban sentados alrededor de la mesa. Aquí solo hay buenas personas. Lo dejamos todo en la mesa y Anders agitó la servilleta como para indicar que algo había terminado y que otro algo iba a empezar. Cogió la guitarra, que estaba en una silla de mimbre blanca, y empezó a cantar. Todos cantaron con él, incluso Daniella. Era una canción en otro idioma, un idioma que me resultaba familiar, pero no sabía de qué. Cerré los ojos con fuerza y traté de viajar mentalmente al lugar donde había oído aquel idioma, pero no encontré nada donde busqué. Tal vez porque era el paisaje equivocado, con otras personas. Había algo familiar en la canción, en cómo sonaba. Me parecía que resultaba cercana, como algo que uno ha hecho tantas veces que sucede sin que tenga que intervenir la conciencia. Para mí siempre resultaba incómodo que mi madre cantara, porque me parecía que cantaba mal. Y luego estaba lo de que de pronto fingiera que le interesaba la política. A mí me inquietaba que todo fuera tan distinto.

Yo iba detrás de los demás por el camino y daba puntapiés a las piedras, practicaba para conseguir que las piedras chocaran entre sí para que se alejaran unas de otras. En el mejor de los casos, sonaba como un disparo. Solía frotar dos piedras entre sí tanto rato que se volvían como imanes cuando se juntan por el lado que no es. Entre ellas se creaba una fuerza. Querían estar juntas, pero lo que hacían era evitarse. No duraba mucho tiempo, algún segundo nada más, pero era una cosa que me gustaba sentir, cómo el aire entre las piedras se cargaba de una fuerza cuyo nombre yo ignoraba, quizá me reconocía a mí misma. Esa voluntad de estar cerca, pero al mismo tiempo algo así como una incapacidad de estarlo.

Bajábamos en grupo hacia el agua. Yo no sabía si era de día o por la tarde. Oía la voz de mi madre delante. Todos reían. Se hablaban a voces y yo pensé dos cosas. Primero, que tenían bastante con lo suyo. Luego, que

yo quería remar. Yo no sabía hacer muchas cosas, pero remar sí que sabía. Lo pensé tan fuerte que todos debían de oír mis pensamientos.

El agua estaba en calma. Gris y reluciente. A mí siempre me había gustado ir en barco. Lo sabía con todo mi ser como una gran alegría. También sabía que me encantaban los lagos. Nunca quería estar en el mar. No me gustaba lo abierto, ver un horizonte. No sé decir por qué lo sabía, pero sabía que me gustan los lagos con sabor a hierro. Me gustan los lagos, los muelles de madera, los nenúfares y las arañas de agua. Que puedan andar sobre las aguas como Jesús. Los anillos que se forman alrededor de sus patas. Quizá más que ninguna otra cosa.

Que allí no iba a ver ninguna lo tenía claro, aquella no era agua dulce. ¿Cómo se llama el agua que no es salada, no es dulce, sino débil y sin carácter? No lo sé, pero lo que ocurrió después fue que a los remos estábamos tanto Daniella como yo. Vino y se sentó un segundo después que yo y debería haberse dado cuenta de que tenía que apartarse, pero se quedó allí con la mirada vacía. Yo intenté decir algo, pero no encontré palabras. Me ardía la cabeza, todo el cuerpo, sí. Al final me puse de pie en el barco y dije que quería remar yo sola.

Al principio se hizo el silencio. No sé qué pasó, si me miraban a mí o se miraban entre sí. Oí la risa angustiada de mi madre. El padre de Daniella empezó a decir cosas como que bueno, seguro que podéis remar las dos juntas, cada una con un remo, el barco es bastante grande. Yo no decía nada, me quedé allí en medio y noté cómo me ardían los párpados y las muñecas. Mi madre se me acercó tambaleándose y trató de acariciarme el pelo. ¿Qué pasa? Luego, cada vez más nerviosa, al ver que yo no me movía de allí. Venga, no pasa nada, vamos a salir a navegar. Esa voz adúlona cuando me pidió que me sentara. Solo vamos a dar un paseo. Sentí que todos me miraban, pero no era capaz de sentarme, no cuando la cosa había llegado tan lejos. Podéis turnaros, continuó Anders. Puedes empezar tú. Yo no miraba a nadie. Empecé a contar en voz alta para detener las lágrimas que saldrían si no decía nada alto y claro. Lo sabía igual que uno sabe que después del día viene la noche, y puesto que no quería decir nada, empecé a contar. Contaba tan alto como podía. Cuando empecé, no podía parar. Contaba cada vez más alto para vencer las lágrimas que amenazaban con empaparme la cara. Deseaba desaparecer, deseaba no haberme plantado de pie en el barco, pero ahora ya no podía sentarme. La humillación era omnipresente. Estaba en el aire que respiraba, en mis pensamientos, que

suplicaban algún tipo de milagro. ¿Qué iba a hacer ahora? El dolor detrás de los ojos se imponía a todo lo demás. Sabía que las lágrimas terminarían venciendo y que yo iba a perder. No logré seguir rompiendo el silencio contando en voz alta, y cuando las lágrimas empezaron a rodarme por las mejillas salté del barco. No estaba profundo, así que llegué a tierra caminando y volví corriendo por la carretera. Corría todo lo que podía con los zapatos y la ropa mojada. Sabía que no vendrían a buscarme. Mi madre diría algo así como dejadla tranquila y entonces se irían remando en el barco y yo no estaría allí, así que no podrían hablarme. Sabía que había estropeado algo, pero no me importaba. No me importaba nada, ni mis lágrimas absurdas ni mi miedo.

No sabía qué hacer cuando llegué a la casa y al lugar en el que estaban los muebles del jardín con todos los platos y los vasos. Me dirigí a la letrina, que sabía dónde se encontraba. Cerré con llave y enseguida sentí algo parecido al alivio. Me senté en la tapa del retrete y lloré hasta que dejaron de salir lágrimas. Se hizo un silencio absoluto. Pensé en lo que había ocurrido y llegué a la conclusión de que era un ser horrible. No era una niña pequeña a la que pudieran disculpar, tampoco era mayor. Era una persona que no quería ser. Tenía unas ideas demasiado infantiles para estar a punto de cumplir diez años, al tiempo que la solemnidad era algo que se interponía como un muro. No era una niña que cayera bien, nunca sonreía, no respondía cuando me preguntaban, me colmaban por completo mis sentimientos, que me pedían esto o aquello, no sabía nada y a pesar de todo consideraba que sabía más que los otros. Tenía unos sueños grandiosos, iba a ser estrella de pop, escribía poemas en un papel arrugado que siempre llevaba en la mano como un arma. Quería que alguien los leyera, no mi madre, ella me daba igual, sino otra persona que me inventaba y con la que terminaría escapándome. Trataba de imaginarme cómo sería él o ella, pero no lo conseguía, como otras veces. Pensaba que quien viera mi poema y le gustara sería mi verdadero padre. Soñaba intensamente con otro padre.

Una vez mi madre tuvo una relación con un hombre que se llamaba Tom. Vivía en una casa antigua en una parte de la ciudad en la que yo no había estado nunca. Tenía un caballo. Montaba varias veces a la semana. Me gustaba su aspecto cuando se dirigía al establo. Las botas de montar, los pantalones con refuerzo de color marrón, el chaleco que olía a caballo. El vestíbulo entero olía a caballo. Yo hacía lo que estaba en mi mano para que mi madre y Tom estuvieran juntos todo lo posible. Me di cuenta de que era

lo que mi madre quería. Tom me hablaba, no como si yo fuera una adulta, pero sí como a una igual, y no comprendía por qué mi madre me hablaba de un modo tan irreflexivo o tan superficial, y a veces discutía con ella por eso. Por su forma de ser madre conmigo y con mi hermano. Mi madre, que tenía un temperamento ardiente cuando se trataba de sus hijos y de cómo los educaba, le dijo que no se inmiscuyera. De los niños se ocupaba ella. Yo solía sentarme en la hierba alta del jardín asilvestrado de Tom y los oía discutir si había una ventana abierta o estaban tomando café en el jardín. Tú no tienes hijos. No sabes cómo es. No vengas a decirme cómo tengo que tratar a mis hijos. Son mis hijos. Yo escuchaba allí sentada con la esperanza de que mi madre muriera para que pudiéramos mudarnos a vivir con Tom.

En secreto también deseaba que mi hermano muriera de una enfermedad incurable, así todos lloraríamos su muerte y podría vivir con Tom yo sola.

En una ocasión bajamos paseando por el camino desde la montaña y nos tomamos un helado italiano en la plaza de Mariatorget. El helado estaba riquísimo, y nosotros estábamos todos contentos, aliviados y eufóricos, no sé por qué. Esperaba que fuera porque iban a darme una hermana pequeña. A menudo había pensado que mi posición en la familia se reforzaría si yo fuera la mayor, no la menor. Seríamos ella y yo. Pero no dijeron nada decisivo, nada importante. Era solo buen ambiente, y para mí una sensación de estar en el extranjero. El helado me pareció rico de verdad. Quería ir allí todas las tardes y no paraba de insistirle a mi madre. Era verano y el teatro estaba cerrado. No tenía ninguna función, nada con lo que excusarse, estábamos juntos y yo era feliz. Sabía que era eso. Tom me gustaba tanto que pregunté si podía ir con él al establo. No sé por qué no me dejaron, no lo recuerdo todo, pero sí la sensación de seguridad. El jardín. Mariatorget. A lo mejor fue él quien dijo que no, pero yo no quería creerlo, puesto que me hablaba como me hablaba. Como un igual por el que se preocupaba, pero un igual a fin de cuentas. En ningún momento se dijo ninguna tontería de que yo fuera niña y él adulto, y eso que yo nunca me había sentido más niña que estando con Tom. Llegué a la conclusión de que lo de montar a caballo era su terreno. Quería montar su caballo en paz. Tal vez fuera aquella su manera de estar solo y pensar en sus cosas sobre sí mismo y mamá, que no quería tener más hijos, y pensar si el amor que sentía por ella era posible cuando ella nunca le permitía tener su opinión sobre cosas

fundamentales. Mi padre llevaba tiempo en el hospital y no iba a salir. Se negaba a tomarse las medicinas, se negaba a recibir ayuda psicológica, ni siquiera aceptó cuando el psiquiatra Johan Cullberg le ofreció una terapia, algo que, naturalmente, había organizado mi madre. No quería estar sano. Quería vivir en Beckomberga para siempre, les decía a todos los que querían escucharlo. Un horario de comidas fijo, cuidados, aunque fueran de profesionales. La sección 86 era su campo. Allí podía organizar torneos de ajedrez que siempre ganaba y mentir acerca de lo maravillosa que era su vida y de lo injustamente que lo habían tratado. Pero alejémonos de él y de su debilidad y su forma de apoderarse de la vida de uno. Él, que llevaba a casa a prostitutas cuando mamá no estaba y luego abría el gas. Alejémonos de él. Que se pudra en aquellos pasillos. Solo había que empezar la nueva vida con Tom como padre, algo que él quiso ser hasta la mañana en que mi hermano le lanzó un cuchillo en el desayuno. Yo me quedé helada en la silla, muerta de miedo, pero enseguida recobré la calma y pensé: ahora verán cómo es mi hermano, un cerdo violento que siempre tenía que armar bronca. Sin embargo, lo que ocurrió fue que mi madre empezó a reír. Se reía mientras le acariciaba a mi hermano la mejilla, como si fueran ellos dos los que estuvieran juntos, y no ella y Tom. Luego mi madre salpicó a Tom de yogur. Eran cosas que le pasaban. Era una mujer imposible.

Tom se levantó y se fue, y allí nos quedamos mi madre, mi hermano y yo sentados a la mesa llena de manchas y todo volvió a ser como siempre. El sueño en el que había vivido se quebró en aquel momento. Tom comprendió que mi madre nunca lo dejaría entrar en nuestro triángulo de las Bermudas en el que todo naufragaba y se iba a la mierda. Y yo nunca me atreví a preguntarle a Tom si podía irme con él, a decirle que no podía vivir con mi madre y mi hermano. Lo supe de inmediato en aquel momento, puesto que acababa de estar viviendo en el paraíso. Una familia de verdad. Traté de gritar, pero era como en una pesadilla, donde no hay sonido. Nadie me oía. Yo gritaba una y otra vez sin lograr que saliera el sonido. Tom no volvió. Yo sabía que necesitaba luchar más que nunca. Tenía que resolver aquella situación, que mi madre se tomó a risa, pero no me atrevía. ¿Lo habéis oído? No me atrevía. Nunca me había sentido tan feliz como con Tom. Quería mudarme con él a su vieja casa, quería que le dieran la custodia. Tom me protegería de mi padre. Más aún. Sería mi padre.

Mi madre y Tom cortaron ese día. Lo oí con toda claridad. Estaba tumbada debajo de la escalera y oí su voz serena que decía: Tenemos que

ser nosotros dos. Nosotros somos los adultos. Tu hijo no puede decidir qué debemos hacer. No puedes defenderlo cuando se le ocurre lanzarme un cuchillo. Tienes que advertirle que no puede hacer esas cosas. Puede estar todo lo enfadado que quiera, pero no puede lanzarme un cuchillo; y si, a pesar de todo, me lo lanza, no puedes reírte como si tal cosa. ¿Por qué no te atreves a reñir a tu hijo? Tiene once años. Eres su madre. Sé su madre. Te lo está pidiendo a gritos. No puede mandar en ti. En nosotros. ¿Lo entiendes? Yo no soy una mala persona. Quiero lo mejor para vosotros. Quiero vivir con todos. ¿Estás segura de que tú y tus hijos no necesitáis algún tipo de ayuda? Nada funciona como debería. Tu hijo cree que es el señor de la casa y tu hija nunca dice lo que piensa. ¿Te has dado cuenta? Solo dice aquello que cree que te facilitará las cosas, y de vez en cuando tiene esos ataques. Me preocupa tu hija. Y allí, por asustada que estuviera de que las cosas se hubieran estropeado, disfruté al máximo del hecho de que Tom hablara de mí. De Mí. De mí y de cómo creía que me sentía. Tal vez durante aquella última discusión entendí que debía dejarme de tonterías y empezar a ser una niña a la que fuera fácil querer. Tenía que ser tan salvaje como mi madre. Tan fuerte como ella, pero superior a ella, pues tenía intención de ser tan sensata como Tom.

Muchos años después, cuando le pedí a mi madre que me hablara de Tom, me dijo sin más: A la larga nunca habría funcionado. Y luego añadió aquellas palabras que entonces me hicieron el mismo daño, aunque ya era adulta y debería haberlo entendido. No estaba tan enamorada de él, no era tan serio como crees.

La letrina tenía un olor dulce, a madera podrida y a sol. Decidí dejarlo todo donde estaba. El barco. Al grupo. La manera de empezar algo y verme atrapada por la estupidez de mis propias acciones que a nadie importaban. Esa forma irritante de llevar algo tan lejos que no hubiera vuelta atrás. Contemplé el prado a través de la ventanita. Pensé que si veía un corzo las cosas se arreglarían otra vez. Pasé un rato mirando por la ventana. Hierba alta y unas flores. Reinaba un silencio absoluto y ya estaba pensando en empezar a contar otra vez, pero me detuve. Me cansé de mirar por la ventana y cogí la primera revista que había en un montón junto a la pared de madera, pero en cuanto empecé a hojearla me preocupé pensando que podía ser que el corzo apareciera allí justo cuando yo no estaba mirando, y levanté rápidamente la vista otra vez. No leía la revista, tan solo miraba las

fotos y luego miraba por la ventana. Al cabo de una hora más o menos dejé de pensar en el corzo que tal vez viniera y desapareciera rápidamente. ¿Qué me importa a mí un corzo? Al cuerno.

Seguí pasando página tras página de la vieja revista de colores desvaídos por el sol. Cuando oí voces que se acercaban, vi de pronto la fotografía de una niña y estuve un rato preguntándome si no era yo, hasta ese punto nos parecíamos. Tuve el tiempo justo de leer lo que decía de la niña antes de tumbarme en el suelo de madera y hacerme la dormida. Un truco que usaba cuando quería desaparecer de una situación que no soportaba.

Solo me venían a la cabeza recuerdos de mierda. Los días de mi infancia los habría olvidado de mil amores, pero estaban grabados en la corteza cerebral, o eso imaginaba yo. Hasta allí dentro no llegaba la corriente. Yo me figuraba un montón de cosas. De algunas no sabía nada. Cómo se comporta uno en una relación amorosa, cómo conforma su vida y cómo aprovecha el conocimiento. No había aprendido nada. Había periodos buenos y periodos malos. Los malos eran cada vez más y los buenos cada vez más escasos. Antes era un hacha a la hora de levantarme de nuevo, pero ahora vivía mi vida agachada. Trataba de huir por todos los medios posibles. No quería saber nada de mí misma. Todos mis errores se alineaban ante mis ojos en cuanto me detenía y pensaba con claridad. No importaba que hubiera estado tan apegada a mis hijos cuando eran pequeños, aunque esperaba que tuvieran los primeros años de su infancia almacenados en su interior como un suelo fértil para el futuro, puesto que lo que recordaban ante todo es que yo era una madre que podía desaparecer. No solo me hacía daño a mí misma como cuando era joven, sino también a mis hijos, cada vez que los dejaba para habitar estas salas, estos pasillos. Por no hablar del daño que les hice antes, con mi falta de juicio para el desayuno, el almuerzo y la cena, las semanas que pasaba en la cama, en el dormitorio, que podía llegar a los cincuenta grados en verano. Entre aquellas paredes se cocían mis pensamientos y se convertían en una masa de tristeza reprimida. Allí, demasiado cerca de sus cuerpos interrogantes, de sus miradas inquietas y crecientes, yo no era ya su madre, sino otra, alguien a quien temían y a quien no comprendían. Les daba miedo. Daba miedo a mis hijos.

En algún lugar estaba yo. En los sueños podía verme a mí misma, y ver el camino que debía tomar.

Estaba en otro tiempo, junto con los niños, en un precioso apartamento antiguo que debía de ser aquel en el que viví de niña. Ese apartamento lo conocía yo mejor que ninguna otra cosa. Estaba allí, y había pequeñas camas de madera por todo el salón. Allí dormían todos los niños y soñaban con la vida que yo les mostraría. Eran muchos niños, y yo solo era una. De pronto se despertarían todos a la vez y yo tendría que correr de aquí para allá con la comida y la ropa y ellos serían cada vez más y más y más y todos eran preciosos y yo les hacía fotos por las tardes cuando veían la tele sentados en el suelo. En el mundo ocurrían grandes cosas, pero en sus corazones y en su imaginación ocurrían cosas más grandes aún y yo sabía que no podía hacer nada más que mirarlos tanto que pudiera grabar sus sueños en su ADN y en mis manos nerviosas. Yo era de ellos y ellos eran cada vez más y más y a mí me asombraba ver lo guapos que eran cuando reían y yo les abría la puerta y ellos bajaban la escalera y cruzaban la calle e iban al parque y el parque estaba lleno de niños, como si se hubieran reunido antes de una manifestación y marcharan juntos fuera de mi sueño, y cuando me despertaba era para decirles algo a ellos, pero como de costumbre no salía ningún sonido. Me caí de la cama y Maria me ayudó a levantarme y me contó que había sido una buena convulsión, una sesión estupenda, y deberías dormir un poco más. Un poco más. Un poco más. Duerme un poco más. Duerme y no te despiertes nunca.

Vas a morir. Si no te mueres te morirás casi y no te morirás nunca de verdad. Perderás todo lo que es importante para ti. Ya lo has perdido. Estás totalmente sola.

¿He dicho ya que vivía en una ciudad de mierda en una casa que no se podía soportar? No tiene importancia, pero allí era adonde iba a volver. Había comprado unos muebles. Había puesto algunas cosas al buen tuntún. Nada de aquello con lo que yo soñaba era posible de realizar. No tenía con quién hablar en aquella ciudad. Ningún amigo. Iba mirando al suelo para que nadie me viera. Odiaba aquel lugar tan intensamente que podría arrojar la ciudad al mar yo sola si concentrara todo mi odio y no lo desperdiciara. Las playas iban desapareciendo un poco año tras año. El viento siempre estaba presente. Me niego a pronunciar el nombre de aquella ciudad insignificante.

De vuelta en la letrina aquella noche de hace muchos años. En una de las revistas vi la foto de una niña en un campamento de un pueblo soviético.

Miraba desde la fotografía de un modo que enseguida despertó mi interés. Era una de un grupo, pero estaba sola pese a todo. Tenía el aspecto que yo habría querido tener si hubiera podido imaginar algo. Las trenzas, los lazos azules, el pañuelo rojo atado al cuello, camisa blanca, falda azul, la estrella roja en el pecho. Era miembro de los Niños de Octubre, una octubrina, y había destacado por hablar en el campamento ante los demás octubrinos y ante los Pioneros de Octubre, que eran algo mayores, sobre la importancia de que llevaran el espíritu soviético en todo su ser. Teniendo siempre presente el bien de la Unión Soviética, podías dejar de lado lo demás. Ya no tenías que seguir siendo niño. Ya eras un camarada.

Niña de Octubre, pensé, pionera. Yo iba a tener el mismo aspecto que ella y me uniría al colectivo. Eso fue lo que descubrí aquella tarde, después de haber dejado de mirar el corzo que podía aparecer en el prado y antes de tumbarme en el suelo para fingir que dormía. Iba a sufrir una transformación. Me había visto a mí misma en la foto.

No profundicé en la Unión Soviética ni en el comunismo, y aun así, de pronto, era uno de ellos. Encajaba bien. Había nacido en el mes de octubre. Era una niña elegida entre otros elegidos, pero había accedido allí por la ruta equivocada, de un modo que ningún humano podía comprender, y por eso me llamaban de todas partes. Eran sus voces las que oía cuando me despertaba por las mañanas.

Durante varios años llevé el uniforme de los pioneros. A mi madre le resultaba incómodo y difícil de explicar, pero yo sabía quién era y eso me reforzaba. Ya no era de una vaguedad tan irritante. Ya no era débil. Quizá por eso estuve sola los primeros años, ya que iba a un colegio de clase alta. Los niños no sabían qué significaba mi uniforme, pero alguno de los padres dijo que yo era una niña comunista, y los niños no tardaron en empezar a llamarme la comunista. Yo respondía siempre lo mismo cuando me preguntaban si era comunista. No, no era comunista. Era pionera. Se trataba de algo totalmente distinto. Había tomado prestado un molde y solo tenía que entrar en él. El molde conduce a la libertad. Eso fue lo que aprendí durante esos años y siempre me ha sido útil desde entonces. Sustituí a mi familia y viví mi vida en un colectivo que no existía, pero a mí me daba igual. Esa vida era más real que la de antes.

De niña no aprendí nada. Ni en el colegio ni tampoco durante mis primeros años de adulta. Iba deambulando por los pasillos de mis fantasías y allí tampoco ocurrían tantas cosas. No escuchaba música ni trataba de

encontrarme a mí misma. No viví una vida de juventud. Iba a montar a caballo dos veces por semana y leía libros. En mi cabeza reinaba el vacío y en mi cuerpo no pensaba. Era una persona segura y al mismo tiempo no era nadie. En mis sueños, bastante pobres, yo era una niña junto con otras. No había padres ni chicos, y caminábamos mucho por el monte hasta otros pueblecitos e inaugurábamos distintos desfiles militares. Yo vivía en otro tiempo conmigo misma. Cuando estaba en el colegio haciendo las cuentas del libro de matemáticas, era otra niña que hacía lo mismo en el aula a la que acudían los miembros del colectivo. Todo podía sustituirse por otra cosa. Yo estaba ocupada en ir la primera, llegar más lejos que nadie y sin pararme a descansar. Por eso en la vida real me pasaba las tardes caminando por todos los barrios de la ciudad. Era importante no tener novio ni despertar intrigas, así que no me interesaba nadie y por eso consideraba que tenía una gran ventaja. Nadie podía arrebatarme nada. Creé otro yo que me gustaba mucho más. Una persona más dura de la que era yo. Más dura y más fuerte. Una persona infatigable con unas cualidades totalmente distintas de las mías. Y eso duró tantos años como la necesité. Ella es seguramente el invento más extraordinario que he hecho y nunca he querido explicarme a mí misma qué hice durante esos años en que yo era ella.

Ella tenía control sobre la vida y yo le estaba muy agradecida por eso. Incluso cuando dejé de usar el uniforme, en realidad lo llevaba por dentro. Tenía acceso a aquella niña cuando quería. Puede que aún lo tenga.

Llegué tarde a la pubertad, así que fui niña mucho más tiempo de lo que estaba dispuesta a reconocer. Fumaba en el metro en los descansos cuando tenía trece años y antes de que mi cuerpo empezara a cambiar, pero seguía jugando de un modo que correspondía a la niñez. Ciertos libros infantiles no podía dejar de leerlos. Me los sabía de memoria y me proporcionaban mucho más que los libros para adultos que también leía. Crecí tarde en ese cuerpo nuevo que no quería descubrir. Empecé a volverse extrovertida e imprudente y no me gustaba cómo era. Esos enamoramientos repentinos que surgían de la nada y que me arrasaban por dentro los tomaba por una señal de debilidad. Para no perderme por completo en el amor por el hermano mayor de mi amiga, que no podía conseguir, empecé a salir con su amigo Erik. Me impresionaba el talento que tenía para montones de cosas. Había ganado el campeonato nacional sueco de esgrima, lo habían adelantado un curso por lo inteligente que era, se le daban particularmente bien las matemáticas, algo que para mí era un

lenguaje del que no entendía nada, aunque admiraba a quienes sí lo dominaban. Recuerdo que el hermano de mi amiga contó aquella vez que a Erik le preguntaron si era capaz de calcular el número que había en la pizarra, nadie supo hacerlo. Erik lo intentó, pero ni siquiera él lo consiguió y el profesor le pidió que volviera a sentarse, lo miró apenado y le dijo: «*Et tu, Brute?*» Tú también, Bruto. No sé por qué aún lo recuerdo, seguramente porque me causó una gran impresión. Ser tan inteligente para algo que te interesaba era grande. Admirable.

Había cierta diferencia de edad que entonces resultaba difícil de llevar. Cuando él se graduó yo terminé noveno. Como lo habían adelantado un año, era como si hubiera terminado el segundo año de bachillerato. ¿Tenía solo dos años más que yo? No era posible, era mucho más adulto, más maduro que yo.

Creo que Erik tenía en cuenta la diferencia de edad de un modo que no me incomodaba.

Cuando una mañana en la casa de Vallentuna dijo que estaba enamorado de mí, algo cambió de verdad. Erik enamorado de mí. De mí.

Unas horas después, en el cementerio que había al pie de la iglesia, donde habíamos celebrado tantos fines de curso, me senté después de clase a fumar y a repetir esas palabras durante varias horas. Enamorado. Era algo grande. Importante. Significativo. Yo también estaba enamorada de él. La vida, de pronto, iba en serio.

Empezamos a hacer fotos juntos y las revelábamos en su cuarto de baño. A mí me gustaba fotografiarlo. Sacaba las fotos muy claras de modo que apenas se lo distinguía, solo contornos y luz. Me parecía que las fotos eran preciosas. Era fácil estar con Erik. Tal vez era abierto. Mi nueva vida de joven adolescente cobró con él cierta forma y era posible mantener a raya lo que se hundía. Mi padre, a quien por lo general no le importaba nada de lo que yo hacía, lo vio varias veces y luego siempre decía lo mismo:

No lo dejes nunca, porque no vas a encontrar a nadie mejor.

Era irritante, claro. Rompí con él un año y medio después. Creo que me había escondido en Erik para mantener a raya la angustia, y la cosa casi funcionó más o menos.

Fue en un viaje de Interrail por Europa el verano después de noveno cuando la angustia empezó a campar a sus anchas por mi vida. Lo más seguro es que hubiera estado ahí desde siempre, pero entonces cobró forma

y se apoderó de mi vida. Mis amigas y yo estábamos una noche fumando hachís en la costa atlántica francesa, y de esa noche no me recuperé jamás. De pronto eché a correr por el pueblo resuelta a encontrar la pensión, al mismo tiempo que experimentaba unas olas que me embargaban y recorrían todo mi interior, desde la cabeza hacia abajo y desde abajo hacia la cabeza otra vez, y allí se estrellaban contra el hueso de la frente. Corría y buscaba por el centro del pueblo y cuando por fin encontré la pensión y abrí la puerta y me tumbé sola en la cama de la habitación las corrientes arrasaron con tal fuerza que daba igual lo fuerte que me agarrara a la cama, y no pararon cuando llegó Nina y le pedí que se tumbara encima de mí. Fue solo esa vez, pero esa acción ridículamente temeraria abrió en mí un camino por el que la angustia no tenía más que adentrarse. Volvía en cuanto experimentaba la menor inquietud, cada vez que tenía miedo de tener que vivirlo de nuevo, volvía la sensación. Una y otra vez, en cualquier momento y en cualquier lugar. Las olas que se estrellaban contra mi cabeza. Aún las siento dentro de mí cuando tengo miedo. Esa fuerza cuya potencia es tan aterradora como la sensación de cómo estalla en el interior de la frente. Que es imposible de resistir. Creo que fue la inquietud violenta que experimenté entonces lo que hizo que me diera tanto miedo estar sola. Entonces y ahora y de vez en cuando. Esa inquietud me reducía, me convertía en un ser cobarde y adulador. Me adaptaba a la realidad en la que vivía de un modo que nunca habría imaginado. Me negaba a estar sola. Me evitaba a mí misma como se evita a alguien con quien uno no quiere cruzarse en el pasillo del colegio. Yo siempre andaba con chicos malos en el instituto, y más de una vez resonó dentro de mí la voz de mi padre. No lo dejes nunca. ¿Cómo puede dejar a Erik por aquellos imbéciles de clase alta? No es que las relaciones fueran duraderas, al contrario, pero eran penosas de principio a fin. Mi amiga Nina también estaba con uno de ellos, de él precisamente no diría que era un idiota, pero en fin. Nina tenía un talento extraordinario para las matemáticas y un día que estaba ayudando a su quizá no del todo penoso novio a hacer los deberes, apareció la madre del chico en el cuarto en el que se encontraban y dijo enseguida:

Coco, ¿dejas que te ayude una chica?

A ese nivel. A mí me soltaban una buena reprimenda después de la clase de lengua cuando el profesor leía mi redacción en voz alta, o cuando, como siempre, yo era la única que quería decir lo que tal o cual poema podía significar o qué eran las comparaciones. «Las rosas en un viejo jarrón

siguen siendo siempre rosas.»¹ ¿Cómo podía traducirse esa imagen con otras palabras? Esas cosas ellos no las sabían.

Los trabajos escritos eran lo único que de verdad me importaba, y antes de cada examen me ponía tan nerviosa como si estuviera en juego toda mi existencia. Tal vez fuera así. Tal vez fue la única vez que me negué a amoldarme y le insistí al profesor que corrigiera los trabajos a tiempo. Nunca lo hacía.

Era realmente crucial tener buenos resultados en el colegio y estaba permitido triunfar.

En mi clase, los apellidos de los alumnos resonaban a fortunas de toda la vida que llevaban aparejada la seguridad que otorgan esas fortunas y la certeza de que les iría bien en la vida. Se notaba en su forma de estar, en su forma de caminar, en que no tenían que tener miedo de nada. Quizá les envidiaba esa seguridad en sí mismos, esa forma de cruzar el patio del colegio, cómo se sentaban en una silla de la clase y enseguida eran dueños de aquel espacio. Los profesores también lo notaban, y algunos los admiraban. En particular el profesor de historia, Rolf Rendel. Le encantaba dirigirse a los alumnos por el apellido. ¿En qué año tuvo lugar la batalla de Lützen, mi joven señor Adelswärd? ¿Cómo empezó la Revolución francesa, Von Halle? ¿Leijonhufvud? ¿Fredrik Gyldenstolpe? Ellos siempre sabían las respuestas. Por lo general, yo estudiaba, pero aún no se me había despertado el interés por la historia y no conseguía imaginar las diferentes épocas, y a veces no sabía la respuesta cuando Rolf Rendel se dirigía a mí y me preguntaba; a él le encantaba Francia y la historia de Francia. La Paz de Versalles, ¿cómo fue posible? Señorita Boström. Vaya mierda, ¿de verdad que tenía que verme allí humillada por aquel imbécil? Pero yo no decía nada. Solo una vez.

Durante el primer cuatrimestre cuando aún estaba saliendo con Erik tuve muchas faltas de asistencia. Mi madre fue de gira por todos los pueblos de mala muerte de Suecia con una obra absurda que se titulaba *Tarde de mercado*. Hablaba con el acento de Småland y la verdad es que no se le daban bien los dialectos, verla era penoso. El caso es que yo vivía sola en el apartamento. Por suerte, mi padre estaba en el hospital, de lo contrario, habría podido presentarse allí. No apareció, pero sí llamaba por teléfono. Se le había metido en la cabeza que debía mantener conmigo conversaciones paternales, unas conversaciones que nunca había podido tener porque mamá

se lo había impedido, según decía. Era un maníaco, y era imposible pararlo. La de cosas que tenía que decirme de pronto.

Eres como Andrej.

Andrej era el mejor amigo de mi hermano y era algo así como un alumno ejemplar. Tenía un talento enorme para las matemáticas y estaba en un instituto especializado en esta materia, donde podía elegir varios idiomas extranjeros, y además aprendía ruso por su cuenta. Ya hablaba seis lenguas. Tres le habían venido gratis, en realidad. El sueco, el español y el francés, pero en muy poco tiempo había aprendido ruso e italiano, además de inglés. Venía a nuestra casa los domingos cuando yo estaba en secundaria para ayudarme con las matemáticas y, como digo, era amigo de mi hermano.

Yo protestaba y decía:

No soy como Andrej. Andrej es un niño prodigio. No soy como él, pero mi padre era implacable. Insistía en lo inteligente que yo era, solo para llegar a la conclusión de que había heredado de él todas mis cualidades. Tu madre, decía muy serio, no te ha dado nada. Todo viene de mí.

No lo creo, decía yo. No me parezco a ninguno de los dos y ¿qué pasa? ¿Vas a empezar ahora? Tú, que nunca me has dado ni un regalo de cumpleaños desde el divorcio, que no ayudas a mamá con la pensión alimenticia, a pesar de que tu jubilación es altísima. Compara tu jubilación con su sueldo, y ella nos mantiene y trabaja sin parar y tú eres un abismo que no sabe hacer nada y eso es lo único que recuerdo de ti y me alegro de que estés en el hospital, porque así sé que no vas a irrumpir aquí para estropearlo todo como sueles hacer. Espero que no te dejen salir nunca y en realidad tú también lo esperas, así que en eso estamos de acuerdo. ¿No puedes colgar y dejar de llamarme y punto?

Solo le decía ese tipo de cosas superficiales que eran fáciles de decir, nada real, porque a eso no me atrevía. La cosa terminaba siempre igual. Él lloraba y decía siempre lo mismo: Soy la persona más sola del mundo. Cuando se ponía en plan obsesivo siempre hablaba con el acento del norte, era la primera señal de que se iba acelerando. Era capaz de levantarse de la cama en la que llevaba meses y de pronto empezaba a cantar canciones, hablar con acento del norte y luego salía y se gastaba un montón de dinero y la verdad es que era una cosa bastante inocente, pero a mí siempre me daba dolor de estómago y cuando él vivía en casa yo lo evitaba, no iba nunca a casa. Dormía en casa de otras personas y mentía diciéndoles que mis padres me daban permiso. Deambulaba entre las casas de mis amigos porque él

había acordado con mi madre que después del divorcio podría vivir con nosotros, aunque ella viviera con otros hombres y, cuando estaban allí, él también estaba allí. Debía de ser muy humillante para él que mi madre estuviera con otros hombres cuando él estaba en el apartamento, y la cosa no terminó cuando por fin consiguió un piso propio, porque en los periodos en que estaba bien venía a casa y preparaba la cena y jugaba a las cartas con nosotros y hacía bollos. Era insoportable, aunque yo me comía los bollos de mil amores, pero no le decíamos nada a mamá. No sé por qué, la verdad, pero no se lo decíamos, o a lo mejor mi hermano sí se lo decía, porque al final eso también se terminó y cuando nuestra madre estaba en el teatro nosotros estábamos solos en casa. Bueno, totalmente solos no estábamos, teníamos canguros internas que eran estudiantes, pero yo no quería estar con ellas. Mi sentimiento era de soledad, y en mi familia se atribuía mucha importancia a los sentimientos.

Mi padre insistía en que su madre había muerto cuando él tenía trece años y que se había ocupado solo de sus hermanos. Estudió ingeniería en el nocturno, hacía veinte kilómetros cada día esquiando.

Lo sé, papá. Lo has contado cientos de veces. De todos modos, lo último siempre causaba cierta impresión.

Luego venía lo obligatorio: Vuestra madre lo estropeó todo al querer separarse. Éramos una familia preciosa, decía llorando.

Yo nunca le dije nada de que nos perseguía y casi nos mata aquella vez con el gas y que le pegaba a nuestra madre y nos tenía aterrorizados. No le decía nada de lo que me había hecho cuando era pequeña y estaba sola con él y con mi hermano en el campo, porque eso no se lo podía decir a nadie. Ni siquiera sé si mi hermano se acuerda. Fue él quien le puso fin. Mi padre tenía cierto respeto por mi hermano.

Tu madre es una puta, decía sulfurándose.

Tú sí que eres una puta, le decía yo al final cuando ya todo me daba lo mismo. Tú eres quien ha ido por ahí con prostitutas y has permitido que se pongan la ropa de mamá cuando estábamos de viaje, así que ¿quién es una puta, en realidad?

Él detestaba que le llevaran la contraria y salía con amenazas como:

Pero ¿a ti qué es lo que te ha pasado? ¿No sabes lo dura que es mi situación? A mí no viene a verme nadie. Nadie.

Al final, no me quedaba más remedio que colgar y desconectar la clavija del teléfono y eso era muy irritante porque entonces no podía oír si

alguien me llamaba a mí, alguien importante, el hermano mayor de Nina quizá, del que yo estaba enamorada, aunque estaba saliendo con su mejor amigo. Lamentablemente, es posible estar enamorado de dos personas al mismo tiempo. El amor por Erik era siempre evidente, presente y sereno; el amor por Magnus reposaba en el fondo y se avivaba de pronto y hacía que me sintiera desesperada y desgraciada.

O si no, Nina, mi mejor amiga, y yo tenía cargo de conciencia por eso, porque puede que estuviera en su casa tanto como podía solo para poder ver a Magnus. Cierto que era humillante porque siempre estábamos jugando a las cartas, puto whist, que a mi padre también le encantaba y en el que yo siempre perdía, porque no tenía ese tipo de inteligencia y eso significaba algo así como que yo no era inteligente a ojos de Magnus.

Estaba sola en el apartamento y no sabía cocinar, así que comía bocadillos de queso y en cuanto pensaba en algo demasiado tiempo, me entraba aquella sensación de desasosiego y entonces tenía que llamar a alguien en cuya casa pudiera estar y eso me consumía todas las fuerzas. Me sentía muy agobiada por la preocupación y por la sensación de oleadas que me recorrían por dentro. Erik no entendía lo que me pasaba, porque me negué a contarle por qué me presentaba así en su casa y me comportaba de un modo tan extraño, ¿no puedes tomártelo con calma? Me saltaba tantas clases que al final mi tutor me citó en su despacho. Me dijo que en el claustro de profesores, según sus palabras, estaban preocupados por mí y que si no asistía a todas las clases desde ese momento hasta Navidad, no obtendría las calificaciones cuatrimestrales. Pues qué lástima, le dije yo, porque dentro de poco me voy a Egipto una semana con mi novio.

Yo sé que eres capaz, respondió el tutor. ¡No puedes irte de viaje ahora!

Te prometo que el próximo cuatrimestre no voy a faltar nada. Es una promesa. Pero primero voy a hacer ese viaje.

¿Es que tomas drogas?, preguntó luego, y me dejó estupefacta ¡porque no tomaba drogas, no! ¿O sí? Bueno, había fumado hachís una vez y me remordía muchísimo la conciencia. ¿Se me notaría? ¿Se me veía en la cara que iba por mal camino? Me quedaba en la cama revolviéndome sudorosa por las mañanas y llegaba al colegio a la hora de almorzar y volvía a irme. Me sentaba a escribir en cafeterías. Sobre todo iba a aquel café en el que una joven escritora se pasaba los días escribiendo en un cuaderno grande de color negro y fumando. Ella siempre estaba allí y yo la admiraba una

barbaridad y leía sus libros en cuanto salían y pensaba que la veía. La veía cuando escribía ese libro. O simplemente me dedicaba a ir de día por la ciudad porque así me tranquilizaba y conseguía que desapareciera el desasosiego. En clase iba cada vez más retrasada y no había estudiado y no seguía las explicaciones y no conocía a nadie. ¿Drogas? ¿Era porque llevaba una cazadora de piel vieja y enorme y me había teñido el pelo de rojo? ¿Parecía una drogadicta?

¿Por qué lo preguntas?, dije.

Es que nunca estás aquí. Estamos preocupados por ti. Tratamos de llamar a tu madre, pero nadie responde al teléfono.

Le diré que te llame, dije. ¡Y yo no me drogo! ¿Eso es lo que creéis? Dame las notas del cuatrimestre. No importa lo que me pongas. El cuatrimestre que viene os vais a enterar.

Ese día me fui a casa y llamé a Erik para lamentarme. Vale, dijo, vente para acá. Y me fui, pero no me sentí mejor, al contrario que otras veces.

Unos días después hicimos las maletas y volamos a El Cairo. Erik era genial a la hora de conseguir que lo hiciéramos todo. Llevaba el plano y se orientaba perfectamente y yo me limitaba a seguirlo. Era tan estructurado y tan guapo, y yo como que me dejaba llevar por su forma de ser. Atenta. Sincera. Ambiciosa. Vimos las pirámides, fuimos a todos los museos. Caminábamos por las calles de El Cairo, y era tan maravilloso sentir aquella sensación de vivir que le dije que lo quería y él me dijo que me quería. Y yo sentía de verdad en mi interior que lo quería. Que la vida con él era la vida de verdad y que mi vida en casa y en el colegio era una vida de mierda. Tomamos un taxi al canal de Suez y Erik le fue preguntando al taxista todo lo habido y por haber. ¿Dónde vivía su familia? ¿No era fantástico vivir en un país con una historia tan rica? ¿Y cómo habían construido el canal de Suez? ¿Cómo pudieron parar el mar? ¿Murieron muchas personas? Le interesaba la arquitectura. Quiero decir que le interesaba de verdad. El taxista no paraba de tocar el claxon, al mismo tiempo que nos hablaba de todo lo que íbamos dejando atrás. Barrios, cafés, edificios a medio terminar. Todos los que iban en coche en El Cairo iban tocando el claxon continuamente y en la sucia habitación de hotel nos despertaba por las mañanas la gran cantidad de ruido que había y a los dos nos parecía que era emocionante, pero sobre todo era Erik el que hablaba y me explicaba cosas de lo que veía y experimentaba y yo pensaba ¿por qué no vivo yo El Cairo

con la misma intensidad que él? Para mí importaba más la sensación de estar de viaje los dos juntos. En un lugar totalmente distinto donde nada se parecía a la vida que yo llevaba por lo demás. ¿Por qué mi vivencia no fue tan fuerte como la suya cuando estábamos ante las pirámides? A mí me pareció que lo más divertido fue ir por el desierto subida en aquellos dromedarios agotados. Eso lo hizo Erik por mí, pero era una cosa que solo hacían los turistas, y por eso tenía menos valor que descubrir El Cairo por uno mismo.

Lo que mejor recuerdo de aquella vez fue cuando estábamos en Suez y vimos pasar un barco enorme por el canal que une Europa con el mar Rojo. Dos continentes, tan cerca el uno del otro. Era una sensación de algo más grande que la vida. De que aquello era el ancho mundo. Soplaban un viento ardiente y la arena revoloteaba en el aire hasta el punto de que casi no se veía nada y el cielo era blanco, no blanco de nubes, solo blanco en sí mismo. El taxista hablaba y hablaba sin parar y de pronto se volvió hacia mí y me dijo:

Tienes un novio muy simpático. Tienes que ser una buena novia para un chico tan estupendo. ¿Y por qué no era yo una buena novia? ¿Qué sabía él de mí? Nada. Pensé que debía expresar mis pensamientos de alguna forma. No podía limitarme a vivir la vida dentro de mí. Volvimos a casa y al día siguiente corté con Erik. Pensaba transformarme y en esa transformación no encajaba él. Iba a convertirme en una alumna digna del instituto Östra Real. Asistiría a todas las clases, aunque estuviera enferma, algo que, en realidad, nunca me pasaba. Pensaba estabilizar mi existencia y acabar con mi dudoso estilo de vida.

Cortar con Erik fue una experiencia horrible. Era estupendo en todos los sentidos y nunca comprendería por qué no quería estar con él de pronto. Me había pasado el día haciendo acopio de fuerzas. No había más que ejecutar el plan y luego tenía cita en la peluquería. Iba a teñirme el pelo de castaño oscuro y a dejarme una melena corta. Estaba nerviosísima mientras miraba hacia el parque sentada en la ventana. Cuando por fin llamó a la puerta bajé de un salto y corrí a abrir. Traía un ramo de rosas claras en el regazo. Eran las flores más bonitas que había visto en la vida. No le di las gracias, no dije nada. Simplemente me dirigí a mi cuarto con Erik detrás y puse las rosas en la cama y me volví y le dije corto contigo. Erik no me creía.

A lo mejor me he pasado un poco con las flores, lo entiendo, pero no tienes por qué poner esa cara.

Sí, le dije. Hemos terminado.

¿Qué?, dijo él. ¿Por qué dices eso?

Te digo que tú y yo hemos terminado.

Venga ya, dijo Erik, y seguía mirándome con una sonrisa, porque creía que solo tenía un ataque de ansiedad, o qué sé yo lo que creía. En todo caso, que no iba en serio.

Me negué a darle una explicación. Claro, porque no sabía qué iba a decirle. Era solo una sensación muy fuerte que tenía, que debía espabilar y que él no podía estar en mi vida cuando lo hiciera. O quizá era porque yo, con él, no era nadie en absoluto. O quizá sobre todo porque Magnus había dicho que yo terminaría madurando y apartándome de él. Conseguí que se marchara y fui a cortarme el pelo y después mi aspecto era totalmente distinto y empecé a estudiar y asistí a todas las clases y todo lo antiguo se acabó y mi madre regresó de la gira y todo volvió a ser completamente normal. Todo estaba bien otra vez, más o menos. Yo no tenía ningún desasosiego. Encontré el modo. Si notaba que algo empezaba, me concentraba rápidamente en una cosa distinta. En lo que estaba leyendo, o en mi aspecto. Decidí empezar a maquillarme y a ser buena estudiante, quizá no la mejor, pero sí muy buena. Sería más que buena en aquello en lo que ya era buena, y en lo demás, me esforzaría. Lo único que no podía salvar eran las matemáticas, pero ahí tuve suerte porque nuestro profesor era alcohólico. Su queja habitual era: En el claustro me miran con lupa. Faltaba muchísimo y no era capaz de enseñar bien y él lo sabía, así que me aprobó solo porque tenía cargo de conciencia. En todas las demás asignaturas conseguí llevar al alza mi pésimo punto de partida y todos adoran a un *comeback kid*. Los profesores estaban satisfechos. Mis calificaciones subieron pasmosamente en el segundo cuatrimestre.

Mi madre me torturaba diciéndome cosas como que echaba de menos a Erik, que no comprendía por qué había roto con él. Me lo restregó de verdad la vez que me dijo:

He visto a Erik en el centro. Parecía triste.

Y yo quería llamar a Erik. Pero lo cierto era que ya me encontraba mejor. Era otra persona. Había sido una experiencia tan impresionante el hecho de que mi tutor me preguntara si me drogaba que disfruté eliminando todos los interrogantes. No me vestía como las demás chicas. No tenía

ninguna chaqueta roja de Canada Goose ni cosas así, pero no llamaba la atención, o eso creía. Por eso me quedé pasmada cuando el profesor de sociales, ese cerdo de los moderados, me humilló un día delante de toda la clase. O sea, aquel imbécil de Gert Lienhart era miembro activo del Partido Moderado. Antes de las elecciones iba corriendo por los pasillos hablando con la gente sobre las ventajas de la política moderada y en el aula también se despachaba con aquella basura de los moderados. En todos los años de instituto jamás mencionó siquiera a Olof Palme.

Comenzaba sus exámenes siempre del mismo modo, durante tres años. ¿Quién es Margaret Thatcher? Le parecía gracioso. Y es que aquella mujer era su ídolo. Había que responder primera ministra, *tory*, Gran Bretaña. Lienhart no había olvidado que yo, en el primer examen, respondí que no tenía ni idea de quién era Margaret Thatcher, así que un día en que no sabía la respuesta a una pregunta, no recuerdo cuál, no dejó que me librara. Piensa. Piensa. ¿De verdad que no sabes la respuesta? Supongo que me irrité y dije: No, no sé la respuesta a tu pregunta. Entonces me dijo algo que nunca olvidaré.

Tú te pasas las noches entre la plaza de Sergel y el teatro Dramaten.

Me quedé petrificada. Me retumbaban las sienes. ¿Qué quería decir con eso? ¿Que me dedicaba a comprar droga en Sergel? Los demás se reían. No le dije nada a aquel cerdo. Me quedé callada y me lo tragué. Desde entonces me ha irritado el que ni siquiera le preguntara: ¿Qué quieres decir?

Lienhart el cerdo sabía que se había pasado y dio por terminada la clase. Yo le conté a mi madre lo que me había dicho y ella se enfadó tanto que estuvo llamándolo por teléfono a las seis de la tarde todos los días durante tres meses. Siempre respondía su mujer. No, lo siento. Gert no está en casa hoy tampoco. No tuve que levantar un dedo para sacar la nota más alta del resto del instituto. Nunca más respondí a la pregunta de quién era Margaret Thatcher.

Así eran nuestros profesores: coléricos, alcohólicos, idiotas.

Por eso Lena Ragne, la profesora de filosofía que nos tocó en tercero, resultó aún más maravillosa. Los chicos la detestaban, la llamaban puta porque para sus exámenes no podías estudiar, solo podías responder las preguntas de un modo que indicara que habías comprendido. ¿Según qué -ismo podremos hacer feliz al desgraciado dentro de veinte años? Claro, eso ellos no podían deducirlo, y a mí me encantaba. Antes de los exámenes, Lena Ragne repartía una fotocopia con conceptos que se aprendían en

media hora. El resto era comprensión. Lo gracioso era que llegaron a presionar incluso algunos padres, que en las reuniones hablaban con ella y le decían cosas del tipo:

Mira las demás notas de Putte. ¿Vas a ser tú la única que le dé una calificación inferior a la máxima?

Todavía pienso a veces en el día que habló del existencialismo. Nos pidió que dejáramos de tomar notas. Lo que voy a deciros ahora no lo olvidaréis jamás.

El ser humano se define por sus acciones. Las acciones y las no acciones, es decir, no solo lo que haces sino quizá en mayor grado aún lo que dejas de hacer, te conforman como persona.

Tú eres tu propia moral. Estás condenado a ser libre.

¿Cómo fui a parar allí? ¿A los pasillos de Östra Real entre los tontorrones de clase alta? Pues sí, porque yo misma me convertí en una tonta. Me adapté hasta tal punto y de tal manera que en cierto modo me avergonzaba. Allí estaba yo más o menos formando parte de todo, aunque en secreto afirmaba que era alguien totalmente distinto. Allí estaba yo en un puto jacuzzi de Djursholm con unas tías y unos tíos asquerosos a los que no conocía y que veían películas porno mientras echaban la ceniza en el agua. Hasta ahí podíamos llegar. ¿Se puede caer tan bajo?

Esos años llevé dos vidas paralelas. Una vida no como chica de clase alta, eso no se puede fingir, eso se lleva en la sangre y en los genes, pero sí como alguien que se ha adaptado a las reglas no escritas de Östra Real. En esos años nunca le dije a nadie que era socialdemócrata.

Creo que el trabajo de mi madre como actriz en el Dramaten tenía el exotismo adecuado y suficiente. Muchos padres de clase alta reservaban una noche de teatro para poder beber champán en el vestíbulo de mármol durante el descanso. Creo que el esplendor de mi madre me salpicaba un poco a mí. Me aceptaban. ¿Y qué demonios me reportaba que me aceptaran? Mucho peor fue cuando empezaba a salir con alguno de ellos. No con Oskar, él era bueno y tampoco estuvimos saliendo de verdad, pero sí con Greger, con el que estuve saliendo una semana en el bachillerato. ¡Si lo comparaba con Erik!... Todo lo que había experimentado con Erik y todo lo que no experimentaba con él. Los dos nos sentimos aliviados cuando terminó. Yo decidí no volver a salir con nadie y él volvió aliviado con su antigua novia. Mi lado intrépido aportó su granito de arena y consiguió que,

si no ilesa, sí al menos sin angustia y sin ansiedad, acabara con buenas notas los tres años más oscuros de mi vida. Unas notas que luego nunca necesité. Bastaba con las notas de sueco para entrar en los cursos monográficos que más tarde estudiaría en la universidad. El día que terminé fue un alivio. Pero ¿qué iba a hacer ahora con toda aquella libertad?

Estaba ebria de alcohol y de felicidad y esa noche me escabullí de mi lamentable fiesta de graduación para ir a casa de Nina y ver a Magnus y a los demás, que estaban allí. Nina también, claro está, ella era mi mayor seguridad. Siempre era buena conmigo. Yo quería ir al nuevo pub Hunky Dory, pero también quería irme a casa muy temprano, porque no me apetecía acabar totalmente borracha y perder el control por completo, pero al mismo tiempo me daba miedo volver sola a casa en plena noche. Porque ¿con quién podría cruzarme? Cualquiera me podría abatir o meterme en un coche y Nina lo sabía porque me conocía perfectamente, así que siempre me acompañaba a casa y luego volvía al bar y era emocionante oír cómo se abría la puerta después a eso de las tres o las cuatro y entonces ella tenía que contarme todo lo que había ocurrido y quién le había dicho qué a quién y luego ella se dormía y yo me quedaba despierta tratando de digerir todo lo que le había pasado. Siempre me quedaba despierta toda la noche después del Hunky Dory, aunque no bebía más de tres cervezas, nunca nada más fuerte. A aquellas alturas ya sabía cómo podía beber para no hacer el ridículo o para no cometer alguna tontería, y así no gustarle menos a Magnus. El Hunky Dory estaba despejado de mis compañeros de clase y sus iguales. Nosotros podíamos entrar solo porque quien lo abrió fue un pariente lejano de Nina. Por suerte Nina y Magnus no eran de clase alta, pero a mis ojos eran muy listos y en su casa se hablaba de verdad de cosas emocionantes y su madre se sentaba a veces con nosotras y a mí me gustaba, pero cuando Magnus me prestaba atención me gustaba más todavía. Eso sucedía a veces cuando él estaba de humor. Estaba superenamorada de Magnus. Solo con que me rozara al pasar a mi lado sentía como si algo subiera en ascensor dentro de mí. Estaba más enamorada de él que de Erik. Era absurdo, pero cierto. Magnus, que nunca en la vida saldría conmigo, significaba más que ningún otro, y en su casa podía librarme de ese rollo fino de Östra Real, y sin embargo de algún modo era irritante, porque en su casa lo que importaba no eran las cosas que yo consideraba que eran mi fuerte. Nunca hablábamos de literatura, nunca hablábamos de teatro y en cierto modo era una liberación, pero aun así me

pasaba casi todo el tiempo en silencio. Solo cuando bebíamos podía librarme de la timidez e intervenir en las conversaciones.

A pesar de todo, me gustaban esa timidez y esa precaución más cuando estaba con ellos, tanto como disfrutaba cuando me deshacía de ellas. Quitarme la timidez como si fuera una prenda que resbalara del cuerpo y estar con ellos de una forma más profunda, más importante, más significativa.

Mi timidez era más auténtica que esa máscara bocazas que me había agenciado en Östra Real. Después de todo, cuando estaba con ellos era auténtica. Así es como era yo. Allí me parecía a mí misma igual que uno se parece a sí mismo cuando no miente, se disfraza o crea una seguridad tan frágil que la menor corriente de aire consigue que se encuentre en un pasillo sin ropa, sin defensa. Me abandoné a mí misma y ¿para qué? ¿Para poder pasar los años en Östra Real como si fuera alguien? Alguien que brillaba por sus conocimientos de literatura, que comprendía todos los poemas, pero que era incapaz de deletrear la palabra integridad.

¿Por qué me torturo con los recuerdos de esos años? ¿Qué es lo que aún no está zanjado, acabado y pasado hace ya mucho? Quiero decir, ¿qué trayectos no he recorrido desde entonces? Todos los jóvenes se violentan a sí mismos. Crecer no es un juego de niños.

Esa frase ya la he escrito antes. Las frases que reaparecen son una molestia. ¿O quizá son las más importantes?

Tal vez no debería haber ido tan lejos, pero ¿de verdad fue para tanto? Yo iba a lo mío, y el nuevo corte de pelo teñido de oscuro también era yo, después de todo, con esa austeridad, el miedo a perder lo que era importante y, quizá peor aún, la sensación de que, si no me había mofado de alguien, al menos había contribuido a decidir qué era aceptable y qué no. Quiénes podían ser del grupo y quiénes no.

¿De qué me sirve eso ahora? En esta periferia en la que me aferro a mis sufrimientos para no ver lo que es peor aún. La soledad, la sensación de no ser amada ya, de no poder amar yo misma. Mis hijos me llaman a gritos en sueños y aquí estoy yo, hundida en la mierda hasta el cuello. Yo, que ya no tengo un regazo en el que esconderme, sola sin nadie a quien agarrarme, vencida por la vida y ¿quién sostenía el hacha? ¿Era él, era yo, no era nadie? ¿Fui yo, que hui de mi vida, o fue algo que no oí, pero que me atraía pese a todo y me hablaba con otra voz, una voz que más clara y con el horizonte despejado, me veía en medio del vendaval y retrocediendo por el

miedo hasta los límites del espíritu que tan conocidos me resultaban? La suavidad de los camisones, la comida a horas fijas, la cama, la cama, la cama.

Despierta. Yo te lo ordeno. ¡Despierta!

La inerte oscuridad de la depresión, su nada y su muerte despierta, eso es lo que me espera cuando me hundo más aún. Allí donde no hay palabras, donde no hay conciencia, solo ese sueño apático mañana, tarde, noche, y la angustia que envuelve cada célula.

Todas las mañanas cuando te despiertas y el horror cuando al final tomas conciencia con cada parte de ti y con cada pensamiento. Estás despierta.

Tantas mañanas como me desperté y al principio creí, sentí que todo estaba como siempre. La casa, los niños, el marido que se ha levantado para trabajar y nada más.

Creía que estaba escrito en las estrellas que estaríamos juntos los dos, él y yo. Eso fue lo que te dije cuando me dijiste que querías separarte. Hace mucho que no te comportas como si estuviera escrito en las estrellas, dijiste, y entonces cogimos el coche y fuimos por el campo y estuvimos hablando y casi era verano, todo estaba en flor y en medio de toda aquella sensación de que ahora, justo ahora, se derrumban las paredes a mi alrededor. Y en medio de esa experiencia de vida y muerte, pese a todo, algo así como una alegría por esa comunicación contigo. Estuvimos hablando y hacía mucho tiempo que no me hablabas de ese modo. Como si quisieras algo de mí. Fuimos tú y yo por última vez.

Esa alegría me ha llenado de asombro después. ¿Qué fue lo que experimenté en el coche? Una especie de conciencia intensiva de vida no solo fuera, en la primavera, en los colores, sino también donde nos encontrábamos, en el coche. Era una sensación como cuando uno habla demasiado lento, como debajo del agua, o cerca y lejos al mismo tiempo. Las palabras tenían una resonancia. Una especie de presión intensa, al mismo tiempo que todo quedaba muy claro. No tenía miedo, no entonces, era como si pudiera soportarlo todo. Así era. Puedo soportarlo todo. Todo. No tengo miedo de nada.

Siempre he tenido muy buen concepto de mí misma. Nadie tenía que decirme que se me daba bien escribir. Yo lo sabía, incluso los años en que

no escribía. Que apenas me sentara a escribir, vendrían las palabras. Lo sabía igual que uno sabe que, en un combate, podría matar a alguien. Dame el cuchillo. Te voy a matar. Si la cosa está entre tú y yo, saldré vencedora de cualquier combate. Cabe la posibilidad de que fueran las palabras de mi padre las que me hicieron creer que podría con todo. Cualquier cosa. No, fueron las palabras que me dirigía yo a mí misma cuando la vista estaba despejada. Ocurría a veces que imaginaba la guerra, solo para experimentar la sensación de que era invencible.

Lo más probable es que se trate de la megalomanía que llevo en los genes y que aflora de vez en cuando.

Siempre he sabido que podía escribir como si me fuera la vida en ello.

Me va la vida en ello. La vida no carece de sentido cuando no escribo, lo llevo dentro, simplemente espero que llegue el combate y tengo tal capacidad de trabajo que es como si todo mi ser estuviera cantando. Es facilísimo. Sigo la corriente de palabras y nada sale mal. Si está mal, lo noto enseguida. Siento algo así como una angustia y puedo desechar cincuenta páginas si me doy cuenta de que me han conducido al punto equivocado. Por lo general las palabras me guían bien. Sé que debería estar muy agradecida. No me importa qué puedan pensar los demás y rara vez me dejo aconsejar. Puedo necesitar tus reflexiones cuando dudo de algo o simplemente me avergüenzo de lo que he escrito, y a lo largo de los años tú me has dado alas. Me conocías tan bien que sabías lo que quería conseguir después de tan solo unas páginas y eras capaz de dejar caer una palabra que sabías que era importante para mí si alguna vez me estancaba. Cuando me enfurruñaba y perdía el tiempo, siempre me decías pues escribe, y eso mismo me decía yo, porque la voz que yo más escuchaba era la mía. Apreciaba tu oído absoluto, pero disfrutaba más del mío. Me sentía como si soltara todos los caballos. Como si fuera sentada en un carruaje conduciendo de noche, pero rodeada de luz. Sabía que los caballos me esperaban en el establo. Pateaban las paredes, estaban saciados, hastiados, cuando yo entraba en el establo. Por fin has venido. Estaban despiertos cuando los enganchaba al coche, los más fuertes cerca de mí, los asustadizos al frente, para que los más fiables los estabilizaran, pero los que mejor veían en la oscuridad eran los más temperamentales. No había más que sentarse en el pescante y dar rienda suelta a los caballos como en una película muda de Mauritz Stiller. Los caballos de Selma Lagerlöf que galopan en *La leyenda de Gösta Berling*. Pues no, eran mis caballos. Solo

míos. Con unos caballos así no era posible salirse del camino. Todos negros. Era un placer. Era libertad. Libertad.

De niña me encantaba cuando salíamos a montar, cuando llevábamos un buen trecho bosque adentro y dejábamos que los caballos fueran al galope. Esa sensación. No era como cuando se desbocaban. Era pura alegría. Las fuerzas que se desencadenaban. El ser uno con el caballo, levantarse en la silla e inclinarse hacia delante y dejarse llevar. A los caballos también les encantaba aquello. Lo que ocurría en el bosque era como un secreto. Nunca hablábamos del tema. Podíamos hacer comentarios como que había sido una buena galopada, pero no hablábamos de la sensación misma de fuerza de aquellos minutos de darle al máximo.

También era una sensación agradable la de coger las riendas y cabalgar ordenadamente y luego detenerse y dejar que los caballos volvieran a casa al paso aflojando las riendas. Uno siente en su interior cuánto tiempo tiene que soltarse del todo y limitarse a disfrutar de la velocidad, la libertad, y cuándo es el momento de detenerse. Es casi mejor que escribir. Galopar a rienda suelta por el bosque.

En los campamentos de equitación nos dejaban bañarnos con los caballos. Entrábamos en el agua montados sin silla a toda velocidad. Cuando el caballo empezaba a nadar nos deslizábamos para desmontar y nos agarrábamos al cuello del caballo. A algunas les daban con el casco en la pierna, los caballos nadaban sin más, no pensaban en nosotras, pero a mí nunca me alcanzaron estando en el agua. Mi cuerpo estaba totalmente relajado y se deslizaba sin más. Como ahora.

¿Protesté acaso? Podría haberme negado. Haberme negado a ingresar en la fábrica.

No entonces, cuando no podía hablar por mí misma. Entonces no pude hacer nada.

Pero ¿y después? ¿Por qué no me negué? ¿Acaso me daba igual? Pues no, no me daba igual. Pero no había ninguna salida, así que me dejaba llevar. Me levantaba de la cama cuando era la hora y recorría los veinte metros sin desviarme. No podía decir que no necesitaba el tratamiento. Nunca me ha servido de nada. Al contrario.

Nadie me escuchaba.

No había nada que yo pudiera decidir por mí misma, mientras estuviera ingresada a la fuerza y constituyera un peligro para mí y para los

demás. Esas eran las reglas. Gente que no me conocía escribía sobre mí en las historias clínicas que pasaban a cada nuevo médico que me visitaba. La ley de cuidados psiquiátricos obligatorios. Falta de percepción de la realidad. Variaciones en los estados de ánimo. Latencia de respuesta de más de un minuto. Posible prescripción de haloperidol.

Restricciones. ¿Había más? Sí, siempre había algo que corregir, que prescribir, que ajustar. La máxima intensidad de corriente. Una intensidad más baja provocaba menos efectos secundarios, pero entonces consideraban que el tratamiento no era tan eficaz.

OceanofPDF.com

¿Cómo era posible que yo estuviera allí una semana tras otra, sin que nada diera comienzo y sin que nada tocara a su fin? ¿Quién decidía sobre mi vida? ¿Por qué me había rendido, y quién manejaba los hilos?

No había respuestas. No respuestas concretas, auténticas, así que me conformo con las migajas. Yo respondo sí a todo lo que me piden, unas trescientas veces pasillo arriba y pasillo abajo. Me piden que pasee. Me ofrecen para ello este pasillo y no me quejo.

No me oriento nada. Ni siquiera lo más sencillo he conseguido aprenderlo.

¿Si quiero morirme?

No lo sé. Ni siquiera eso lo tengo claro. Morirse de verdad. ¿Quién sabe si hay algo al otro lado? ¿Y si tengo que repetir mis errores por toda la eternidad? No puedo imaginar peor infierno. ¿A quién le importa la vida? A todo el mundo. A todo el mundo le importa la vida. Apréciala, como dice el cuento. ¿Por qué no? *Let's do it for the sake of my enemies*. Me levanto. Doy un paso al frente y salgo al pasillo.

Después de todos mis errores he aprendido a pensar en la vida como un deber. Los hijos nacen, uno tras otro. Yo he venido al mundo para cuidarlos. Lo sé. Un conocimiento que me ha costado caro olvidar. Demasiado caro. Nunca más volverá a ocurrir.

En los sofás se agolpan los pacientes medicados. Fingen que están viendo la tele. Un debate o algo así.

Yo sigo andando, me cruzo con un médico que va de camino a casa. Es el peor de todos. Alexander. Decido mirarlo como si fuera transparente. Su corazón late rápido allí dentro. ¿Tiene miedo de mí? Aalif y Zahid me ven pasar. No sé qué estoy haciendo. Tal vez vaya andando en sueños.

¿Quiénes sois vosotros, caballeros de la oscuridad? ¿Quién de vosotros se atreve a adentrarse en este terreno plagado de peligros? Venid aquí dentro, donde todo se descompone y desaparece. No carguéis de dolor vuestro abatimiento. Apartad de vosotros cuanto podáis y dad un paso en dirección a la fábrica. Ese estado de dicha. Ni luz ni oscuridad. Los soñadores que te despiertan con un grito. Claro que sí, lo recuerdas bien. Sus cuerpecillos. Esa alegría insólita de traerlos al mundo.

Estaba enamorada de nuestra hija recién nacida y no podía dejar de mirarla. Ese tiempo maravilloso en el que yo era suya y ella era mía. Anna es curiosa y valiente. Puede recorrer los senderos del mundo sin caerse. Ella

es capaz de lo que tú no pudiste hacer. Ir de frente. Todos tus hijos saben hacerlo. Se pertenecen a sí mismos, como quien nunca ha afrontado ningún peligro. ¿Por qué miento? Para que todos podamos dormir y dejar de soñar ese sueño que no termina nunca. Ya no es necesario. Tú siempre has sido muy pesimista. Como sin rumbo y con las lágrimas en las manos. Sécatelas igual que todo el mundo. Levántate. Eso es. ¿Qué ves?

Veo a Zahid, que va dando la medicación. Lleva puesto el uniforme blanco y los zuecos de plástico color azul claro, tirando a verde menta. ¿No ves nada más? Claro que sí, en mis sueños. Pues sueña. Sueña. Si tuviera esa suerte... Esos días llegan a su fin. Alguien coge mi vida y se larga con ella. Vale. Acudimos con todos nuestros recursos. Nos ves al final del pasillo. Cierto que no somos muchos. Pero sois fuertes, ¿verdad? Somos tus mayores deseos. ¿En serio? Nos agotas como si fuéramos tus amantes. Apaga el fuego. Deja que el agua se extienda. Todos nos hundimos. Es sencillo. Dejar de respirar. Dejar de ser quien eres. Vale, voy a obedecer, ¿por qué no?

*

Habla claro, como te enseñó tu madre. No es difícil, a pesar de los medicamentos. Nos sentábamos en la ventana del vestíbulo, y yo aprendí a hablar con esa voz que se parecía a la suya. ¿De qué hablabais? Nos hablábamos con total claridad de puestas de sol y de que los pasillos del colegio eran muy rectos. Me conducían directamente a mi infancia. No había más que ir todo derecho y luego caer de rodillas vestida con una túnica blanca. Recuerdo el espanto de la pastora que iba a confirmarme cuando le conté que había comulgado a pesar de que no estaba bautizada. Tres misas y una comunión. Eso era lo que decían los documentos que me enviaron. Yo he estado preparada casi siempre. Nadie me dijo nunca que había que estar bautizado.

Lo del campamento para confirmandos fue solo idea mía. Yo misma encontré la información del retiro de la diócesis de Grange. Dos semanas después estaba mi hermano con los brazos en cruz en la iglesia y mi madre me dio a su pesar una cruz de oro en la fiesta, y luego, en señal de protesta, *Libro Vogue de la belleza*. En el campamento estuvo lloviendo durante dos semanas. Fue una liberación marcharse de aquel lugar. Perdón, Dios, pero es la verdad. La pastora de la confirmación, que enseguida se agarró a mi

madre y le confesó que quería abrir los brazos de un modo más sensual. ¿No podría ayudarle ella? Mi madre no solo trató de no reír, sino que guardó la compostura como siempre. Tal vez porque tenía sentido común. Contentaba a todo el mundo, sin dejar tras de sí ni una migaja. Así que le mostró a la pastora cómo se abren los brazos ante los fieles, pero con una sonrisa. Y yo sabía que esa sonrisa significaba que estaba fingiendo. La pastora no se dio cuenta de que se estaba riendo a sus espaldas.

Me fui a casa con mi madre y mi hermano. Él no dijo nada en todo el viaje, pero a pesar de todo era reconfortante estar en casa. Me reprocharon lo de la confirmación y Dios y fue un alivio poder caer en los brazos de mi madre. Vamos, vamos, ya estás en casa otra vez, decía mamá mientras me acariciaba la espalda. Fue un error, dijo. En realidad, tú no crees en Dios, ¿a que no? Pues no, dije yo, y entonces nos olvidamos de todo entre risas y nos fuimos al cine.

¿No hay nada que te alegre recordar? ¿Algo de tu juventud o de tus primeros años de persona adulta que recuerdes con orgullo? La voz de Maria, una voz que me había acostumbrado a oír. ¿Tal vez éramos familia? No sé qué pienso de Maria. ¿Por qué está siempre aquí? Resulta desagradable. Es como una figura en una película de terror. Una mujer menuda y piadosa que, de pronto, se ha colado aquí y ahora tiene acceso a las cenas de los domingos, se ha convertido en alguien imprescindible para la familia, con su clemencia, sus ánimos, su *pietà*, y luego, cuando todos estamos durmiendo, el cuchillo como una cremallera desde mi garganta hasta el estómago. Sangre, muerte y dolor podrido. Durante el entierro en la pequeña iglesia de pueblo, ella está al fondo del templo, y sonrío.

Perdón, Maria. ¿Por qué me he vuelto tan complaciente? Nada de ataques. Solo las comidas, el pasillo y el tratamiento. Ninguna visita del exterior. En esta ciudad no he estado nunca. No la he recorrido nunca.

Mi voz, en lugar de la suya, tan gruñona. Vistas, aire limpio. Una mezcla de tensión y todo lo que es absurdo. Voy subida en un pequeño avión de hélice. Hay una tormenta de nieve, niebla, vamos a aterrizar. Justo cuando las ruedas tocan la pista de aterrizaje nos elevamos otra vez. El avión empieza a temblar. Olivia tiene miedo. Le digo que eso es lo cotidiano para esos pilotos. Es algo que hacen a todas horas. Subir y bajar la montaña. Son los mejores pilotos del mundo. No es peligroso. Nada es peligroso. Íbamos camino de Västlandet, donde vivía tu madre. A mí no me

entusiasma la idea. Vamos sentados con el cinturón de seguridad en el pequeño aeroplano que vuela de Bergen hasta Førde. El avión desciende de nuevo, el estruendo del motor. El avión se prepara para el aterrizaje, desciende en picado. Ya vamos a aterrizar, le digo a Olivia. La nieve, las luces, toda esa negrura. Pronto estaremos abajo. Ya aterrizamos.

La potencia cuando los motores se ponen en marcha para despegar de nuevo. Despegamos. La nieve ahí fuera, nosotros ahí dentro. La tercera vez que el avión no consigue aterrizar, pienso que vamos a seguir volando en círculos hasta que se agote el combustible. No hay dónde aterrizar porque la tierra ya no existe.

Te voy a recitar un poema, Maria. Es para ti. Te sonará familiar, seguro.

Allein

Es führen über die Erde
Straßen und Wege viel,
Aber alle haben
Dasselbe Ziel.

Du kannst reiten und fahren
Zu zwein und zu drein,
Den letzten Schritt Mußt Du
Gehen allein.

Drum ist kein Wissen
Noch Können so gut,
Als daß man alles Schwere
Alleine tut.²

Hermann Hesse, dijo Maria. Un poema muy bonito. Aterrador, podría decirse, pero verdadero.

No creo que sea aterradora la soledad, ahora que lo pienso. Es como es. Para todos. ¿Te gusta?

Fueron los primeros deberes de alemán en el instituto. Aprendernos de memoria el poema «Allein», de Hermann Hesse, dije.

¿Y desde entonces te lo sabes?

Pues claro.

Tienes buena memoria, dijo Maria sonriéndome.

Siempre me ha resultado fácil memorizar las cosas, respondí.

Ahora vengo, dijo Maria. Voy a dar las medicinas, y tú deberías ir a tomarte el café de media tarde. Estás demasiado flaca. Si no comes, tendremos que darte batidos. La próxima vez que nos veamos, espero oír la respuesta a mi pregunta.

Me comí varias rebanadas de bizcocho y sentí náuseas enseguida. No me sentaba bien el azúcar. Mi padre era diabético. Hacía pis en un tubo de cristal en el que luego metía una pastilla para medir el azúcar en sangre. Azul oscuro estaba muy bien, verde podía pasar, rojo, menos; luego se volvía naranja tirando a amarillo, y eso era fatal. Yo tenía por costumbre ir a mirar de qué color estaba el tubo por las mañanas. Justo antes de viajar al norte en coche con mi padre a casa de mis primos de Vännäs, un pueblecito cerca de Umeå, mi madre dijo que tenía que darle a mi padre Dextrosol cada dos horas, una pastilla de glucosa que subía enseguida el nivel de azúcar en sangre. Funcionó bien. Fue un buen viaje. Mi padre estaba de buen humor y me enseñó esquí de fondo por la pista iluminada. Esquiábamos todas las tardes. A mí me encantaba. La tía Mona, la hermana de mi padre, parecía irritada de verdad cada vez que lo miraba. Mis primos Peter y Petrus me encantaban.

Eran muy diferentes. Peter era alegre, gracioso y con el tiempo llegó a ser policía y ahora vive con su familia en la casa de sus padres, que heredó él. Petrus es poeta, muy bueno. Estoy muy orgullosa de él, y, en cuanto se me presenta la ocasión, digo que somos primos. Petrus trabaja exclusivamente por su cuenta. Sabe cómo quiere vivir. Tiene una familia estupenda, la pesca y sus poemas.

Peter y Petrus. Urban y Ulf, los primos de Luleå, que eran mucho mayores que yo y a los que admiraba terriblemente cuando era pequeña. Me entristecía no tener ya ningún acceso a Norrland, que era como yo llamaba de niña a la región de Norrbotten. Cuando murió mi maravillosa abuela materna, no quedó nada. Ulf, tan alegre, y Urban, un tanto raro quizá, tenían sus familias, la pesca, el trabajo, la caza. Inga-Britt y Stig ya eran viejos.

Era una digresión, Maria. Voy a responder a tu pregunta. Cuando tengas tiempo, claro.

Ahora tengo tiempo, dijo Maria. Espera, que voy por un té.

Voy contigo, le dije, y me paré delante del carrito de la merienda y estuve un rato pensando si elegir té o café. El café me provocaba inquietud y me aceleraba el corazón, debería dejar de tomarlo, pero me serví una tacita de todos modos. Quizá estaba nerviosa y no quería reconocerlo. Volvimos juntas a mi habitación y Maria se sentó en la silla y me miró alentadora. Pensé que venga, vamos a acabar con esto ya, así me dejarán en paz, pero me pudo la emoción del momento y sentí miedo de lo que iba a decir. Bueno, empiezo y ya está, me dije.

Estuve haciendo prácticas en un colegio. Llevaba tantos años de baja por enfermedad que los que se ocupan de esas cosas al final se cansaron. ¿Y no hay nada que puedas hacer?

Una amiga me ayudó a encontrar un trabajo de prácticas en una clase, en el colegio de su hija. Iba allí todas las mañanas. Al principio era desconcertante. Me sentaba con los alumnos de cuarto y les ayudaba con todo. Lengua, inglés, con el que acababan de empezar. Incluso matemáticas. Me alegraba ver que yo comprendía lo más sencillo y que era capaz de explicarlo y, al final de la jornada, cogía los libros de matemáticas de secundaria, que había encontrado en la sala de profesores, y practicaba en casa. Todo aquello que no había entendido de pequeña. La rabia que sentía cuando mi padre esperaba que volviera del colegio solo para soltarme el discurso que tenía preparado en cuanto me oía abrir la puerta.

Pelle tiene trece naranjas y le da tres a Nora, y luego van al mercado y compran un kilo y medio de manzanas a siete coronas el kilo. Cada kilo tiene siete manzanas. Luego le dan la mitad de la fruta a Lisa, que a su vez le da tres piezas a Eva. ¿Cuántas piezas de fruta tienen en total y cuántas tiene cada uno? ¿Y cuánto dinero le queda a Pelle del billete de cincuenta, después de pedirle a Nora que comprara helado con el dinero que le había sobrado?

Ja, ja, pues ni un céntimo, naturalmente, se reía mi padre mientras mi hermano calculaba rápidamente cuántas piezas de fruta tenía cada uno.

No lo pillo, decía yo, y cogía una rebanada de pan, y mientras me ponía la mantequilla él me contaba cómo tenía que razonar, y yo no lo escuchaba y luego él me preguntaba si no íbamos a jugar a las cartas, y eso hacíamos y luego cambiábamos y jugábamos al ajedrez y cuando yo ya no tenía más ganas de jugar al ajedrez me decía que podíamos jugar siguiendo los libros de ajedrez. ¿Quieres ganar o quieres perder? ¿Quieres ser Kárpov o Kaspárov?

El caso es que me pasaba los días con los alumnos y me asombraba comprobar lo distintos que eran. Había una niña que era particularmente dramática después de las clases, en el centro de actividades extraescolares, cuando estaba cansada o se aburría, seguro que también quería ponerme a prueba, porque decía a gritos que quería morir. Luego lo hablé con su padre.

Bueno, pues entonces ya sabemos lo que nos espera esta noche, dijo el hombre. Al mismo tiempo suspiró impotente al ver que yo era otra ayudante nueva, porque ¿quién era yo en realidad? Práctica laboral. No sonaba nada bien.

Otros alumnos no decían nada, sobre todo los chicos. Rara vez se interesaban por el trabajo escolar y muchos de ellos iban muy retrasados. Las chicas eran más rápidas e intrigaban ya de forma muy estudiada. ¿Quiénes eran del grupo? ¿Quiénes quedaban fuera? ¿Quién tenía el poder en la clase? Eso podía cambiar con facilidad, un paso en falso era suficiente.

Me alegré cuando un chico que, según los profesores, tenía dificultades evidentes tanto con el trabajo escolar como con su temperamento, se cambió, no puedo decir que a mi clase, pero lo digo de todos modos. El profesor tenía ya bastante edad y experiencia y el chico progresó rápidamente. Me encantaba sentarme a su lado y ayudarlo. Hablaba a base de monosílabos y con muy pocas palabras, y de buenas a primeras se levantaba, salía del aula y se sentaba fuera. Yo iba detrás, me sentaba a su lado y me pasaba un buen rato sin decir nada. Me limitaba a quedarme allí con él. A veces ocurría que nos quedábamos allí durante una clase entera y también durante el descanso posterior. Al final empezamos a hablar. Me contó qué era lo que le interesaba. La batería. Me habló de varios baterías que tocaban en grupos que yo no conocía y le pregunté por cómo le iba a él con el instrumento, con el que acababa de empezar. El chico nunca causaba ningún problema en el centro Kulturskolan, que se encontraba allí al lado, y adonde yo también iba con él cuando tenía clase. Empezó a irle mejor en el colegio, aunque seguía saliendo al pasillo de pronto y sin razón aparente. Como yo siempre iba con él, no me era difícil notar si al cabo de un rato quería que habláramos o si prefería quedarse en silencio. Logramos establecer algo parecido a una buena relación y el día que me sonrió me alegré muchísimo.

En principio solo iba a estar en el colegio un cuatrimestre, mientras duraba la práctica, y en ningún momento se habló de contratarme. No sé qué habría respondido si me lo hubieran propuesto. Yo no tenía ninguna formación docente y tampoco quería estudiar para ser profesora, pero me gustaba estar allí. Levantarme por las mañanas, pasar el día trabajando y luego irme a casa. Ser ayudante de aquel chico y luego por las tardes sentarme a estudiar matemáticas en casa y comprender aquello que no me interesó de niña. Eso no se lo dije nunca a nadie. Que me ponía a hacer matemáticas de secundaria. Me parecía entretenidísimo. Al final, conseguí dominarlas.

Unos años atrás había debutado con una colección de poemas y luego estuve trabajando en dramaturgia en un gran teatro, y por eso me pareció rebajar el nivel que me mandaran a hacer prácticas en un colegio. Entre tanto, en aquellos años, enfermé por primera vez, y después de esa experiencia no me sentía tan fuerte cuando me vi de nuevo en casa sin saber muy bien qué hacer.

El trabajo de ayudante en el colegio me iba de maravilla. Todos los días fueron si no buenos al menos pasables. No estaba contenta, pero tampoco sentía angustia. Al menos, hacía algo. Los días pasaban. En la fiesta de fin de curso, cuando terminó el cuatrimestre, yo también participé en el aula sirviendo helados y cantando canciones de verano con los alumnos. Lo pasamos muy bien ensayando, pero no había caído en la cuenta de que sus padres estarían allí. Yo, que no era mucho más joven que aquellos padres, estaba allí cantando a coro con sus hijos, como una idiota.

Bajaba la vista y servía bolas de helado. Esperaba que acabara todo. Oí cuando todos salieron del aula y respiré aliviada. Empecé a limpiar los chorretones de helado que habían caído en las mesas y a retirar las virutas de chocolate, pero aún estaba avergonzada cuando la madre de Ville, el niño al que había estado ayudando, apareció a mi lado.

Quería darte las gracias por lo que has hecho por Ville. De verdad, muchas gracias. Ha sido fundamental para él.

Nos miramos y a las dos se nos llenaron los ojos de lágrimas y las lágrimas estaban ya a punto de salir y por eso bajé la vista. Gracias a ti.

Ese es un buen recuerdo, le dije a Maria, y me fui de la habitación, porque al contarle lo de Ville volvieron las lágrimas y Maria se dio cuenta, así que me dejó vía libre para que saliera al pasillo.

¿De verdad que eso es lo único que recuerdo? El principio, pero no el final. Los niños, uno tras otro a tal ritmo que siempre estaba embarazada el día que cumplían un año. Recuerdo todas las películas que veíamos, el ambiente en nuestra casa, las gachas, sus cuerpecillos, la cooperativa de padres que tanto me gustaba. Recuerdo la personalidad de cada uno. Eran muy diferentes. También físicamente. Era una alegría verlos. Siempre me fascinaba cómo eran. Hablábamos mucho de los niños, entre risas y alegrías, todas aquellas camas en las que nunca dormían. Las noches, con sus cuerpecillos muy cerca. Cuando alguno de ellos se despertaba y yo no sabía al principio quién era el que lloriqueaba adormilado. Recuerdo los parques, las playas. Todos aprendieron muy pronto a hablar con frases largas. Y a nadar también. Yo estaba contenta todos los días. No, dirías tú. Te pasabas en la cama una semana entera cada mes. Sí, pero las demás semanas estaba contenta y hacía todo lo que había que hacer. Es verdad que mi madre venía a menudo a ayudarnos. A ti eso no te gustaba, pero te aguantabas para poder escribir sin distracciones. Tú escribías y escribías sin parar, estabas con los niños y escribías y escribías.

Yo escribía también. Cuando Josef, el más pequeño, empezó en la guardería, empecé a escribir relatos. Mis amigos me habían hecho un hueco en su preciosa casa. Tenía un cuarto en el piso de arriba desde donde podía ver el jardín. A veces estaban en casa durante el día y entonces charlábamos y a veces hacían comida para mí.

La primera vez que me senté en aquel lugar tan hermoso, abrí el ordenador y escribí el primer relato de un tirón. No cambié nada. Entonces comprendí que lo único que había que hacer era ponerse a escribir. La colección de poemas tuve que sonsacármela en cierto modo. No fue como los relatos. No debería haber renunciado al sitio que tenía en la casa con jardín de mis nuevos amigos en la ciudad. No sé por qué un buen día me vi en una habitación compartida con un colectivo, a varias manzanas de donde vivían. Cada vez me resultaba más difícil ir allí. Esa semana al mes cada vez era más difícil.

Recuerdo aquella ocasión en que tú y yo fuimos a una consulta psiquiátrica. Hablamos con una mujer, rubia, no muy mayor. Yo le describí mi situación y ella sugirió unos medicamentos, pero lo que me asustó fue que mencionara el electrochoque como una buena opción. Tanto tú como yo dijimos que no nos interesaba. A pesar de todo, ella siguió refiriéndose al electrochoque como una buena solución bastante inofensiva.

Ya no es como en las películas antiguas, dijo.

One Flew Over the Cuckoo's Nest, dije yo.

Estaba pensando en *Alguien voló sobre el nido del cuco*, dijo la doctora, que mucha gente ha visto y que da miedo, claro.

Me abstuve de decirle que era la misma película.

¿Y cómo es entonces?, dije. ¿Ya no te ponen corriente a través de la cabeza o qué? Sí, bueno, eso sí, reconoció ella, pero es una corriente muy controlada. Es como reiniciar un ordenador. ¿Reiniciar un ordenador? Y si se te ha olvidado darle a guardar, ¿qué pasa?, dije solo por fastidiar, y entonces reconoció que sí, que podía haber efectos secundarios como alteración de la memoria, pero la mayoría de los recuerdos vuelven. Bueno, en todo caso, no nos interesa, dijimos, y nos fuimos de allí. Qué sensación aquella, salir de allí contigo. Un año o dos después, cuando estuve ingresada en la versión de sección de psiquiatría que había en esa ciudad, un médico noruego repugnante me dijo, estando tú presente, que llevaba tiempo pensando qué decirme. Que había leído tus libros y quería profundizar en ellos y hablaba de un modo que nos irritó a los dos. Se dirigía a ti, como si yo fuera tonta. Tú te levantaste y le dijiste que lo dejamos aquí.

Allí ocurrieron cosas horribles. Claro que entonces yo tenía fortaleza suficiente para no aceptar el tratamiento con electrochoque en el que tanto insistían todos. No estaba ingresada a la fuerza, así que no podían hacer lo que quisieran conmigo, como sí pudieron hacer en la ciudad junto al mar.

El día que llegué, el médico de guardia nos entrevistó a mí y a los que me acompañaban. Estabas en casa con los niños. El médico no pensaba dejar de hablar en la vida. Al final tuve que interrumpirlo y advertirle que mi amiga y su marido habían dejado a su anciano padre al cuidado de sus hijos, y que tenían que volver a casa. Entonces dejó de hablar por fin, pero les estrechó la mano como si no quisiera soltarlos nunca. Cuando finalmente se fueron, se volvió hacia mí.

Te acompañó a la sección. En el ascensor me ofreció un cigarrillo y dijo: Disfruta de tus últimos minutos de libertad.

Era una sección maldita y cuando al final la dejé para siempre, fue como en una película. Te levantaste de la silla, miraste al médico a los ojos y dijiste:

Vamos, Linda. Nunca tendrás que volver a poner los pies aquí.

Salimos. Nadie nos detuvo mientras recorrimos el pasillo. Era como si hubiera un incendio alrededor del campo de visión, como si los dos lo fuéramos quemando todo a nuestro paso.

Varios años después, leí en el periódico que en aquella misma sección se había colgado un joven con un cinturón.

¿Con un cinturón? Cualquier trabajador en prácticas sabía que había que registrar a todos los pacientes que entraban y requisarles todo aquello con lo que pudieran lesionarse a sí mismos o lesionar a otros. A mí me han registrado siempre cada vez que llegaba. Cortaúñas, pinzas, bolígrafos, los cordones de los zapatos. Un cinturón no se le pasa a nadie. Sufrí por el chico que había muerto. Sentí intensamente que debía hacer un documental radiofónico sobre el caso, tenía una perspectiva completa, puesto que yo misma había sido paciente allí. Además, había estudiado radio y había hecho ya dos documentales. Sabía qué se sentía cuando ingresabas obligado en una clínica y querías morir.

Había planificado mi primera noche en la sección en Estocolmo, cuando era joven y me ingresaron en un lugar así por primera vez. En cuanto puse el pie en Katarinahuset comprendí: aquí no pueden ayudarme. Esto es el infierno. Me las arreglé para conseguir un permiso para salir con mi madre e ir en busca de algo de ropa al día siguiente. Sabía en qué peldaño de la escalera debía empezar a correr, así que alcancé a abrir la puerta del piso y fui corriendo hasta la ventana, la abrí y salté, antes de que mi madre me alcanzara. Ese día mi madre y yo recorrimos a pie el trecho entre el hospital y el apartamento en el que yo vivía. Caminaba rápido y no miré antes de cruzar la calle. A mi madre se le ocurrió entrar en el supermercado Konsum y comprar uvas y otras cosas ricas que luego pudiera llevarme a la sección. Yo sabía que debía encontrarme dentro de la casa en la que vivía antes de empezar a correr. Si hubiera echado a correr en el Konsum, ella se habría puesto a gritarle a todo el mundo para que me detuvieran. Es capaz de gritar tanto que lo habría conseguido. Yo llevaba todo el rato la llave en la mano. Vivía en el tercero. Después del primer piso, empecé a correr. Creía que le llevaba mucha ventaja una vez que me vi dentro del apartamento. Solo me separaban unos pocos metros de la ventana, que abrí de golpe, y me planté de un salto en el alféizar para tirarme de allí, quizá dudé un instante, seguro que dudé, porque mi madre me agarró de la cinturilla del vaquero y tiró de mí hacia el suelo. Se ve que

había conseguido poderes sobrenaturales. Era una cuestión de vida o muerte. Me levanté y empezamos a pelear. Yo la golpeé y ella me golpeó a mí. Me solté y corrí a la cocina, le volqué encima el frigorífico y abrí la otra ventana, pero no llegué a subirme al alféizar antes de que ella me alcanzara. Seguimos pegándonos y, de pronto, estábamos de nuevo en la otra habitación. Me derribó y se tumbó encima de mí y consiguió llamar a la policía. No recuerdo nada de los minutos previos a la llegada de los agentes. Me había dado por vencida. Dos policías entraron en el apartamento. Un hombre y una mujer. El hombre fue a tranquilizar a mi madre y la mujer se quedó de pie a mi lado, aunque yo estaba sentada en el suelo. Bajó la vista y dijo exactamente estas palabras: Con la de gente de tu edad que no tiene dónde vivir, y tú, que tienes un piso propio y todo, ¡piensa un poco!

Recuerdo cómo me levantó del suelo y me fue empujando por la espalda hasta el rellano. Mi madre venía detrás con el otro agente. No recuerdo que llorase. Volvimos al hospital en el coche de policía y cuando llegamos mi madre dijo: Tenéis que ocuparos de cuidarla. ¿No veis lo enferma que está? No sé lo que hice, pero recuerdo que me pusieron una inyección y que mi madre les pidió un analgésico para el dolor de cabeza y luego se fue.

Ya sabía ella que no podía darme un abrazo ni nada parecido. Recuerdo que dijo:

Las cosas se arreglarán, Linda. Quédate aquí. Ya verás que todo se arregla.

Las cosas no se arreglaron, pero al cabo de unos años dejé de entrar y salir de la sección y fui mejorando poco a poco. Pasaba mucho tiempo en la casa de campo de mi madre leyendo libros infantiles en la cama. Mi madre tenía muchísimo miedo del tren que pasaba por allí abajo, antes de llegar al lago y al muelle. No habría tenido por qué tener miedo. Yo nunca me planteé el tren como posibilidad. Había fracasado a la hora de quitarme la vida. Tardaría dieciséis años en volver a intentarlo.

Me mudé a mi apartamento y poco después empecé a hacer prácticas de ayudante de los alumnos en el colegio.

No podía volver a aquella sección de los horrores de Malmö para entrevistar a los que estaban trabajando cuando el chico ingresó y mientras estuvo allí. Ya había hecho un documental radiofónico sobre mis años en Katarinahuset como trabajo final para el Instituto Dramático. Con eso ya

había bastante, pensé. No tenía fuerzas para implicarme en el caso del chico, aunque detestaba aquel hospital más que ninguna otra cosa en el mundo.

Sabía perfectamente que quien quiere morir tiene un plan. Quizá ese chico mintió y dijo que solo necesitaba estar allí unos días. Quizá entró allí voluntariamente. Yo no conocía los detalles, pero sé que aquel que tiene un plan suele llevarlo a cabo si no se lo impiden. Un cinturón. Joder. Tenía otras cosas en las que pensar. Para mi tranquilidad, el programa televisivo de periodismo de investigación *Uppdrag granskning* abordó el caso más adelante.

Un verano alquilamos una casa en Österlen una semana. Sé que lo hicimos, pero no recuerdo nada de aquella semana. Seguro que nos bañamos en la playa blanca de Knäbäckshusen y que recorrimos en coche los campos de colza entre hileras de rojas amapolas en ambas orillas de la carretera. Seguro que estábamos contentos. Seguro que a ti el paisaje te emocionó más que a mí.

Recuerdo que estuvimos mirando una casa que había a la venta. Tres casas, en ángulo. Recuerdo el jardín, precioso y muy cuidado. Yo nunca he vivido en el campo. No sabía nada del tema. No tengo permiso de conducir. Pero sí, claro que me emocionó. El ambiente en la granja era tranquilo y concentrado. La escalera que había delante del extremo de la casa que yo vi enseguida como mía era un buen sitio. Leer, contemplar el jardín que, al pasar a ser nuestro, iría volviéndose cada vez más asilvestrado. Yo el jardín no lo tocaba, siempre eras tú. Era una ingenua y creía que siempre seguiría igual de bonito que cuando compramos la casa. No sabía que era un trabajo de jornada completa.

La primera vez que corté el césped dijiste que nunca habías visto nada tan desestructurado.

Pues ahí lo tienes, el césped es todo tuyo.

Tú te ocupabas del jardín por temporadas. Yo no hacía nada, lo que debía de irritarte muchísimo. Que ni siquiera lo intentara. Seguro que trabajar en el jardín tenía un efecto relajante, pero a mí no me interesaba nada, me daba algo de miedo y cortaba un poco aquí y allá, recogía ciruelas y grosellas y no hacía caso de lo demás.

La pareja que había vivido en la casa antes que nosotros lo tenía todo en orden. La mujer, nos contaron los vecinos, se pasaba la vida cuidando el

jardín. Aquello era el paraíso.

No sé yo, me decía, porque la mujer había escrito a lápiz algunos mensajes discretos aquí y allá por la casa.

Debajo del marco de una ventana, en la pared del dormitorio.

«Los días que se parecen unos a otros son los mejores», escribió. Y «Ya no te veo, eres otro, mientras que yo soy la misma».

Comentamos si íbamos a borrar los mensajes o no, y acordamos que los dejaríamos donde estaban.

Cuando hiciste una oferta por la casa y la compramos estábamos en Västlandet, en casa de tu madre, y nos alegramos muchísimo y lo celebramos. En la calle, algo más allá, había un colegio al que los niños empezaron a ir. Un colegio que cerrarían dos años después. A partir de aquí, el autobús escolar hasta Löderup. Al cabo de un tiempo no estábamos contentos, así que empezaron en un colegio Montessori muy acogedor, estupendo, muy bueno, amable y muy bonito en el cuartel de Ystad. Tú llevabas en coche a los niños y los recogías. Durante unos años, parecía prometedor.

*

Toda decisión debe sobrevivir a dos estados de ánimo. Es un antiguo dicho judío y quizá es el dicho que más me ha ayudado en la vida. No tenía más que esperar a que llegara esa parte del mes en la que las cosas no se veían tan positivas para que se esfumara más de la mitad de las brillantes ideas que se me habían ocurrido. Lo primero que debía hacer era conocer las pocas que quedaban. Al mismo tiempo, no debemos ser cobardes. Ejecutar una acción sin vacilar también es un logro.

Yo iba a destiempo. Mis decisiones no perduraban mucho, el desasosiego aumentaba y mi incapacidad de sentir lo que es bueno y lo que es malo para mí me complicaba las cosas. Siempre he admirado a aquellos amigos que saben lo que les gusta hacer en distintas situaciones. Yo nunca lo he sabido. En cada momento soy como una principiante en la vida. Me gusta estar, salir con los niños e ir al cine. Eso lo sé. Me había convertido en un ser asocial con una gran necesidad de ver a otras personas. Ahora los investigadores dicen que la soledad es genética.

Me gustan los refranes y los sabios consejos de antaño. Han sobrevivido al tiempo, y yo los coleccionaba y los anotaba en un cuaderno especial. *Hablar es plata, callar es oro*. Reunía viejos consejos prácticos de campesinos: piensa primero y habla después, no sigas tus impulsos sino pregunta a quienes te conocen. Cuida a tus amigos, pero relaciónate solo con aquellos que te quieren bien. No te agencies enemigos, sé siempre amable. Sé siempre amable, no sabes qué habrá sufrido la persona que tienes delante. Todos llevamos dentro algo que nosotros mismos no entendemos, así que sé siempre amable. Amable y considerada, pero huye de quienes te roben la energía. Sé siempre considerada con tus hijos. Ten siempre paciencia con tus hijos. Quiérellos cada segundo, pero no los dejes que se adentren solos en un mundo que ellos solos comprenden. Interésate por tus hijos, alienta todo aquello que les interese, sin matar su curiosidad con tu entusiasmo, como hice con Anna y el karate. Allí estábamos formando un cuadrado en la sala, todos los padres que acompañamos a nuestros hijos el primer día de karate. Lo primero que dijo el entrenador fue que el principio y el fin del karate es el respeto; lo segundo, que nadie puede quedarse mirando. Todo el mundo tiene que participar. Los padres, sorprendidos, nos quitamos los zapatos. Fue una clase divertida. Ejercicios sencillos que marcaron una gran diferencia. Una suerte de belleza en los movimientos y el cuerpo en equilibrio. A mí me embargó el entusiasmo y, lamentablemente, lo demostré con demasiada vehemencia.

La que quiere hacer karate eres tú, dijo Anna después, al oírme hablar sin parar acerca de la clase. Enseguida comprendí mi error.

Podría decirse que todo había callado para mí en el campo, aunque ya me encontraba mejor. Escribía mucho, pero nosotros cada vez hablábamos menos. Aun así, te pregunté por qué no teníamos otro hijo. Tú dijiste que no, de ninguna manera. Tres hijos son suficiente. Pero te fuiste acostumbrando a la idea, quizá sin darte cuenta, y cuando volamos a Australia para asistir a uno de tus muchos actos, nos sentimos de pronto llenos de optimismo. Cuando volábamos de vuelta a casa, yo ya estaba embarazada de Sara.

Es imposible explicar lo que sucedió los meses previos a su nacimiento. Los tres primeros embarazos fueron todos de maravilla. No tomé ningún medicamento, estaba sanísima, superfuerte. Era madre. Era

una fuerza que no había experimentado jamás. Una motivación y un amor constante.

En el embarazo de Sara caí enferma. Me pasaba los días acostada en aquel dormitorio tan caluroso con una vida invivible como única compañía. La angustia estaba por todas partes. Cada vez me costaba más respirar. Me hundía tan hondo en mí misma que todas las perspectivas desaparecían. La certeza de que se había terminado. Eso es lo que recuerdo. Esa vez no me las arreglé sin medicación, tal vez mi cuerpo estaba más que acostumbrado a ella. O quizá fue otra cosa, algo que yo no acababa de entender de ninguna manera.

Después ya sé yo lo que pasó, dijo Maria. He estado a tu lado todo el tiempo que has pasado aquí. No tienes que contarme nada más.

No podía hablar. No podía hacer nada. Después de varias semanas sin otra manifestación vital que una angustia brutal y la intensa sensación de que no aguantaba más, me rendí.

No sé por qué la depresión se volvió tan profunda precisamente entonces.

¿Por qué cogía todas las medicinas que tenía y las escondía en un vaso por la mañana? Por la noche, me las tomaba todas a la vez y luego iba al dormitorio, donde tú estabas ya acostado leyendo, y me tumbaba a tu lado. Tú apagabas la luz y me dabas las buenas noches y yo te daba las buenas noches a mi pesar. Sabía que era muy importante no hablar contigo. Si te decía algo, no aguantaría. Detestaba haberte dicho buenas noches. Contaba para mis adentros en voz baja para no oír nada más.

No me explico cómo pude hacer algo así, Maria. Estaba embarazada. Los niños dormían en el cuarto contigo.

Estabas muy enferma, dijo Maria. Deberías haber ingresado aquí mucho antes.

Habíamos estado en la consulta de un médico la semana anterior. Constató que sufría una depresión profunda y me preguntó si quería quitarme la vida. Le dije que no. Pero la verdad era que la muerte y el morir eran lo único en lo que yo pensaba.

Tú habías llamado a nuestros amigos Mia y Henrik, que vinieron para quedarse con los niños. Vinieron enseguida, comprendieron la gravedad del asunto de inmediato. A los dos les encantaba la adrenalina. Hacían parapente con los turistas. Tenían una escuela de parapente. Henrik conducía el jeep. Mia me lo contó después. También dijo que los niños

estaban en su casa cuando la ambulancia pasó con las sirenas apagadas. No me atrevo a pensar lo que pensaron, lo que sintieron.

Mia me contó que el personal de la ambulancia recibió respuesta mía enseguida. Que tú le habías contado a ella que yo les pedí enfadada que fueran despacio. Mia dijo que se lo dijiste con dulzura y con cariño en la voz.

Me contó que los niños pasaron un buen verano. Los llevabas a la playa todos los días. Hacías cuanto estaba en tu mano para que todo sucediera de un modo tan agradable y tan normal como fuera posible. Me gustaría haber estado con vosotros ese verano. No haber hecho nunca nada imperdonable. Me gustaría ser otra.

Cuando la niña nació, continué, estaba tan entera y era tan ella misma y tan bonita y tan adorable como los otros tres y le rogué a Dios que pudiera ocuparme de ella, y sí que pude.

Nos sentíamos muy agradecidos de que estuviera sana, porque como yo había tomado tantos medicamentos... Lo sé, dijo Maria. Pero ninguno que pudiera afectarle a la niña.

Yo sé lo que tomaste en aquella ocasión. Participé en el plan de medicación posterior junto con la doctora responsable. ¿Te acuerdas de ella? Era una mujer, antes ginecóloga y matrona. Con mucha experiencia. Te lo aseguro, te aseguro que no te administraron nada que fuera perjudicial para la criatura.

Nunca temí nada parecido, Maria. Sabía que la niña estaba totalmente sana en todo momento. Lo sabía incluso antes de tenerla entre mis brazos. Simplemente, lo sabía.

Es muy graciosa, Maria. Es preciosa y vivaz. Tiene muchos hermanos mayores, así que lo aprende todo más rápido aún que los demás. Siempre tiene un brillo en la mirada. Es un regalo estar con ella. Y es muy ingeniosa a la hora de ayudar. Nunca deja de sorprenderme.

Sabía que lo que hice había levantado un muro en tu interior. Siempre me lo echarás en cara. Nunca me perdonarás. Lo comprendo. Pero hay una cosa que no entiendo. ¿Cómo pudiste dejarme allí tumbada en la cama durante varias semanas? ¿Por qué no me dejaste en el hospital, como las demás veces? Tú me conocías. ¿Qué creías que estaba pensando? ¿Creías que me pasé varias semanas tumbada en la cama haciendo el vago? Preguntas que nunca llegaron a formularse.

El primer año de Sara estuvo bien, como el primer año de los otros tres hijos. Como siempre, la pequeña nos tenía admirados y todos estábamos pendientes de ella. Tú te ocupabas de ella por las noches para que yo pudiera dormir. De pronto, el sueño era algo importantísimo, nos dijeron. A mí eso no me gustaba. A los demás niños les había dado de mamar por la noche. Y nunca he dormido mejor.

Hacíamos muchas cosas con los niños. Excursiones a la playa, donde el viento alborotaba la larga melena de las niñas. Josef, que corría por la arena. Se parecía a la felicidad. Era felicidad. El tiempo, que pasaba, y nosotros estábamos tan ocupados que yo apenas reflexionaba sobre el hecho de que tú y yo nunca estuvimos unidos después de aquella vez en Australia. Sabía lo que significaba, pero trataba de explicarlo diciéndome que no era nada raro. Sara era pequeña, pensaba, pero tan pequeña no era. Ya se pasaría. En el fondo, yo sabía que no era verdad.

Lo siento, tengo que irme, dijo Maria. Creo que debes salir de la habitación. Le voy a pedir a Aalif que se quede un rato contigo. No quiero que estés sola. Podéis dar un paseo por el pasillo.

Maria se fue a dar la medicación. Yo apenas lo noté. El calor que hacía en aquella habitación tan pequeña que nunca ventilaban me daba náuseas, o a lo mejor era lo que acababa de contar lo que hacía que me sintiera como si no pudiera respirar. No me llegaba el aire a los pulmones. No pensaba respirar en aquel puto cubo, qué demonios. Cogí el cuaderno que siempre tenía en la mesita y escribí esas palabras.

Había estado en la casa de veraneo para escribir. No me encontraba dentro de un periodo fructífero para la escritura, sino fuera, en un lugar donde las palabras no acudían. Miraba fijamente el ordenador. Escribía unas frases, que hacían que me odiara a mí misma. Lenguaje sin orientación. Sin objetivo. Sin visión. Nada. Solo palabras repulsivas. Absurdas como los diarios que siempre andaba empezando de niña. Diez páginas de repeticiones, cerrazón y, al mismo tiempo, una especie de autosuficiencia infantil. Después, nada. De niña empecé más de cien diarios. Escribía unas páginas y luego el resto vacío. No era capaz de terminar nada. No era capaz de escribir. Así eran las cosas. No era capaz, no era capaz y luego alguna vez sí que era capaz y entonces escribía como una ciega. Andaba sonámbula. No, al contrario, estaba totalmente despierta. Era imposible dejar de escribir.

Nunca he escrito nada sustancial en solitario. Cuando he escrito de verdad siempre he sido una niña grande. Totalmente atendida y alimentada. Oía a los niños de fondo y sus voces se convertían en una especie de música ambiental que me calmaba. No estaba sola conmigo misma en la oscuridad. Mi madre estaba mucho conmigo cuando escribía en serio. Se ocupaba de los niños. De todo. Estaba sola y no lo estaba. Tú pasabas tanto tiempo de viaje como en casa cuando yo escribía.

A veces tenía la ambición de escribir tanto como pudiera para impresionarte cuando volvieras a casa y leyeras lo que había escrito.

Estaba irritada conmigo misma. Acudían a mi mente los mismos pensamientos sarcásticos de siempre. Recuerdo que en lugar de sentarme otra vez delante del ordenador me tumbé en la cama y me dormí enseguida. Varias horas después me arrancaron del sueño unos golpes en la puerta. Me desperté sudorosa y enfadada conmigo misma. El sol me había achicharrado a través de la ventana. Estaba pegajosa e hinchada de tanto sueño. En realidad, no llevaba bien el verano. La luz, que brillaba tan intensa. El calor, que no soportaba. Las vacaciones de los niños, que no estaban tan llenas de actividades y de risas como yo habría querido. ¿Qué recuerdos iban a conservar? ¿Qué magia? ¿O tal vez crearían la magia después ellos mismos? ¿Qué podía saber yo de sus futuros recuerdos infantiles? Después de todo, ellos preferían la piscina al aire libre, que se encontraba a una parada de autobús de allí, antes que el mar. La que soñaba con hacer largas excursiones por los hermosos parajes naturales del entorno era yo. El verano era una larga cacería en busca de algo de sombra. Ya en abril se me quemaba la piel. Toallas húmedas, llenas de arena. No me entusiasmaba mucho, que digamos, contemplar el mar. Aquella amplitud total me asustaba. El mar no era como los lagos en los que yo me bañaba de joven. Los lagos de Sörmland, el Trolltjärnen, en Bergnäset, en casa de la abuela. Las aguas de Ingarö. No estaba acostumbrada al mar y no aprendí a apreciarlo hasta varios años después.

Estaba enfadada cuando abrí la puerta y una pareja de jubilados o qué sé yo dijeron que tenían un asunto que tratar. Que venían a verte. Señalé irritada tu casa y ellos me dieron las gracias amablemente y al final se fueron. Me imaginé la escena cuando la pareja de jubilados como recién lavados entró en la casa en la que trabajabas. Era imposible respirar allí dentro. Estaba lleno de libros, premios y cigarrillos. Cigarrillos por todas

partes. Podía haber hasta cincuenta ceniceros llenos de colillas y toda la casa apestaba a tabaco. Nunca me expliqué que pudieras pasarte allí los días enteros respirando ese aire, y me embargaba una preocupación constante por que te murieras de repente de un infarto y por tener que ocuparme yo sola de los niños. Y es que estaba totalmente convencida de que no sería capaz.

Siempre andábamos discutiendo por el tabaco y por tu manera de fumar un cigarrillo tras otro. Yo te sermoneaba sobre tu responsabilidad con respecto a los niños, pero tú habías ido al médico, te examinó los pulmones y eran como los de un adolescente, te dijo. También te habías hecho un análisis de ADN, la verdad es que te interesabas mucho por tu persona, y el resultado fue que te aguardaba una vida larga y llena de salud. ¿Y el infarto, qué?, pregunté yo. Tu madre sufrió un infarto. Y ella también fumaba a todas horas. Claro que mi madre también había sufrido un infarto, al igual que su padre, mi abuelo, que murió en nuestra casa de campo. La ambulancia, que no llegó a tiempo. Aquella muerte repentina en el jardín.

En mi familia, además, todas las mujeres que habían fumado tuvieron Epoc, así que precisamente yo no debería fumar. Me daban pánico mis genes y mis propensiones, y siempre pensaba que tú eras el padre perfecto para nuestros hijos. Les transmitirías la fortaleza de tu carácter. Tú podrías borrar mis debilidades congénitas. La locura, la Epoc, el alcoholismo.

Yo bebía muy poco, cuatro veces al año más o menos, en las ocasiones especiales. En mi juventud ya me emborraché para toda la vida. Tú tampoco bebías, y yo lo lamenté a veces para mis adentros, porque cuando te tomabas una copa eras encantador. Abierto, sin ningún autocontrol, como cuando estábamos enamorados.

Nuestro primer verano juntos lo pasamos embriagados de amor y de alcohol, pero se nos pasó cuando vimos que se acercaba el otoño. La sensación de aterrizar en una realidad que ya no se conformaba a nuestra medida la describí en un relato muchos años después, cuando ya teníamos tres hijos y nos habíamos trasladado a una ciudad que yo no terminaba de entender. Era un lugar más libre, pero yo jamás llegué a conocerlo.

«Nos cerramos a nosotros mismos como se cierra una casa de verano para el invierno. Eficazmente, con la espalda bien erguida y echando una última ojeada por si hubiéramos olvidado algo.»

Yo empecé a tener frío otra vez. A pagar facturas. Tú empezaste a escribir, y eso te hacía más feliz que estar enamorado. Después del primer

libro te había costado un poco retomar la escritura y el reencuentro contigo mismo supuso una alegría y una fuerza que lo superaba todo. Yo lo supe entonces, y más tarde en la vida yo misma experimentarí la felicidad de volver a escribir.

Empecé mis estudios de radio en el Instituto Dramático y me quedé embarazada. Todo era de lo más emocionante. Los dos nos esforzábamos al máximo. Fue una época memorable. Una época fantástica. El hecho de estar siempre activo. Sin bajones ni meses malos, sin la infirmitad y el tedio inquieto que normalmente seguían al enamoramiento. Bueno, no solo al enamoramiento. Yo tenía la misma facilidad para crear, para entrar en periodos buenos, como para venirme abajo.

Luego vino una especie de rabia de que hubiera pasado todo, de que los dos fuéramos normales otra vez el uno para el otro, al mismo tiempo que yo estaba tan ocupada con los estudios y el embarazo, que me colmaba por completo. Ese milagro, esa felicidad casi tormentosa ante todo lo que ocurría dentro de mi cuerpo y de mi alma. Me sentía muy solemne y muy ocupada conmigo misma y con la criatura que crecía dentro de mí. Por no hablar de cuando nació. No podíamos dejar de mirarla. Lo único que yo quería en el mundo era mirar a aquella criatura. Nuestra Anna, el ser más maravilloso que había visto en el mundo. Dormía totalmente tranquila en mi regazo, y el hecho de que yo pudiera infundir esa seguridad fue una revolución.

Cuando se fue la pareja de jubilados, me dormí de nuevo. Cuando me desperté, me sentí totalmente decepcionada conmigo misma por haber perdido el día y, en lugar de tratar de escribir la última hora, fui a verte para..., exacto, para qué; seguramente para quejarme. Se me daba mal darle forma a mi vida y me costaba soportar tanta soledad, o al menos con esa idea iba yo cuando entré en tu casa y me senté en el sofá color naranja.

¿Qué querían los jubilados?, pregunté.

Me dijiste que no querías que te interrumpiera y en lugar de vérmelas con mi frustración y ser consciente de que estaba enfadada conmigo misma por haber malgastado el día durmiendo, la emprendí contigo. Fue lo de siempre. Odiaba vivir en el campo. Teníamos que mudarnos a Estocolmo. Tú dijiste lo que decías siempre, que las cosas no mejorarían en Estocolmo y que, después de todo, yo había escrito dos libros en poco tiempo. Que por algo sería. En Estocolmo no los habrías escrito con la misma facilidad. Oye,

tú, que soy adulta. Por supuesto que los habría escrito. No lo creo, dijiste. Al contrario, para ti es bueno estar aquí. Y lo sabes. Yo sabía que en parte tenías razón. Yo misma lo había pensado en muchas ocasiones, que temía no poder escribir en otro lugar. Me distraía fácilmente en cuanto se me presentaba la oportunidad. Seguí con mis lamentaciones, mis amigos, que yo no era persona de vivir en el campo, no tenía permiso de conducir, porque me daban miedo los coches, y porque tenía que pasar un año entero con una salud impecable para que le dieran el permiso de conducir a alguien como yo. Me daba miedo el jardín y que me despreciaras, y terminé el sermón diciendo que deberíamos separarnos. Con frecuencia decía cosas que no pensaba para iniciar una discusión. Para poder deshacerme de ese lío de sentimientos desordenados. Para poder llorar. Después de llorar, siempre me sentía mejor. En realidad, todo iba increíblemente bien. Eso era lo que yo quería. Nada más.

Te quedaste mirándome un buen rato, luego dijiste:

Sí, será lo mejor. Dijiste que llevabas un tiempo pensándolo. Quiero que nos separemos, dijiste mirándome a los ojos. Quiero separarme.

Como siempre que mi existencia se ve amenazada, se me activaron los cinco sentidos. Es algo así como la activación de un estado de alerta ante las catástrofes. En caso de emergencia, funcionaba como nunca. Tú solías decir que daba lo mejor de mí cuando más falta hacía, y quizá por esa razón te atreviste a soltarme aquello. O no, lo dijiste porque era verdad. No querías seguir.

De inmediato algo así como una calma momentánea, aunque el corazón me latía como si estuviera a las puertas de la muerte. Vi toda la vida que tenía por delante como en una película a cámara lenta.

Luego, pasó el instante. Sentí un rugido por dentro, como si me encontrara junto a una autopista. Todo se movía demasiado rápido y yo era tan sensible al ruido que quise apartarme de aquel estruendo de inmediato. Con esto no voy a poder. Puedo con todo, menos con esto.

Salí de ese instante y caí en el siguiente, que se presentó con más horror aún. Vi a los niños puestos en fila, mucho más pequeños de lo que eran. Esos brazos delgados, esos ojos, que nunca parpadeaban. Después, aquellas palabras que cayeron dentro de mí. Tendría que soportar eso también.

Yo sabía que cuando tú decías algo en serio quedaba escrito en piedra. Oía sonar las alarmas, sí, eso era exactamente. Oía sonar las alarmas.

Más tarde, el viaje en coche, las primeras flores antes de que el verano irrumpiera de verdad.

La sensación de felicidad en medio del miedo al hecho de ir hablando. Una conversación sin mentiras.

Las mentiras llegaron después. Quizá no mentiras, pero sí una diferencia radical sobre cómo debíamos presentar a los niños el relato del divorcio.

Tú habías decidido que no se dijera una palabra de que eras tú el que quería separarse. No debía haber ninguna víctima, ningún autor de los hechos.

Ya no nos entendíamos, eso les íbamos a decir. Tal vez fuera verdad, pese a todo, pero yo de eso no sabía nada cuando reunimos a los niños alrededor de la mesa para contarles que íbamos a vivir separados. Según nos dijeron después, ellos creían que pensábamos anunciarles que iban a tener otro hermano. Se tomaron la noticia de forma muy diferente. Uno temía los cambios, otro era más aventurero y se imaginó enseguida el moderno chalet adosado que habíamos comprado para mí a escondidas.

Yo me veía arrastrándome por la existencia y con mucha fuerza; desde luego, lo hacía lo mejor posible. Arrumbada en un lugar extraño, donde no tendría a mi alrededor nada de lo que era importante o significativo para mí. Viviría en un vacío, y no quería un entorno así para los niños, de modo que exigí que nos mudáramos a mi ciudad natal para fortalecer mi situación vital. Los niños podrían estar conmigo en una ciudad que yo conocía a la perfección. Su vida estaría llena de personas que eran importantes para mí. Para ellos. Cuando no los tuviera conmigo, podría ir al cine. Al teatro. Ver a los amigos, a los que tanto había echado de menos, pese a no haber sido capaz de llamarlos por teléfono nunca.

Pero me rendí enseguida. Los niños no iban a tener que romper con todo después de la conmoción del divorcio. Debía comprenderlo. Sí, seguramente, era verdad. Claro que era verdad. Un día, cuando tomé el autobús rumbo al pueblecito de jubilados, ese infierno, fui a nadar a la piscina cubierta. Siempre me ha encantado nadar, y allí, en aquella piscina, decidí de buenas a primeras que podía vivir en ese lugar porque podría nadar. La piscina estaba muy cerca de mi nuevo hogar, en el que apenas había puesto un pie. Y luego estaba tu maldición. En realidad, no era esa la idea, pero para mí se convirtió en una maldición, sobre la que además

volvías una y otra vez y que yo, en el fondo, temía que fuera cierta. Tú no puedes escribir en esa ciudad.

¿Sería capaz de escribir en esa ciudad? No lo sabía. Pero ¿por qué no iba a poder? Claro que podría.

Los niños solo tendrían que mudarse a un cuarto de hora de la ciudad en la que habíamos vivido juntos. No sé si me arrepiento o no. Bueno, sí que lo sé. Me arrepiento.

Pensaba enseñarles todo lo que había en mi ciudad natal. Ir con ellos en metro por todas partes. Me convertiría en una persona más alegre. Mejor persona. Sería yo misma. No una madre impotente sin permiso de conducir en una puta ciudad de mierda. ¿O no? No estaba convencida del todo. Yo no era así. Me consolaba pensando que podría ir allí cuando no tuviera a los niños. Pero ¿dónde iba a vivir? Con mi madre no, a veces con amigos, pero en su casa no habría sitio para mí. Bueno, sí, en casa de mi mejor amiga, pero eran una familia. No podía meterme allí de ese modo.

Joder, que soy escritora. Que la editorial me pague un hotel.

Pero no podía pedir algo así, lo sabía. Solo era posible en contextos muy concretos en los que colaborábamos la editorial y yo, unos contextos que no se producían con demasiada frecuencia.

Y aquel viaje de pesadilla que hicimos a Creta. Fue idea tuya. Diríamos que íbamos a separarnos y unos días después nos iríamos de viaje a Grecia todos juntos. Yo entendía lo que tenías en mente. Les demostraríamos a los niños que éramos amigos y que no pasaba nada. Además, me alegraba de contar con algo así como una tregua. Aunque fuera un artificio, me parecía bien. Por otro lado, Grecia me encantaba desde que era niña, pues solía ir a Hydra con la familia de mi amiga. Una isla sin un solo coche. No había más que un camión de bomberos y uno para la basura, el resto de los desplazamientos se organizaba con burros, que se veían por todas las callejuelas. La primera vez que estuve allí tenía seis años. Me quedé en la isla un mes con Michaela, mi mejor amiga, y con sus padres. No recuerdo haber pasado miedo ni haber echado de menos volver a casa. Michaela y yo corríamos al horno todas las mañanas y comprábamos pan y unos bollos blancos espolvoreados de azúcar que bautizamos como dulces de luna. Le enseñé a nadar a mi amiga y para celebrarlo nos compraron un helado a cada una. Las dos elegimos uno de vainilla y chocolate, con un dibujo de Charlie Chaplin.

A mí de niña me daba miedo Charlie Chaplin. Me parecía horrible con esos ojos tan negros y esa manera de andar. Ahora me encanta Charlie Chaplin y, entre todos los artistas, para mí es el primero. Cuando estudié cine, en el bloque de cine mudo, vimos todas las películas de Chaplin en una pantalla enorme, y fue una gozada. Me encantó sobre todo el baile de los gemelos en *Tiempos modernos* cuando se desliza entrando en escena y se le cae enseguida la nota con la letra de la canción. Los primeros pasos de baile mientras busca la nota tratando de evitar que el público se dé cuenta son maravillosos.

No menos maravillosa es la escena en la que, sin ser consciente, se pone a la cabeza de una manifestación y terminan arrestándolo. Cuando ha cumplido la condena, no quiere salir de la cárcel.

De pronto empecé a imaginar la vida en otro país. Lejos de aquí. Al otro lado del mar.

Me vi a mí misma con una llave en la mano. Había comprado un apartamento sin haberlo visto antes. Allí viviría el resto de mis días, pensaba mientras abría la puerta de color verde.

El apartamento tenía dos habitaciones y la cocina. Los niños no estaban allí. A lo mejor ni habían nacido. Estaba sola, con una maleta, en aquel piso amueblado. Las viejas sillas que había alrededor de la mesa de la cocina, la hornilla de gas, una cortina de encaje en la ventana que daba al patio trasero.

El cuarto de estar era una de esas estancias apacibles con las que yo siempre había soñado y que nunca había logrado crear yo misma. No tengo el menor talento para crear un hogar. Allí no tendría que intentarlo siquiera.

No era responsable de aquel apartamento y aun así enseguida se convirtió en mío.

Un escritorio junto a la ventana. Allí me sentaría a escribir hasta el día en que mi vida terminara. En la vida que vivía allí no había deseo, si es que una vida así era posible. No necesitaba a nadie y nadie me necesitaba a mí.

Aquel apartamento era como un regalo de Dios.

Él no pedía nada a cambio. Con todo, yo le rezaba cinco veces al día. Le pedía perdón. Perdóname por no querer vivir.

Me gustaría poder darte LSD. El LSD tiene un efecto maravilloso sobre el tedio existencial. Por desgracia, en este país aún no habéis llegado

a ese punto.

Me llamo Atilla. Soy el nuevo jefe médico. Vaya sistema espantoso que tenéis. Sois de lo más rígidos en este país.

Sin duda. Y que lo digas, no pude por menos de convenir.

¿Te ha gustado el apartamento?

¿Es que lo conoces?

Tú y yo tuvimos una sesión. Digamos que tengo acceso a tus sueños y fantasías.

Y te recomendaría que te mudaras a otro país cuanto antes.

Por desgracia, no puede ser. Soy madre de cuatro niños.

Bueno, no es que seas muy buena madre.

Te equivocas.

No tienes que preocuparte por tus hijos. Pueden vivir contigo. No puedes quedarte en este país.

¿Tú quién eres?

Soy el nuevo jefe médico.

Tu cara me resulta familiar.

Las almas viejas nos reconocemos mutuamente. El médico guiñó un ojo.

¿Has venido a buscarme?

¿Quieres que venga a buscarte un hombre desconocido? Sonrió.

No, es que creía.

¿Qué creías?

Que habías venido a buscarme.

Siéntate aquí conmigo, dijo. Y yo me senté en sus rodillas.

Me gustas, dije.

¿Por qué estoy aquí? Dímelo.

No lo sé. ¿Tú qué crees?

Atilla. Sonaba bien. Sonaba de miedo. Él me liberaría de mis padecimientos. Se precisaba algo contundente para resistir mis debilidades. Mi fortaleza.

No olvides por qué estás aquí, me atreví a decir.

Sé por qué estoy aquí. Para poner este edificio patas arriba.

Yo soy tu cómplice. Dame una señal.

Te daré el alta dentro de una semana. Tenemos siete días y siete noches.

¿Qué vamos a hacer?

La corriente que manejan se puede sustituir divinamente por erotismo. Quizá te convenga saberlo.

Era verdad. Me había convertido en algo así como una monja.

Estás de broma, ¿verdad?, le dije.

Objetivamente no, pero como es natural no voy a contravenir ninguna norma. Es algo que no va conmigo.

Se esfumó ante mi vista.

Estaba en Hydra otra vez. Tenía doce años y eran las vacaciones de Pascua.

Estar allí en primavera era totalmente distinto de estar allí en verano. El ritmo era otro, con el bote hasta las playas después del desayuno, estar atento a las olas que provocaban las grandes embarcaciones. *Midnight Expresss, Apollon, Flying Dolphin.*

A mí me encantaba estar en Hydra, donde el padre de mi mejor amiga tenía una casita preciosa en lo alto de una calleja.

Así que era Pascua y pensábamos ir a la plaza con todos los demás habitantes de la isla.

La plaza estaba a rebosar. Yo temía perder de vista a Michaela. En el centro de la plaza colgaba de una horca un muñeco de paja vestido. El padre de Michaela nos dijo que era Judas.

Todo quedó en silencio cuando aparecieron los jóvenes del pueblo. Todos iban vestidos igual, pantalón negro, camisa blanca, tirantes, una gorra negra y un fusil. El sacerdote hizo una seña y se apartó, y los hombres dispararon a Judas. Yo me quedé aterrada y muda a un tiempo. Jamás había experimentado nada parecido. El humo de la pólvora, las aclamaciones. La plaza, que fue quedando desierta; la procesión, que fue bajando hacia el puerto, donde aguardaban los barcos. Les prendieron fuego y los empujaron al mar. Durante toda la noche estuvieron divisándose las embarcaciones en llamas, cada vez más lejos.

Al día siguiente le pregunté a la abuela de Michaela si podía hablarme de Jesús.

Estuvimos solas varias horas y la historia me asustó. No me atrevía a interrumpirla. Tenía hambre y necesitaba ir al baño, pero me quedé allí

sentada como una vela.

Luego, con el tono de quien se cree que tiene ventaja, Michaela me dijo:

Me han dicho que querías saberlo todo sobre Jesús. Fue denigrante. Aquel cambio repentino de estatus.

Tanto dar la mano. Presentarse. Verse. Lo de verse es importante. Mirarse a los ojos.

Yo no quería mirar a los ojos a nadie, y eso se advertía, se notaba y se explicaba. Yo escuchaba la explicación. Según la cual tengo que mirar a los ojos a la persona con la que hablo. Lo entendía. Miro a los ojos a todo el mundo. A veces, la persona a la que miro está conmigo. Otras, no.

¿Te encuentras mejor?

Me encuentro mejor.

¿Puedes responder a este cuestionario?

Sí, claro que puedo.

Cuestionario de autoevaluación. Cada pregunta se responde con distintos grados. Entre soportable e insoportable, en una serie de variantes. Rodeo con un círculo las respuestas que creo que mejor se ajustan. No es tan fácil como uno cree. Dudo en varias preguntas antes de rodear la cifra que me parece que encaja más o menos.

Le entrego el papel al médico, que suma la puntuación. Una clara mejoría, dice.

Ya, respondo.

¿Quieres empezar con los permisos?

Sí.

¿Qué te parece una hora mañana?

Sí.

¿Qué piensas hacer?

Comprarme una guitarra.

Eso es mucho dinero. Estuvimos hablando un buen rato sobre si podía o no podía comprarme una guitarra. ¿Era un acto impulsivo? ¿Temerario? ¿Secretamente maniaco?

¿Tocas la guitarra?

No.

¿Por qué quieres comprar una guitarra?

Porque aquí no hay piano.
Quiero aprender un poco. Solo unos acordes. Pienso comprarme un libro para principiantes. Voy a aprenderme una canción.
¿Cuál?
Eso es cosa mía.
Es pura curiosidad.
¿Sigues escribiendo?
Sí.
No te alimentas muy bien. ¿Sabes por qué?
Me falla la glándula tiroides por las medicinas y me cuesta tragarme la comida.
La tiroides, ya. Pues te hacemos una prueba. Una prueba urgente, ¿vale?
Puedes comprarte una guitarra. ¿Sabes dónde está la tienda de música?
Sí. La reunión ha terminado. Todos los presentes se ponen de pie y se dan la mano mirándose a los ojos.

*

Ya en Creta, nuestro último viaje, todo se veía de lo más muerto y era de lo más incómodo. Nadie estaba contento. La piscina en la que pensabas que se bañarían los niños estaba helada. Nuestras breves conversaciones estaban llenas de tedio en tu caso, en el mío llenas de parálisis, los niños, los niños, nuestros maravillosos niños y miedo.

Los viajes en aquel coche alquilado hasta unas playas que se encontraban demasiado lejos. El silencio, las preguntas y esa capacidad extraordinaria de los niños para jugar a pesar de todo.

La mayor ya no sabía expresarse jugando, estaba a punto de entrar en la pubertad. Una edad vulnerable. Distintos tipos de vulnerabilidad a distintas edades. Todos estaban contentos a su manera y todos se preguntaban... Sara todavía no, era demasiado pequeña. Poco más de un año.

A mí lo que más me gustaba era tumbarme por la tarde en la cama hecha, en la corriente, y leer con Sara durmiendo a mi lado y mirar las extraordinarias lagartijas que de vez en cuando subían corriendo por una pared.

Hora de comer, dijo Aalif. No le respondí. Me preguntó si quería que me dejara la bandeja en mi habitación y yo le respondí que sí, gracias, y seguí escribiendo.

Recuerdo la vez que me di cuenta de que ya no querías estar conmigo.

Fue en un aeropuerto. Tantísimos aeropuertos. Tantísimos viajes por todo lo largo y todo lo ancho de este mundo.

Kastrup era un puro caos. Nos pasamos allí dos horas antes de salir. Las colas no avanzaban. Había muchísima gente que no se movía del sitio y tantos vigilantes como viajeros. ¿Qué había pasado?, le pregunté a uno de ellos. No respondieron. ¿Es un puto atentado terrorista o qué?

Me miraste furioso.

Era broma, te dije.

Yo estaba bastante agobiada, porque no soportaba las colas y me daba miedo volar y estaba irritada contigo porque no habías empezado el día con entusiasmo. Algo así como venga, que nos vamos de viaje, qué bien que vamos otra vez al piso de Venecia, a ese piso tan bonito que tiene alquilado mi editorial. Es la tercera vez que vamos allí. Y ahora sí que vamos a explorar Venecia y a bañarnos en el Lido los días más calurosos.

Ya habíamos cargado muchas veces con los niños y los carritos por todas las escaleras de Venecia, pero esta vez sería la última. Claro que yo entonces no lo sabía, mientras estaba en la cola, quizá tenía un mal presentimiento solamente, o cierto mal sabor en la boca. En todo caso, no había buen ambiente y peor que se iba a poner, y yo cerraría los ojos igual que uno cierra los ojos a todas las verdades para las que no está preparado. Desde luego, yo no estaba preparada para tu oposición cuando por fin llegamos a la mujer del mostrador.

Voy a cerrar el embarque, dijo. Llegáis tarde.

¿Tarde?

Entonces concentré todo lo que llevaba dentro y lo solté sin más:

Vas a abrírnos ahora mismo, le grité. Llegamos con dos horas de antelación, que es lo que hay que hacer. No es culpa nuestra que aquí reine el pánico, sino vuestra. Ábrenos ahora mismo.

Yo tengo la capacidad de verlo todo negro de pronto y pasar de todo. Seguí gritándole:

Toma, los billetes. Ahí los tienes. Déjanos pasar ahora mismo.

La mujer nos dejó pasar. Me volví hacia ti mientras nos dirigíamos a los controles de seguridad y dije: Mira qué bien. Me esperaba una sonrisa o algún tipo de aprobación.

La mujer tenía la mano en el botón de alarma, dijiste. ¿Ah, sí? No puedes gritar así delante de los niños. Ya, bueno, pero estamos dentro y eso está bien, ¿no? No, dijiste. ¿Ah, no? Vale, aunque con tu método ahora iríamos ya por el puente de Öresund de vuelta a casa. Sí, dijiste, y entonces te lo vi en la cara. Tú no querías ir a Venecia. Aquel viaje era una obligación y habrías preferido quedarte en casa escribiendo. No querías irte de viaje. Y en la negativa de aquella mujer viste una posibilidad.

Volamos a Venecia. No recuerdo nada de ese viaje. Supongo que recorrimos sus calles lamentando nuestra libertad. Lamentando en qué nos habíamos convertido. En personas de las que nada queríamos saber. Tal vez fue allí donde empezaste a pensar que solo había que bajarse. Tal vez ya entonces disfrutabas de la vida en libertad en la aglomeración del puente de los Suspiros.

Durante nuestro primer año juntos estuvimos los dos en Venecia por primera vez. Yo había vivido seis meses en Florencia con una amiga después de terminar el instituto, pero nunca fuimos a Venecia. Recorrimos la Toscana en el coche de su novio. Nos habíamos informado sobre todas las ciudades, iglesias, ruinas y museos, pero yo me dejaba llevar. No entendía lo que decían mi amiga y Stefano, que era el nombre del novio, pero me daba igual. Por desgracia, solo había aprendido unos cuantos dichos de un libro de italiano, que iba leyendo con la guía de conversación:

Tra il dire e il fare, c'è di mezzo il mare.

Aquella expresión estaba como pensada para mí. No era capaz de hacer nada bien. Me cansaba rápidamente de aquella existencia bellísima pero inane. Quería volver a casa, sin saber muy bien qué era lo que echaba de menos.

No conocí a nadie con quien quisiera acostarme y me pareció lamentable. Después de todo, tenía diecinueve años y estaba en Italia. Besé a uno. Michele. Era guapo, pero engreído. Sus besos eran tan húmedos que casi parecía que me estuviera obligando a tragarme su saliva. Además, mi amiga me echó una bronca, como si ella tuviera derecho sobre Michele. Aquello fue antes de que empezara a salir con Stefano, el amigo de

Michele, y entonces yo me retiré enseguida. De todos modos, no me interesaba.

El profesor de italiano del instituto nos dijo que la mejor forma de aprender el idioma era salir con un italiano, así que de alguna manera la cosa venía sancionada de arriba. Si me despertaba con alguien con quien no quería estar, me entraba una angustia enorme que me duraba muchísimo. A fin de evitar ese tipo de situaciones embarazosas, me ponía la ropa interior más fea que encontraba, la ropa interior que hubiera llevado mi madre en alguna obra. Cualquier cosa que se me ocurriera para poder oponerme a las ofertas. O para no acostarme la primera noche con alguien que me interesara. Como una especie de cinturón de castidad. Me convencía a mí misma de que ni se me ocurriría la idea de dejarme ver con esa ropa interior. La cosa funcionaba regular.

Trataba de embellecer mi depresión llamándola melancolía. Tal vez hubiera en ello algo de verdad, pero más verdad aún era que fingía como si interpretara un papel en una película italiana antigua. Interpretaba mi juventud. Con depresiva melancolía, me deslizaba bajo la lluvia mezclada con la corriente de turistas camino de la basílica de la Santa Cruz y comía helado. Aquel otoño llovió sin cesar y el pisito en el que vivíamos en la via del Pellegrino se encontraba bajo el nivel del suelo, con una escalerilla que subía a un jardín. Todas las mañanas secábamos el agua que entraba del jardín al interior de la cocina.

Todos aquellos lugares tan bonitos. El tedio y la melancolía, que cada vez más se iban convirtiendo en una auténtica depresión. Dormía cada vez más y solo me levantaba de noche para ir al Casalinga a comer algo antes de que empezara la fiesta.

Sentía un interés creciente por la inundación que sumergió grandes zonas de la ciudad en 1966. El diluvio que elevó el nivel del Arno seis metros en una hora. Toda la ciudad se inundó, murieron sesenta y seis personas y se destruyeron tesoros artísticos.

El Arno iba tan crecido como cuando la inundación, pero desde entonces habían construido canales de drenado que desviaban el agua de lluvia. Dejé de asistir a la Università per Stranieri al cabo de unas semanas. Deambulaba por la ciudad y me encontraba cada vez peor, que es lo que me ocurre siempre que no hago nada de provecho. Me desespera la idea de pensar que malgasté mi juventud. Hay que esforzarse al máximo todos los días. La angustia después de haber malgastado durmiendo un día, varios

días, me hacía sudar entre las sábanas, que estaban húmedas y llenas de migas de galletas de almendra.

Antes de ir a Italia solicité plaza en la universidad para seguir con el italiano después de Navidad. Pero ya no me interesaba lo más mínimo. No entendía nada. En realidad, habría preferido entrar en un nivel inferior al de mi amiga. A mí no se me dan bien las lenguas romances. Ya la había pifiado con el francés en secundaria, así que en bachillerato empecé con el italiano. Al mismo tiempo, empecé a estudiar alemán, que era comprensible, fácil de aprender, y mientras que en italiano sacaba una nota mediocre, en alemán siempre tuve la nota más alta los tres cursos. Barbara, mi profesora de alemán, me pidió que ayudara por las tardes a un chico que era un desastre, antes de un examen importante, y le prometí que le ayudaría. Promesa que, naturalmente, no cumplí.

Estaba tan agotada de intentar aprender italiano que llamé varias veces a la Universidad de Estocolmo y al final me permitieron cambiar de la catastrófica lengua italiana al curso inicial de literatura.

Contaba los días que faltaban para poder volver a casa. El Arno subía sin cesar bajo la lluvia. Después de todo, aquella era la ciudad ideal para estar deprimido.

Volví a Suecia aliviada, me mudé a casa de mi madre y empecé a estudiar literatura. La depresión desapareció como por encanto. Estudiaba mucho, para compensar el haber malgastado medio año. Recuperé mi talante alegre y un tanto altanero.

¿Italia, la depresión? ¿Cómo acabé así? Durante nuestro primer viaje a Venecia no hubo ni rastro de nada parecido. Mi maleta se extravió, no apareció en la cinta y tuve que dejar anotado para los carabineros mi número de teléfono y nuestra dirección provisional en una ventanilla de información. La maleta la trajo un mensajero el último día antes de nuestro viaje de regreso, y recuerdo que estuvimos riéndonos mucho tiempo después. Lo que no recuerdo es qué ropa me estuve poniendo esa semana. No teníamos mucho dinero, y fui a comprar algo. Supongo que me pondría alguna camisa tuya y que llevaba los pantalones del avión. Fue un viaje íntimo, con declaraciones de amor muy inspiradoras. Todo tenía sentido y todo era deseado. Un sueño. Nada de discusiones, solo una sucesión de momentos maravillosos. El porvenir estaba por pronunciarse y el ahora estaba presente en cada latido. El arte, la pintura, que los dos veíamos como la expresión artística más elevada. Figúrate, ser capaz de pintar. Recuerdo

que dije que si pudiera vivir de nuevo mi vida aprendería a tocar el piano de verdad. Todavía no es demasiado tarde, dijiste. No. No era demasiado tarde. Decidí contactar con un profesor de piano en cuanto llegara a casa, y tú prometiste que empezarías a pintar, algo que harías después más o menos por la época de nuestra separación. Yo me olvidé del piano cuando empecé los estudios de radio y me quedé embarazada poco después.

Y en Venecia fue cuando por primera vez comprendí de verdad lo que querías decir con ese discurso recurrente acerca de la vergüenza. Te lo había oído en varias ocasiones y me había reconocido en ello a mí misma, pero aún no lo había vivido estando contigo, si no tenemos en cuenta lo desolador del primer encuentro. Aquel libro de visitas tan bonito que había en el apartamento, que hojeamos y que tanto nos hizo reír a veces al leer las palabras de autobombo, aunque maravillosas, de algunos autores.

«Hoy, en el bellissimo Lido, he sumergido mi cuerpo en el mar Adriático para deleite propio y ajeno. Después de refrescarme no tenía la menor intención de salir del agua. Enseguida, y de forma totalmente involuntaria, pensé en mi hermano, cuyo cadáver jamás contemplé, puesto que cuando se produjo su súbita muerte me encontraba en el muy grato regazo de la dueña de un hotel, por lo que resultó imposible localizarme. Aún embargan mi cuerpo los remordimientos, y ensombrecen mis sueños hasta el punto de que no logro volver a dormir. Abrí los ojos enseguida, cegado por el sol. Aun así, conseguí ver la paloma que me miraba desde la playa y que, con su estruendoso gorjeo, o bueno, quizá no se pueda llamar gorjeo exactamente, en fin, todo quisque sabe cómo suenan las palomas. El caso es que cuando miré a los ojos a aquel mensajero disfrazado pensé en el acto en mi sensible y necesitado estómago, e inmerso en aquel prolongado instante percibí la exhortación de la paloma: Vuelve a casa, con tu hermano, que te aguarda en la oficina de correos de Tromsö. La paloma siguió mirándome en el agua, y cuando digo que me miraba digo bien, y aquella paloma fue la que, por el procedimiento descrito, me arruinó las vacaciones. ¿Cómo podría yo seguir escribiendo en aquel bello apartamento cuando mi hermano me reclamaba? Era imposible. Al mismo tiempo, me sentí honrado por la revelación mientras lloraba abrazado por las aguas. Sonja está haciendo las maletas a toda prisa para que lleguemos a tiempo a coger el avión de vuelta a casa. No dejaré ninguna botella de vino, tal como manda la costumbre. Mierda, ni siquiera llegaré a tiempo a coger el vuelo. Tendré que coger el siguiente. Así mi mujer podrá ir a comprar la dichosa botella

de vino que te estará esperando a ti, huésped desconocido que habitarás después de mí este prodigio de apartamento. Acabo de saber que sí nos da tiempo. Al aeropuerto. Gracias y perdón. Más vale así. De todos modos, no puedo escribir en tierra extraña. Siempre me pongo mal del estómago. Lo cierto es que me siento impotente. Soy incapaz de dar un paso sin tener a mi lado a la pobre Sonja, y ahora ya hace mucho que le duele la pierna. Venga, joder, ya es hora. Adiós y gracias.»

Cuando se acercaba el final de nuestro viaje, te llegó a ti el turno de escribir algo en el libro de huéspedes. Escribiste un texto largo que a mí me pareció bonito, y nos fuimos de Venecia.

Pasaste semanas sufriendo por tus palabras de despedida. Querías volver y arrancarlas del libro. Yo sabía que era un texto precioso, y así te lo dije, pero no sirvió de nada. Pasaste varias semanas muerto de vergüenza.

Los escritores deben coleccionar sus fascinaciones. De niña leí sobre mitología griega después de haber visto en la tele un calendario de adviento en el que cada tarde contaban una historia de la mitología griega, hasta el día 24 de diciembre. Aquel calendario de adviento me encantó, y mi madre se dio cuenta, porque me regaló por Navidad un libro de mitología griega. Ese libro también me encantaba. Me gustaría haberlo conservado. En la cubierta de color naranja, el monstruo femenino de Medusa, con su cabellera de serpientes, me volvía loca de terror. Perseo se puso delante de ella y utilizó su escudo como un espejo para no tener que mirarla a los ojos, y así pudo cortarle la cabeza.

Astucia, un destino, una misión.

Me encantó en particular la historia de Atenea. Sobre todo me gustaba el dibujo de su figura que había en el libro, con su casco y los ojos verdes. Aquella mirada. Nada le daba miedo y yo, que casi siempre estaba asustada, sentía fascinación y consuelo al pensar en ella y sus cualidades. La diosa de la sabiduría y de la guerra. Si quería, henchía de viento las velas de los soldados que partían a la guerra. No estaba obligada a ayudarles. Ella decidía. Yo quería ser ella.

Christian abrió la puerta de mi cuarto.

¿Jugamos al ajedrez?

Venga, respondí sin pensármelo. Él se adelantó rumbo a la sala de día. Volcó las piezas en la mesa. Era una mezcla de piezas de dos juegos de

ajedrez distintos, unas más grandes que otras.

Esto es un caballo, dijo Christian señalando un alfil con un papel pegado en el que había pintada una cruz roja.

Vale, dije.

Esto es una torre, continuó mientras sostenía en la mano un peón con una o grabada.

Sí, dije.

Esta es la reina, continuó susurrándoselo al oído a una reina con la cabeza cortada.

Allí dentro, todo parecía de lo más lógico. Mi padre solía recurrir al sacrificio de la reina cuando jugaba, y aquello era algo parecido.

¿Alguna otra cosa que no sea como tiene que ser?, dije más que nada para retrasar el hecho de que alguna vez habría que empezar a jugar.

¿Negras o blancas?, preguntó Christian.

Negras, me apresuré a responder. Se me daba algo mejor defenderme que abrir el juego.

Christian abrió con un peón. Yo respondí con el caballo. Él sacó otro peón.

Yo lo imité y saqué el mío.

Varias jugadas rápidas sin pensar. Quería despejar el tablero para hacer un breve enroque cuanto antes. Siempre era un gusto adelantar la torre.

Saqué el alfil y avancé en diagonal.

Ese es el caballo, dijo Christian señalando el letrero con la cruz de color rojo.

Cambié a un peón.

Estuvimos jugando un rato. Cambiamos varias piezas para hacer sitio. Yo no me hacía ilusiones. No se me daba bien el ajedrez. A Christian tampoco, pero era mejor que yo.

Jaque, dije.

Christian se retiró con el rey, al que había sacado sin advertir el peligro.

Yo saqué la torre. Christian no parecía darse cuenta de cuál era mi objetivo.

Hizo una jugada absurda. Yo hice el movimiento de la victoria. Acorralé al rey con la otra torre.

Jaque mate.

Enhorabuena, dijo Christian. Qué rápida.

Me alegré una barbaridad. Había ganado.

Era la segunda vez en la vida que ganaba una partida de ajedrez.

A lo mejor no se me daba tan mal el ajedrez, después de todo. Aquella era una idea totalmente nueva, pero no había terminado de pensarla cuando la victoria se convirtió en una derrota. Aquí estoy, jugando al ajedrez encerrada en una institución, exactamente igual que le pasaba a mi padre.

Me preguntaba si mi padre estaría contento. ¿Podría verme desde el cielo en el que estaba? ¿Qué pensaba cuando me veía? ¿Estaría contento o triste al verme aquí repitiendo sus acciones? Estaba casi segura de que Dios lo dejaría adelantarse en la cola de subida al paraíso.

Seguro que lo perdonaría por todos los problemas que había ocasionado mientras vivió. Mi padre tenía cierta habilidad para actuar cuando nadie lo veía.

Saltó la alarma. Quizá fue mi padre quien pulsó el botón para interrumpir mis pensamientos.

Christian ya iba corriendo por el pasillo. Los cuidadores que antes no se veían aparecieron de pronto por todas partes.

Era posible utilizar a placer esos momentos en que todos dirigían su atención al mismo punto. Se trataba de una debilidad inherente al sistema. No se me ocurría qué podía inventar ahora que todos andaban ocupados con otras cosas, así que coloqué tranquilamente las piezas de ajedrez en la caja.

Una mujer gritaba dando golpes a su alrededor. Yo no la veía, pero por cómo gritaba supe que estaba desesperada. Un grupo de personas vestidas de blanco la sujetaban. Ella no sabía dónde se encontraba. Era fuerte y, de vez en cuando, conseguía soltarse. La gente desesperada tiene una fuerza extraordinaria. Golpes y gritos, que pronto cesaron. Seguro que ya se había quedado dormida en el suelo después de la inyección. Un suceso no tan insólito.

Pronto se acostumbraría a estar en este lugar, y cuando se hubiera acostumbrado tanto que no conociera ninguna otra cosa, la echarían de allí.

Business as usual.

No había nada que llamara la atención. Yo no estaba asustada, pero sí intranquila. En mi interior se movían libremente leves imágenes. Era un verano ardiente. El invierno, indiferente. El estanque estaba vacío de agua.

Restos de cornejas en el sendero, comida putrefacta, el odio estaba inmóvil para seguir invisible. Aquel era el sendero más peligroso. Yo nunca lo elegí.

Siempre aquellos pies blancos y sangre. Una visión que llevaba viendo toda la vida.

La columna se estira. Sueño solamente ese sueño. Soy el centro del interés sincero de algunas personas sonrientes. ¿Qué he hecho? Me he hecho accesible a su voluntad. ¿Y qué más? Nada. Un día dejo de responder a las preguntas que me hacen. Y ese es el día en el que dejan de sonreír. Una mano en la nuca me hace daño, pero no digo nada.

¿Tú también te vas a ir?

¿Cómo que también? ¿Qué he hecho yo?

Todavía no tenemos nada que decir de ti. A mí me da igual, intenté responder mientras miraba a mi alrededor.

Pero nos decepcionas.

Bueno, para tanto no será, me atreví a decirles mientras retrocedía despacio. Vosotros no me necesitáis tanto como me necesito yo. Rescindo el contrato.

Ya no estoy aquí. No podéis verme. He echado una cortina de humo.

Me despierto en mi habitación. No me duele. Nada pido. Soy muy clara a la hora de decir que no pido nada más que poder dejar mi puesto.

Pido poder despedirme.

Atilla se ríe. ¿Cómo ha llegado aquí? De repente está tumbado en mi cama. ¿Lo habrá visto alguien más de la sección? ¿Estaré pensando tan a trompicones porque él está aquí?

Atilla, le digo.

¿Qué quieres, criatura?

¿Por qué dijiste que yo iba a mudarme a un país al otro lado del mar?

No lo sé, criatura. En aquel momento parecía importante.

Es decir que nada es permanente, ¿no?

Ya empiezas a cansarte. Eso es bueno.

Échate aquí en la cama. Tiéndete por completo. Así, eso es.

Imagínate que estás ante una montaña. Empiezas a subir por un sendero, hasta una planicie. Estás sola. Totalmente sola esa noche en la montaña.

Respiras hacia la montaña. Pides consejo.

¿Qué dice la montaña?

Sigue el sendero. La cosa terminará bien. Sube la montaña como una cabritilla.

Voy por el sendero. El cielo es franco y las piernas me sostienen. Me siento superfuerte.

¿Estás ya en la cima de la montaña?

¿Qué te has creído? ¿Qué?, ¿que voy subiendo a todo correr?

Tranquila. Estás en el lado bueno de la realidad.

¿Qué es esto, otra sesión?

Nada, solo un poco de relajación.

¡Ah! Bueno. Entonces vale. Me duermo y sueño que Atilla toma un poco de té y se sienta a leerme un libro en voz alta. Habla un idioma que no entiendo. ¿Cuánto tiempo paso durmiendo en la habitación?

¿Cómo ha llegado allí Atilla? ¿De verdad que soy yo la única que lo ha visto? No recibo ninguna respuesta. Seguramente, porque estoy durmiendo.

No estás tan grave como parece, me dice de pronto a lo lejos en el sueño. Luego, cada vez más cerca: Está bien. El cielo te ve dormir. Cuando te despiertes, será hora de que vuelvas a casa.

Te ordeno que te despiertes. Uno. Dos. Tres.

Me despierto.

¿Qué me has dicho cuando estaba dormida?

Miro a mi alrededor buscándolo. No está por ninguna parte. Y tampoco puedo preguntar por él. Entonces van a pensar que he perdido el norte de verdad.

Me tiembla todo el cuerpo. En el sueño me dijo una cosa. Cierro los ojos, pero no caigo.

Me siento en la cama y saco la guitarra para salir de ese estado de ánimo. Voy alternando entre tres acordes, hasta que me tranquilizo. Empiezo a cantar una canción popular. Aumento el volumen de la voz. Todavía soy capaz de cantar. Siento un calorcito por dentro. Este reencuentro me pone solemne. De pronto empiezo a maquinar planes. Puedo empezar a cantar en un coro otra vez. Siempre necesitan altos. ¿Y si hay que saber leer partituras? ¿Por qué no habré aprendido nada importante en la vida? Y luego, la siguiente pregunta: ¿Seré capaz de volver a escribir? ¿Sigo teniendo lo que hace falta?

Hojeé entre mis notas. Apenas son legibles.

Me siento en la silla, delante de la mesa, y trato de leer lo que he escrito.

Distinguí dos frases. La primera decía: «Llevas aquí más tiempo del debido».

La segunda: «*Mangia bene, ridi spesso, ama molto*». «Come bien, ríete a menudo, ama mucho.» Ahí lo tenemos. ¿Cuándo fue la última vez que me reí? Hace varios años, y últimamente ni comía ni amaba.

¿Acaso te quiero todavía? Trato de averiguarlo. No, está bien que vivamos separados. Nos sacábamos de quicio mutuamente.

De pronto recuerdo al gatito al que maté sin querer. Era de noche y yo salí para ir a la cabaña con los zuecos de madera. ¿Qué se me había perdido allí? Iba sonámbula. Abrí la puerta y lo pisé. Le partí la diminuta columna vertebral. Lo maté de un pisotón. Lo aplasté. Se quebró bajo mi peso. En un instante pasé a ser una asesina. Las demás crías de gato iban saltando a mi alrededor, se frotaban contra mí. Salí de allí corriendo, subí a buscarte, te desperté y te dije:

He matado a un gatito.

Tú te levantaste adormilado, saliste y fuiste a buscarlo, te acostaste de nuevo y te dormiste. Con esa manera tuya de dormir. Un segundo después de meterte en la cama, ya estabas dormido. Una recuperación total.

Creo que todos los presidentes, los jefes de Estado más poderosos, todos son capaces de dormir. Creo que es un requisito. Creo que la humanidad puede dividirse entre los que son capaces de dormir y los que no.

Toda la noche estuve esperando a que te despertaras.

¿Qué hiciste con él?, te dije cuando por fin abriste los ojos.

Lo tiré al contenedor de la basura, dijiste antes de levantarte.

¿Al contenedor de la basura?

Si querías un entierro digno, podrías haber cavado un hoyo, haberle puesto unas flores y haberle cantado una canción, dijiste.

Acciones e inacciones. Nadie te premia por tener buena voluntad. Vas dando forma a la vida que llamas tuya a cada segundo. De hecho, una cosa se añade a la siguiente.

Yo era una asesina. Había matado a un gato de un pisotón. No quería, pero pasó.

En el entierro de mi padre estábamos doce personas. Era invierno. Yo leí un poema de Fröding: «¿Quién toma a un farero por un hombre con un farol?».

Yo era la única que sabía lo que nos habíamos dicho mi padre y yo unos días antes de que muriera solo en el nuevo piso la noche de Fin de Año.

¿Serían mis palabras las que lo mataron?

Llaman a la puerta. Me levanto. Christian dice: Cinco minutos. No sabía qué me esperaba. ¿Corrientes, algo distinto? ¿Qué tenía que hacer yo dentro de cinco minutos?

Me quedé de pie en el pasillo, tratando de deshacerme de una idea. Rebusqué en el bolsillo. Tenía allí algo que había escrito. ¿Qué era? No lo encontré.

La noche anterior estuve jugando al ajedrez y gané.

Le gané a Christian, así que ¿por qué estaba ahí ahora riéndose? ¿Acaso no había ganado yo? ¿Por qué iba yo a ganarle a Christian? Estaba a punto de preguntarle quién había ganado la partida del día anterior cuando se abrió una puerta al final del pasillo. Era yo. Era yo la que salía de la habitación junto con Maria, y cerré la puerta al salir. Iba por el pasillo. Cuando pasé a mi lado me quedé mirándome como miramos cualquier cosa a cuyo lado pasamos, sin fijar la vista. Me vi a mí misma abandonando la sección.

Abro la puerta, entro en el recibidor.

Huele como huelen las casas cuando hace mucho que no las habita nadie. Abro la ventana de la cocina. Me siento a la mesa.

Me quedo allí sentada un buen rato, está atardeciendo.

Me obligo a entrar en el salón. Hay eco. Mis pasos retumban. No puedo quedarme allí.

Subo las escaleras. Abro los cuartos pequeñitos que serán de los niños. Hay camas. ¿Quién las habrá traído? Camas, mesitas de noche y alfombras. Lámparas en el techo. ¿Habrá amueblado alguien la casa? ¿Cómo es posible? Yo soy la única que tiene llave. ¿Lo habré hecho yo misma?

Miro por la ventana del cuarto de Olivia. Desde allí se ve hasta el puerto. Un buque ruge antes de zarpar. Me siento en la cama y paso la mano por la colcha. Me quedo allí sentada hasta que cae la noche. Enciendo la lámpara de la mesita, voy al siguiente dormitorio. Hago la cama de Anna y abro la ventana. Por ella entra el aire de la noche. Limpio, frío. Sigo hasta el cuarto de Josef. Una cama elevada con un escritorio debajo y una alfombra de vivos colores. Una ventana no muy grande.

Me quedo con la mano en la manija de mi cuarto y el de Sara. Me digo que debería abrir la puerta. No la abro. Me quedo allí con la manija en la mano. Los faros de los coches de la calle pasan deslizándose por la pared. Me digo que no es peligroso. Las lágrimas me arden en los ojos. Abro la puerta y entro en el dormitorio a oscuras.

Me desnudo y dejo que la ropa vaya cayendo al suelo.

Me tumbo en la cama y lloro por primera vez en varios años. Lloro por todo. Por los niños, que vienen a merendar mañana. Traerán cosas que quieren dejar aquí. Lloro por nosotros dos.

Digo en alto los nombres de los niños. Digo Anna, Olivia, Josef y Sara.



LINDA BOSTRÖM KNAUSGÅRD

(Estocolmo, 1972) es poeta, novelista y productora de documentales para la radio sueca. Su primera novela, *Helioskatastrofen*, fue galardonada con el Premio Mare Kandre en 2014.

Bienvenidos a América, su segunda novela, se ha traducido a más de veinte idiomas y fue finalista del prestigioso Premio August y del Premio Literario Svenska Dagbladet en 2016.

Entre 2013 y 2017, Linda Boström Knausgård fue internada durante varios periodos en un centro psiquiátrico sueco. Allí fue sometida, en contra de su voluntad, a terapia electroconvulsiva (TEC), lo que antes se conocía como electrochoque, una práctica cada vez más cuestionada por sus posibles efectos secundarios. A medida que avanzaba el tratamiento en «la fábrica», sus recuerdos palidecían, poniendo en riesgo su identidad y su don máspreciado, pues ¿qué es un escritor sin memoria?

Niña de octubre es tanto una impugnación airada de determinadas prácticas psiquiátricas como un intento por aferrarse a los recuerdos, principal muro de contención de un yo frágil y desmembrado. De encierro en encierro, la narradora lucha por retener los tenues hilos que la unen al mundo exterior y vertebran el relato de su vida: el deslumbramiento de las primeras lecturas infantiles, una escapada romántica a Venecia, el goce trascendente de la maternidad, pero también la sombra alargada de un padre atormentado, la melancolía que desde muy joven acecha sus días, y el lento derrumbe de su matrimonio con un famoso escritor. En suma, las muescas

de una biografía difícil, pero receptiva al amor, la belleza y la redención, siempre preferibles, en su contingencia, a la «vida de nadie» del paciente psiquiátrico.

OceanofPDF.com

NOTAS

¹ Del poema «Idealismo y realismo», de Gustaf Fröding (1860-1911).
(N. de la T.)

² «Solo», de Hermann Hesse: «Muchos son los senderos y caminos / que atraviesan la tierra, / pero todos conducen / a un destino igual. // Poco importa si viajas / montado, en pareja o con más, / el último tramo / tú solo lo recorrerás. // Pues no hay conocimiento / ni sapiencia mayor, / que saber que lo más duro / hay que hacerlo en soledad».

OceanofPDF.com

Table of Contents

[NIÑA DE OCTUBRE](#)

[NIÑA DE OCTUBRE](#)

[NOTAS](#)

[*OceanofPDF.com*](#)